

phase

Fundador
Pere Tena †

Director
José Antonio Goñi

Jefe de redacción
Gonzalo Guzmán


REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA


Consejo

Luis Fernando Álvarez, sdb (Madrid)
Dionisio Borobio (Salamanca)
Manuel Carmona (Jaén)
Ángel Cordovilla (Madrid)
Lino Emilio Díez, sss (Madrid)
Juan Javier Flores, osb (Roma)
Jaume Fontbona (Barcelona)
Aurelio García (Valladolid / Roma)
Luis García (León)
Jaume González (Barcelona)
Ramiro González (Ourense)
Jordi Latorre, sdb (Barcelona)
Mons. Julián López (León)
Alejandro Pérez (Málaga)
Salvador Pié (Barcelona)
Jordi-Agustí Piqué, osb (Montserrat / Roma)
Juan Rego (Roma)
Guillermo Rosas, sccc (Santiago de Chile)
Manuel Fernando Sedano (Puebla de los Ángeles – México)

Publicado por

Centre de Pastoral Litúrgica

 Diputació 231. 08007 Barcelona

 933 022 235 – wa 619 741 047

 cpl@cpl.es - www.cpl.es

LA FORMACIÓN LITÚRGICA

EDITORIAL

- La liturgia: «fuente principal de la espiritualidad cristiana» (Gonzalo GÚZMAN KARADIMA) 303

ARTÍCULOS

Corrado MAGGIONI

- «La liturgia es vida y no una idea que hay que entender». El magisterio de Francisco sobre la liturgia 307

Andrea GRILLO

- La liturgia y el deseo de comunión: en torno a «Desiderio desideravi» 327

José Manuel BERNAL LLORENTES

- El papa Francisco apela a los «altiora principia». Elogio de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» 337

Santiago AGRELO MARTÍNEZ

- Cristo, Eucaristía y pobres 353

PUNTOS DE VISTA

- «Desiderio desideravi», algunas consideraciones (Matías AUGÉ BENET) 371

- La liturgia es verdadero encuentro con Cristo. Las ideas centrales de «Desiderio desideravi» (Juan José SILVESTRE VALOR) 374

- «Desiderio desideravi», sobre la formación litúrgica (Jaume GONZÁLEZ PADRÓS) 380

Promover el «buen uso» para evitar el «abuso». A propósito de la Carta apostólica «Desiderio desideravi» (Lino Emilio DÍEZ VALLADARES).....	382
La liturgia no tiene nada que ver con el ritualismo (entrevista a Giuseppe MIDILI).....	390
La liturgia revela el misterio y nos abre a la presencia de Cristo (entrevista a Pietro Angelo MURONI).....	393
Una parte de la crisis de la Iglesia está en el error de hacer la liturgia a nuestra medida (entrevista a Giovanni ZACCARIA).....	396

DOCUMENTACIÓN LITÚRGICA

Carta apostólica «Desiderio desideravi» del Santo Padre Francisco a los obispos y a los diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios.....	401
---	-----

LIBROS

Bibliografía reciente en inglés (José Antonio GOÑI – Gaspar MUÑIZ).....	431
Bibliografía reciente en alemán (Guillermo ROSAS).....	434

IN MEMORIAM

Ángel Gabriel Gómez Guillén (1943-2022). Una vida dedicada a la liturgia y a la piedad popular (Luis RUEDA GÓMEZ).....	439
Joan Maria Canals Casas, cmf (1936-2022). Celebrar y vivir (Lino Emilio DÍEZ VALLADARES).....	442
Josep Urdeix i Dordal (1940-2022). Diácono y estudioso de la liturgia (Miquel LIRIO SORIANO).....	448

LA LITURGIA: «FUENTE PRINCIPAL DE LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA»

Gonzalo GUZMÁN KARADIMA

El papa Francisco ha tenido a bien publicar un nuevo documento sobre la Sagrada Liturgia, la ya conocida carta apostólica *Desiderio desideravi* del 29 de junio del 2022. En esta ocasión el argumento trata sobre la necesaria formación litúrgica del pueblo de Dios. Como él mismo lo manifiesta, no pretende «tratar la cuestión de forma exhaustiva [...] sino ofrecer simplemente elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana» (Dd 1).

El asombro y la grata acogida por parte de la academia no se dejó esperar y han sido ya variadas las publicaciones de distintos profesores de las diversas facultades, institutos o casas de formación que han ofrecido una primera reflexión suscitada al leer los pensamientos papales expresados en el documento. Publicaciones que han sabido leerla a la luz del contexto eclesiológico contemporáneo dejándose interpelar por ellos.

La carta llega en un momento complejo, no excepto de polémicas, como el mismo papa Francisco reconoce (cf. Dd 31. 65), por la dificultad de una parte de los miembros del pueblo de Dios de acoger «los libros promulgados por los santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, en conformidad con los decretos del Concilio Vaticano II, como única expresión de la *lex orandi* del rito romano» (TC 1; Dd 31). Situación que ciertamente es mucho más compleja que el hecho ritual mismo de celebrar con el *vetus ordo*, sino que es reflejo de una problemática eclesiológica con profundas raíces (cf. Dd 31).

Desiderio desideravi claramente se inserta armónicamente en el conjunto de intervenciones y modificaciones que el Francisco ha realizado en materia litúrgica. Todas ellas enumeradas y comentadas por el profesor Corrado Maggioni en su artículo –«“La liturgia es vida y no una idea para entender”». El magisterio de Francisco sobre la liturgia»– que ofrecemos en el presente número. Como hijo y promotor del Concilio Vaticano II, el Papa, en todas estas, expresa su deseo de poner en evidencia y en práctica los principios teológico-litúrgicos que inspiraron la reforma conciliar fomentando la anhelada participación activa, consciente y fructuosa del pueblo de Dios (Cf. SC 11. 14. 19. 21. 27. 30. 41. 48. 50. 79. 113. 114. 121. 124). Además, expresan la clara conciencia de que la celebración litúrgica, por la presencia de Jesucristo muerto y resucitado, por la acción del Espíritu Santo y por su sujeto celebrante, la asamblea, en cuanto expresión sacramental de todo el pueblo santo y fiel, es una realidad viva. No se trata de recordar eventos del pasado, sino del encuentro con Cristo en el asombro de su misterio realizado en la belleza del lenguaje simbólico celebrativo (cf. Dd 24-26. 38. 44. 62).

Francisco en reiteradas ocasiones, como se podrá leer en estas páginas, ha expresado que la liturgia no puede ser campo del individualismo celebrativo, donde el «yo» se apropie de la celebración, sino expresión de un «nosotros» eclesial de comunión propio un pueblo sinodal. Esta, la celebración litúrgica, le pertenece a todo el pueblo de Dios permaneciendo siempre fiel a su Tradición, esto hace de ella un hecho eminente de carácter popular. Realidad que, lejos de oponerse a su dimensión mistagógica, comprende que precisamente en la celebración el pueblo y el Misterio se encuentran sacramentalmente. En todas sus intervenciones litúrgicas, sean éstas de carácter reflexivo, como sus catequesis para las audiencias generales de los días miércoles, o de carácter normativo, como sus diversos *Motu propios*, son expresión del estupor del encuentro con el misterio pascual en acto de cada celebración litúrgica. El Santo Padre sabe y desea que todos vivan la *mistagogía* como camino idóneo para entrar en el misterio de la liturgia.

Como lo expresa el Prof. Andrea Grillo en el artículo que ofrecemos –«La liturgia y el deseo de comunión: en torno a “Desiderio deside-

ravi”»—son tres las categorías, que podríamos llamar contextuales, importantes de tener presente al leer la reflexión de Francisco en su teología litúrgica plasmada en la reciente carta apostólica: el «vínculo con *Traditionis custodes*», el «rito» y la «relación» entre «estupor» y «formación». Categorías que invitamos a profundizar en los variados puntos de vista que este número pone a vuestra disposición.

«El papa Francisco apela a los “*altiora principia*”. Elogio a la Carta apostólica “*Desiderio desideravi*”: se titula así el comentario que ofrece el profesor José Manuel Bernal, en el cual con un lenguaje simple y claro, recoge aquellos principios que inspiraron la reforma del Concilio y que el Papa plasma con lenguaje actual en su carta rubricando que estos, sin lugar a duda, están plasmados en el rito romano reformado. El autor destaca la comprensión personalista de los sacramentos con las categorías antropológicas del «encuentro», del «asombro» ante el misterio al que deben conducir las celebraciones plasmadas con belleza y verdad y de la recuperación del lenguaje simbólico difícil de comprender para el individuo contemporáneo. Todos estos, decantan en la imprescindible necesidad, por parte del pueblo de Dios, de formarse para celebrar y dejarse formar por la celebración misma.

Ya son casi cien años de la famosa publicación *Liturgische Bildung* (1923) de Romano Guardini, texto que Francisco tiene a bien citar tres veces en su última Carta. Libro «fundacional» que permite comprender la acción ritual con toda su capacidad simbólica vital como formativa en sí misma. Es necesario formarse para celebrar y dejarse formar por la celebración, por ello se debe procurar que la belleza plasmada en un correcto *ars celebrandi* genere el asombro necesario para un encuentro transformante. Tarea exigente ya que, como lo expresa el Papa: «el hombre moderno se ha vuelto analfabeto [y] ya no puede leer los símbolos» (Dd 44).

Agradecemos a todos quienes han contribuido en la elaboración del presente número de *Phase*, ciertos de que tanto en la intención de ellos y en la nuestra, de poner este volumen a vuestra disposición, se encuentra una respuesta al deseo papal de que «todos los obispos, presbíteros y diáconos, a los formadores de los seminarios,

a los profesores de las facultades teológicas y de las escuelas de teología, y a todos los catequistas [...] ayuden al pueblo santo de Dios a beber de la que siempre ha sido la fuente principal de la espiritualidad cristiana» (Dd 61).

Gonzalo GUZMÁN KARADIMA

Jefe de redacción de la revista «Phase».

«LA LITURGIA ES VIDA Y NO UNA IDEA
QUE HAY QUE ENTENDER»
EL MAGISTERIO DE FRANCISCO
SOBRE LA LITURGIA*

Corrado MAGGIONI

Abstract: The article introduces us to the liturgical magisterium of Pope Francis, describing the different pronouncements with a liturgical content in the papal documents in order to point out their scope.

Resumen: El artículo nos acerca al magisterio litúrgico del papa Francisco, describiendo los diferentes pronunciamientos con contenido litúrgico en los documentos papales para señalar el alcance de los mismos.

Keywords: formation, Church, magisterium, Pope.

Palabras clave: formación, Iglesia, magisterio, papa.

Corrado Maggioni es sacerdote montfortiano, doctor en liturgia, profesor en el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo de Roma y presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos Internacionales.

* Este texto preparado por el autor en italiano ha sido traducido al español por Jordi Guàrdia.

Formado en la escuela jesuítica, notoriamente sobria en la *re litúrgica*, el papa Francisco no ha eludido la tarea de ofrecer claras indicaciones y posicionarse sobre la cuestión. De sus pronunciamientos y de su ejemplo como celebrante, destaca la visión de la liturgia vinculada al «pueblo santo de Dios». Esta expresión, familiar en sus discursos, hace referencia a que el pueblo es santo *porque* es santificado y, como es sabido, la santificación fluye de la celebración de los santos misterios. La figura del magisterio litúrgico de Francisco está bien iluminada por el dicho de que «la Iglesia hace la liturgia y la liturgia hace la Iglesia». Fuera de este marco, advierte, las cosas empiezan a ser problemáticas.

1. LOS PRONUNCIAMIENTOS

Por orden cronológico, señalamos algunos pronunciamientos significativos de Francisco sobre materia litúrgica,¹ de distinto alcance según el género, hasta la reciente Carta apostólica *Desiderio desideravi*. Esperamos incitar al lector a leer los documentos papales directamente.² También hay que tener en cuenta las actualizaciones

1 Sobre el pontificado de Francisco y la liturgia, cf. M. AUGÉ, «El papa Francisco y la liturgia», *Phase* 59 (2019) 9-20; G. GUZMÁN KARADIMA, *Síntesis del magisterio del papa Francisco en materia litúrgica* (Cuadernos Phase 266), Barcelona: CPL 2022.

2 He aquí un resumen de los documentos por género, disponibles en el sitio web www.vatican.va. Encíclicas: *Lumen fidei*, núm. 40-45 (los sacramentos y la fe); *Laudato si'*, núms. 233-237 (signos sacramentales, valor simbólico y creación, descanso). Exhortaciones apostólicas: *Evangelii gaudium*, núm. 25 (liturgia y evangelización), núms. 135-144 (homilía); *Amoris laetitia*, núms. 71-75 (sacramento del matrimonio); *Querida Amazonia*, núms. 81-84 (inculturación de la liturgia). Motu proprio: *Magnum principium* (traducciones y adaptaciones litúrgicas); *Spiritus Domini* (lectorado y acolitado también para mujeres); *Antiquum ministerium* (ministerio del catequista); *Traditionis custodes* (expresión única de la *lex orandi* en el rito romano). Carta apostólica *Desiderio desideravi*, sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios. Catequis de los miércoles: ciclo sobre la misa, el bautismo y la confirmación (2017-2018); ciclo sobre la oración, núm. 23: *La oración en la liturgia* (2021). Discursos: 68ª Semana Litúrgica de la CAL (24.8.2017); Plenaria de la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los Sacramentos (14.2.2019); profesores y alumnos del Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo (7.5.2022); A la Asociación Italiana de Profesores y Amantes de la Liturgia (1.9.2022). Mensajes: en el

y los cambios realizados en los libros litúrgicos, por disposición y aprobación del Papa.³

– La Encíclica *Lumen fidei* (29.6.2013), cuyo borrador fue heredado del predecesor Benedicto XVI (cf. núm. 7), dedica algunos números a la transmisión de la fe, que no se trata de una comunicación informativa de nociones, sino de una experiencia de vida recibida a través de los sacramentos de la iniciación cristiana (cf. núms. 40-45). Para acoger la dinámica vital entre la fe profesada y la fe celebrada, es muy incisivo el siguiente pasaje:

Para transmitir un contenido meramente doctrinal, una idea, quizás sería suficiente un libro, o la reproducción de un mensaje oral. Pero lo que se comunica en la Iglesia, lo que se transmite en su Tradición viva, es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, una luz que toca a la persona en su centro, en el corazón, implicando su mente, su voluntad y su afectividad, abriéndola a relaciones vivas en la comunión con Dios y con los otros. Para transmitir esta riqueza hay un medio particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia. En ellos se comunica una memoria encarnada, ligada a los tiempos y lugares de la vida, asociada a todos los sentidos; implican a la persona, como miembro de un sujeto vivo, de un tejido de relaciones comunitarias (núm. 40).

– En la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24.11.2013), el programa del pontificado sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, Francisco recuerda que la misión se cruza directamente con la liturgia:

50 aniversario del Rito de Consagración de Vírgenes (31.5.2020); En el 50º aniversario de la Carta apostólica en forma Motu proprio *Ministeria quaedam* de san Pablo VI (15.8.2022).

3 Cambio de rúbrica en relación al lavatorio de los pies en la *Missa in Cena Domini*; cambios y nuevas celebraciones en el *Calendario Romano General* con los textos litúrgicos correspondientes (fiesta de santa María Magdalena; BVM Madre de la Iglesia y BVM de Loreto; santos Juan XXIII, Juan Pablo II y Pablo VI; santa Faustina Kowalska; santos Marta, María y Lázaro; santos doctores Gregorio de Narek, Juan de Ávila, Hildegarda de Bingen); *De institutione catechistarum*, editio typica 2021.

La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo (núm. 24).

Discretamente, se hace eco de la invitación a no separar lo que está unido, siendo la liturgia el *culmen* a la que llega la misión de la Iglesia y la *fuente* de la que toma su impulso: hay una clara sintonía con el número 10 de *Sacrosanctum Concilium*. Vuelve a ella observando el riesgo de cultivar una ritualidad que no incida sobre la experiencia vivida:

En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia (núm. 95).

Un tema explícitamente litúrgico ampliamente desarrollado es el de la *homilía* (núm. 135-144), signo de la voluntad de llamar la atención para mejorar su calidad: no se trata de dar una conferencia académica o de comunicar ideas, sino de transmitir el mensaje evangélico, ahora y aquí, a estas personas, fomentando el diálogo de Dios con su pueblo en carne y hueso. También se habla de *mistagogía*, es decir, de la «valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana (núm. 166).

– La Encíclica *Laudato si'* sobre el cuidado de la casa común (24.5.2015). Considerando toda la creación a la luz de la encarnación, el Papa invita a abrir los ojos sobre la función mediadora confiada a los elementos cósmicos de los que se nutren los signos sacramentales (núms. 233-237).

Los sacramentos –escribe el Papa– son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural. A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan a la alabanza. La mano que bendice es instrumento del amor de Dios y reflejo de la cercanía de Jesucristo que vino a acompañarnos en el camino de la vida. El agua que se derrama sobre el cuerpo del niño

que se bautiza es signo de vida nueva. No escapamos del mundo ni negamos la naturaleza cuando queremos encontrarnos con Dios (núm. 235).

El encuentro transfigurador con el Invisible pasa por realidades visibles, sensibles, tangibles, que se convierten en expresión simbólica para decir y hacer la comunión entre Dios y el ser humano. En efecto,

en la Eucaristía, lo creado encuentra su mayor elevación. La gracia, que tiende a manifestarse de modo sensible, logra una expresión asombrosa cuando Dios mismo, hecho hombre, llega a hacerse comer por su criatura. El Señor, en el colmo del misterio de la encarnación, quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia (núm. 236).

En definitiva, también el domingo, tiempo eucarísticamente iluminado,

se ofrece como día de la sanación de las relaciones del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo (núm. 237).

– La Exhortación apostólica *Amoris laetitia* sobre el amor en la familia (19.3.2016) reserva algunos párrafos para el sacramento del matrimonio (núms. 71-75). En primer lugar, recuerda que no es «un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso», sino que es «una vocación, en cuanto que es una respuesta al llamado específico a vivir el amor conyugal como signo imperfecto del amor entre Cristo y la Iglesia» (núm. 72). Teniendo en cuenta, de manera realista, todo lo humano, vuelve al «signo imperfecto» y explica su significado: «Aunque “la analogía entre la pareja marido-mujer y Cristo-Iglesia” es una “analogía imperfecta”, invita a invocar al Señor para que derrame su propio amor en los límites de las relaciones conyugales» (núm. 73). Por último, no deja de subrayar el vínculo sacramental entre el bautismo y la condición de esposos:

Su consentimiento y la unión de sus cuerpos son los instrumentos de la acción divina que los hace una sola carne. En el bautismo quedó consagrada su capacidad de unirse en matrimonio como ministros del Señor para responder al llamado de Dios. Por eso, cuando dos cónyuges no cristianos se bautizan, no es necesario que renueven la promesa matrimonial, y basta que no la rechacen, ya que por el

bautismo que reciben esa unión se vuelve automáticamente sacramental (núm. 75).

– El discurso a los participantes en la 68ª Semana Litúrgica nacional del Centro de Acción Litúrgica (24.8.2017). Es conocida la frase que resume su impacto: «La reforma litúrgica es irreversible». Acostumbrados a escuchar las llamadas a la «reforma de la reforma»,⁴ la dirección indicada por el Papa fue precisa. Después de haber recordado el camino que condujo a *Sacrosanctum Concilium*, Francisco reiteró la bondad de las decisiones tomadas por Pablo VI para guiar la reforma, plasmada en los libros litúrgicos actuales. La renovación nos sigue interpelando:

Hoy todavía hay que trabajar en esta dirección, en particular redescubriendo los motivos de las decisiones cumplidas con la reforma litúrgica, superando lecturas infundadas y superficiales, recepciones parciales y praxis que la desfiguran. No se trata de repensar la reforma revisando las elecciones, sino de conocer mejor las razones subyacentes, también a través de la documentación histórica, como de interiorizar los principios inspiradores y de observar la disciplina que la regula. Después de este magisterio, después de este largo camino podemos afirmar con seguridad y con autoridad magisterial que la reforma litúrgica es irreversible.

Palabras claras y pronunciadas con determinación (los presentes en la audiencia se dieron buena cuenta de ello). También son valiosos otros apuntes para captar la visión de Francisco: «sin el corazón latente de Cristo no existe acción litúrgica»; «la liturgia

4 En una *Conversación* con A. Spadaro, el 9 de julio de 2026, Francisco ya se había expresado al respecto: «El Papa responde: “El papa Benedicto tuvo un gesto justo y magnánimo para salir al encuentro de una cierta mentalidad de algunos grupos y personas que sentían nostalgia y se estaban alejando. Pero es una excepción. Por eso se habla de 'rito extraordinario'. Esto no es el rito ordinario de la Iglesia. Se deben tirar adelante el Vaticano II y la *Sacrosanctum Concilium* tal como son. Hablar de 'reforma de la reforma' es un error”» («Le orme di un pastore. Una conversazione con papa Francesco», en J.M. BERGOGLIO, PAPA FRANCESCO, *Nei tuoi occhi è la mia parola. Omelie e discorsi di Buenos Aires 1999-2013*, Milano: Rizzoli 2016, XIV). Cf. también C. GIRAUDO, «La riforma liturgica a 50 anni dal Vaticano II. “Parlare de 'riforma della riforma' è un errore”», *La Civiltà Cattolica* 3995 (2016) 432-445.

es vida para todo el pueblo de la Iglesia»; «la liturgia es vida y no una idea que hay que entender».

– El Motu proprio *Magnum principium*, con el que se modifica el canon 838 del *Código de Derecho Canónico* (3.9.2017), fue una decisión importante, que afecta a un área fundamental de la liturgia.⁵ La tarea de proporcionar traducciones litúrgicas fue regulada por instrucciones específicas, primero *Comme le prévoit* (1969) y, después del *Código de Derecho Canónico* de 1983, por *Liturgiam authenticam* (2001), publicadas en momentos diferentes para responder al trabajo de las versiones litúrgicas, incluidas las Sagradas Escrituras; para la inculturación, está la instrucción *Varietates legitimae* (1994). Teniendo en cuenta la experiencia y las dificultades encontradas, «ha parecido oportuno –escribe el Papa– que algunos principios transmitidos desde la época del Concilio sean más claramente reafirmados y puestos en práctica». Se trataba de aclarar el significado de *recognitio* y *confirmatio* en relación con la edición de los libros litúrgicos en las distintas lenguas: hay en juego la *traducción* de los textos latinos y la *adaptación* cultural; las instancias implicadas son la Sede Apostólica y las Conferencias Episcopales. Remitiéndose al «magnum principium» de la comprensión de la lengua litúrgica por parte del pueblo, primera mediación para la participación activa y consciente en los santos misterios, el Papa recordó los criterios en los que se basa la labor de traducción, las responsabilidades y competencias, y los reguló. En particular, la nueva disciplina canónica distingue adecuadamente entre *recognitio* y *confirmatio*, teniendo en cuenta la competencia de las Conferencias Episcopales, su responsabilidad pastoral y doctrinal,

5 Cf. la nota explicativa: «El can. 838 a la luz de fuentes conciliares y postconciliares», publicada en la síntesis del Boletín de la Santa Sede el 9 de septiembre de 2017, con motivo de la publicación de *Magnum principium*; cf. también *Notitiae* 53 (2017) 61-65. Para un comentario, véase C. GIRAUDO, «“Magnum principium” e l’inculturazione liturgica nel solco del Concilio», *La Civiltà Cattolica* 4018 (2017) 311-324; C. MAGGIONI, «“Magnum principium”: nueva luz para la difícil labor de traducción y adaptación litúrgicas», *Phase* 356 (2020) 147-164; G. SEGUÍ, «El Motu proprio “Magnum principium” del papa Francisco: Contexto, texto, desafíos y oportunidades», *Phase* 60 (2020) 165-178.

así como sus límites de actuación. La *recognitio* (cf. can. 838 § 2) se refiere al reconocimiento por parte de la Sede Apostólica de las adaptaciones legítimas, incluso las «más profundas», establecidas y aprobadas por las Conferencias episcopales, respetando la unidad sustancial del Rito Romano (cf. SC 49-40). La *confirmatio* (cf. can. 838 § 3) se refiere al proceso de preparación y aprobación de las traducciones, derecho y deber de las Conferencias Episcopales, que «deben garantizar y establecer que, salvaguardado el carácter de cada idioma, se manifieste plena y fielmente el sentido del texto original», escribe el Papa.⁶

– El ciclo de *catequesis sobre la misa*,⁷ *el bautismo, la confirmación*⁸ (noviembre 2017 – junio 2018). En las audiencias generales de los miércoles, Francisco quiso presentar un ciclo orgánico de veinticuatro enseñanzas sobre los sacramentos de la iniciación cristiana: quince sobre la misa, seis sobre el bautismo y tres sobre la confirmación. Cabe destacar la elección de reflexionar sobre un tema litúrgico y adoptar un enfoque mistagógico al hacerlo, extrayendo los contenidos de la propia celebración: son las palabras y las acciones, comentadas según el orden ritual, las que revelan el sentido de la acción sacramental y su alcance para vivir en Cristo como Iglesia, su Cuerpo. Se entiende la intención del Papa de ofrecer al «pueblo cristiano», bien representado por los participantes en las audiencias de los miércoles, un camino de catequesis sobre el valor de la misa, el bautismo y la confirmación con un método ejemplar, es decir, haciendo hablar a «los ritos y las oraciones» que

6 En aplicación de *Magnum principium*, el 2 de octubre de 2021, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó, aprobado por el Papa, el *Decretum ad dispositiones can. 838 Codicis Iuris Canonici efficiendas* (Prot. N. 394/21): texto latino y español [en línea], Culto Divino. 22 de octubre de 2021, <<http://www.cultodivino.va/content/cultodivino/it/documenti/decreti-generalis/decreti-generalis/2021/ad-dispositiones-can--383-codicis-iuris-canonicis-efficiendas/decretum/latino.html>> >, [Consulta: mayo 2022]; también en *Síntesis del magisterio del papa Francisco en materia litúrgica* (Cuadernos Phase 266), Gonzalo GUZMÁN KARADIMA (ed.), Barcelona: CPL 2022, 57-89.

7 *La misa, corazón de la Iglesia*, Josep URDEIX (ed.), Barcelona: CPL 2018.

8 *El bautismo y la confirmación*, Bernabé DALMAU (ed.), Barcelona: CPL 2018.

los caracterizan, por utilizar el vocabulario de *Sacrosanctum Concilium* 48. Y todo ello a fin de despertar no solo la conciencia de lo que son los sacramentos, sino también la experiencia de la gracia y el compromiso de vivir en Cristo en el mundo, prolongando su presencia y su misión.

– El discurso ante la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (14.2.2019). Estos son los puntos recordados por el Papa: 1) los 50 años de la Congregación creada por Pablo VI «para dar forma a la renovación deseada por el Concilio Vaticano II», y de los primeros pasos dados con la promulgación del *Calendarium romanum generale*, el *Ordo Missae* y los demás *Ordines*. 2) El entendimiento armónico entre la Sede Apostólica y las Conferencias Episcopales, expresión de la cual es *Magnum principium*. 3) La formación litúrgica del Pueblo de Dios:

No podemos olvidar, ante todo, que la liturgia es vida que forma, no idea para aprender [...]. No es «el campo del hágalo usted mismo», sino la epifanía de la comunión eclesial [...]. Cuando se añoran con nostalgia tendencias del pasado o se quieren imponer otras nuevas, existe el riesgo de anteponer la parte al todo, el «yo» al Pueblo de Dios [...]. Hablar de formación litúrgica del Pueblo de Dios significa, ante todo, tomar conciencia del papel insustituible que desempeña la liturgia en la Iglesia y para la Iglesia. Y luego, ayudar concretamente al Pueblo de Dios a interiorizar mejor la oración de la Iglesia, a amarla como una experiencia de encuentro con el Señor y con los hermanos.

– En la Exhortación apostólica *Querida Amazonia* (2.2.2020), tras la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región panamazónica, el Papa hace mención a *la inculturación de la liturgia* (núms. 81-84). Considerando las implicaciones litúrgicas de este tema, Francisco ofrece algunas indicaciones a la luz de lo que ya había expuesto en los números 235-237 de la Encíclica *Laudato si'*. El valor de la creación y su significado simbólico para expresar el encuentro sacramental entre Dios y el hombre

nos permite recoger en la liturgia –escribe el Papa– muchos elementos propios de la experiencia de los indígenas en su íntimo contacto con la naturaleza y estimular expresiones autóctonas en cantos, danzas, ritos, gestos y símbolos (núm. 82).

Citando las indicaciones de *Sacrosacntum Concilium* en los números 37-40, 65, 77 y 81 sobre la adaptación de la liturgia a la cultura de los pueblos, observa –al parecer, no sin un velo de pesar– que «han pasado más de cincuenta años y hemos avanzado poco en esta línea» (núm. 82). En nota a pie de página se recoge que «en el Sínodo surgió la propuesta de elaborar un “rito amazónico”», sin precisar, sin embargo, su significado.⁹ Por último, Francisco recuerda lo que a menudo le gusta reiterar sobre la gratuidad y la inclusividad de los sacramentos, que

deben ser accesibles, sobre todo para los pobres, y nunca deben negarse por razones de dinero. Tampoco cabe, frente a los pobres y olvidados de la Amazonia, una disciplina que excluya y aleje, porque así ellos son finalmente descartados por una Iglesia convertida en aduana (núm. 84).

– En el mensaje en el 50 aniversario de la promulgación del Rito de la Consagración de las vírgenes (31.5.2020), dirigiéndose a las vírgenes consagradas –la ocasión era un encuentro internacional en Roma, que luego fue aplazado a causa de la pandemia–, Francisco recuerda en primer lugar que la liturgia es la instigadora de una nueva existencia: «Vuestra forma de vida encuentra su primera fuente en el *Rito*». Por eso, «os invito a releer y meditar los textos del *Rito*, donde resuena el sentido de vuestra vocación». El propio Papa adopta el camino ritual que indicó:

La homilía propuesta por el *Rito de Consagración* os exhorta: «Amad a todos y dad preferencia a los pobres» [...]. Que vuestra consagración virginal, con esta cercanía específica a los hombres y mujeres de hoy, ayude a la Iglesia a amar a los pobres, a reconocer la pobreza material y espiritual, a socorrer a los más frágiles e indefensos, a los

9 De por sí, la tradicional categoría de «Rito» es más amplia que la mera liturgia; además, en materia litúrgica, la legislación (por ejemplo, el can. 838) establece la competencia de la Conferencia Episcopal, mientras que en el caso de la región panamazónica están implicadas varias Conferencias Episcopales y pueblos con diferentes culturas. Sobre el tema, cf. G. GUZMÁN KARADIMA, «“Un Rito Amazónico”. Documento final de la Asamblea Especial para la Región Panamazónica. Sínodo de los Obispos», *Phase* 60 (2020) 113-116; *id.*, «Un sueño amazónico. Un nuevo rito en la Iglesia latina», *Phase* 60 (2020) 473-479.

que sufren por la enfermedad física y psíquica, a los pequeños y a los ancianos, a los que corren el riesgo de ser descartados.

Y también:

La oración de consagración, que invoca para vosotras los dones multiformes del Espíritu, pide que viváis en una *casta libertas* (*Rito de la Consagración de las vírgenes*, núm. 38). Que este sea vuestro estilo de relación, para ser signo del amor sponsal que une a Cristo con la Iglesia, virgen madre, hermana y amiga de la humanidad.

– El Motu propio *Spiritus Domini*, que modifica el canon 230 § 1 del *Código de Derecho Canónico* sobre el acceso también de las mujeres al ministerio instituido del lectorado y del acolitado (11.1.2021).¹⁰ Respondiendo a las peticiones de las Asambleas del Sínodo de los Obispos, el Papa cambia la disciplina para los dos ministerios instituidos con manifiesto valor litúrgico, llevando a su madurez lo dispuesto por Pablo VI en el Motu propio *Ministeria quaedam*.¹¹

10 Cf. C. GIRAUDO, «La ministerialità della donna nella liturgia. Tra “sana tradizione” e “legittimo progresso”», *La Civiltà Cattolica* 4098 (2021) 568-585; J. FONTBONA MISSÉ, «El acceso de las mujeres a los ministerios instituido», *Phase* 61 (2021) 119-123; A. GRILLO, «Gramática y sintaxis del ministerio eclesial. “Spiritus Domini” como “cambio del paradigma”», *Phase* 61 (2021) 124-128; el fascículo de *Phase* 62 (2022) está dedicado a comentar *Spiritus Domini* y sus distintas implicaciones, con contribuciones de M.-F. Sedano López, M. del Pilar Río García, A. Lameri, G. Guzmán Karadima.

11 En la Exhortación apostólica *Christifideles laici* (30.12.1988), en el número 23, sobre los ministerios confiados y confiables a los laicos, se menciona la constitución expresamente de una comisión de estudio no solo para responder al deseo manifestado por los Padres sinodales «que el Motu proprio *Ministeria quaedam* sea revisado, teniendo en cuenta el uso de las Iglesias locales e indicando, sobre todo, los criterios según los cuales han de ser elegidos los destinatarios de cada ministerio [...], sino también, y sobre todo, para estudiar en profundidad los diversos problemas teológicos, litúrgicos, jurídicos y pastorales surgidos a partir del gran florecimiento actual de los ministerios confiados a los fieles laicos». Esta Comisión no produjo ningún resultado concreto. Un paso hacia la posibilidad de confiar el servicio del altar también a las mujeres fue el resultado de la respuesta «*affermative et iuxta instrucciones a Sede Apostolica dandas*» dada por el Consejo Pontificio para los Textos Legislativos a la siguiente pregunta: «si las funciones litúrgicas, según el canon 230 § 2 confiadas a los laicos, tanto hombres como mujeres, pueden incluir también el servicio del altar» (30.6.1992), respuesta confirmada por Juan Pablo II, que ordenó su promulgación (11.7.1992); esta decisión fue comunicada, con las

La motivación viene así explicada por el Papa en la *Carta al prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe* (11.1.2021):

De este modo, además de responder a lo que se pide para la misión en el tiempo presente y de acoger el testimonio de muchísimas mujeres que se han ocupado y siguen ocupándose del servicio a la Palabra y al altar, se hará más evidente –también para quienes se encaminan hacia el ministerio ordenado– que los ministerios del lectorado y del acolitado están enraizados en el sacramento del bautismo y de la confirmación.

–En el ciclo de *catequesis sobre la oración* en las audiencias generales de los miércoles (celebradas en la Biblioteca del Palacio Apostólico, a causa de la pandemia), destaca la número 23, titulada *Rezar en la liturgia* (3.2.2021). Frente a una visión intimista de la vida espiritual, que no considera importante la ritualidad litúrgica, o que se alimenta de formas devocionales sin integrar el momento litúrgico como se merece, el Papa recuerda cómo la mediación sacramental constituye el principal modo de vivir en Cristo, que «no es una idea o un sentimiento, sino una Persona viviente, y su misterio un evento histórico». He aquí algunos pasajes incisivos sobre la necesidad de la oración litúrgica:

No existe espiritualidad cristiana que no tenga sus raíces en la celebración de los santos misterios [...]. Un cristianismo sin liturgia, yo me atrevería a decir que quizá es un cristianismo sin Cristo. Sin el Cristo total [...]. Muchas oraciones cristianas no proceden de la liturgia, pero todas, si son cristianas, presuponen la liturgia, es decir la mediación sacramental de Jesucristo.

instrucciones pertinentes, a los presidentes de las Conferencias Episcopales en una carta del prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (15.3.1994). El mismo número 70 de la *Institutio generalis Missali Romani* vigente en la época, que excluía a las mujeres del servicio del altar, debe interpretarse por tanto en este sentido («*Omnia ministeria infra ea quae propria sunt diaconi a viris laici, etsi institutionem non receperunt, exerceri possunt. Ministeria quae extra presbyterium peraguntur etiam mulieribus committi possunt, iuxta prudens iudicium rectoris ecclesiae*»). Cf. el número 70 de la actual *Institutio*, en el que el término *laico* significa tanto hombres como mujeres, según la citada interpretación confirmada por Juan Pablo II. Sobre esta cuestión, véase *Notititae* 30 (1994) 333-335 y 346-348.

– El Motu proprio *Antiquum ministerium*, que instituye el ministerio laico de catequista (10.5.2021). Las semillas germinadas con el Vaticano II y promovidas por Pablo VI en el Motu proprio *Ministeria quaedam* y en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (núm. 73), confiando su cuidado a las Conferencias Episcopales, también han sido llevadas a su madurez por el papa Francisco con el ministerio instituido de catequista, conferido litúrgicamente a los fieles laicos, hombres y mujeres. El rito latino de conferimiento de este ministerio, aprobado por el papa Francisco, fue publicado en un decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de 3.12.2021 (Prot. N. 627/21), acompañado de una carta explicativa a los presidentes de las Conferencias Episcopales de 3.12.2021 (Prot. N. 627/21), y seguido de otra reciente carta del 24.5.2022 (Prot. N. 297/22).¹² Aunque el catequista lleva a cabo un ministerio que no es directamente litúrgico –se le nombra expresamente, con funciones precisas, en el *Ritual de iniciación cristiana de adultos*–, es importante que ahora se instituya con un rito litúrgico.

Francisco retomó el tema de los ministerios con su mensaje a los obispos, a los sacerdotes y diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos en el 50º aniversario de la Carta apostólica en forma de Motu proprio *Ministeria quaedam* de san Pablo VI (15.8.2022). Recordando la experiencia postconciliar, el Papa escribe:

Deseo en los próximos meses, con las modalidades que se definan, iniciar un diálogo sobre el tema con las Conferencias Episcopales para poder compartir la riqueza de las experiencias ministeriales que en estos cincuenta años la Iglesia ha vivido tanto como ministerios instituidos (lectores, acólitos y, solo recientemente, catequistas) como ministerios extraordinarios y de *facto*.

12 Los textos están disponibles, en línea, en el sitio web del Dicasterio: www.cultodivino.va. Sobre este tema, véase el fascículo *Ministerio de catequista*, de *Phase* 62 (2022), con aportaciones de M. López Varela, J. C. Carvajal Blanco, L. F. Álvarez González.

– El Motu proprio *Traditionis custodes* sobre el uso de la liturgia romana anterior a la reforma de 1970 (16.7.2021).¹³ Teniendo en cuenta los deseos de los obispos consultados sobre la aplicación de *Summorum Pontificum*, Francisco establece un cambio de paso disciplinario en ocho artículos: los libros litúrgicos promulgados por el Papa de acuerdo con los decretos del Vaticano II «son la única expresión de la *lex orandi* del rito romano»; el obispo diocesano puede autorizar el uso del Misal de 1962 en la diócesis, siguiendo las directrices de la Sede Apostólica; en los casos en que existan grupos vinculados al Misal anterior, el obispo debe velar por el cumplimiento de seis disposiciones precisas, entre ellas la de no erigir nuevas parroquias personales ni formar nuevos grupos; los nuevos sacerdotes deben ser autorizados a celebrar con el Misal de 1962 y los sacerdotes que ya lo hacen deben volver a pedir permiso. Se abandona la distinción entre *forma ordinaria* y *extraordinaria* del rito romano. La expresión única de la *lex orandi* es el principio y la razón de la unidad. Los obispos, en comunión con el Papa, son los «custodios de la tradición». El objetivo de la medida es «proseguir aún más en la búsqueda constante de la comunión eclesial». Así lo explica el Papa en una *Carta a los Obispos*, reconociendo que la intención pastoral de sus predecesores desgraciadamente «ha sido a menudo gravemente ignorada», en el sentido de que

una oportunidad ofrecida por san Juan Pablo II y con mayor magnanimidad aún por Benedicto XVI para restaurar la unidad del cuerpo eclesial, respetando las diversas sensibilidades litúrgicas, ha sido aprovechada para aumentar las distancias, endurecer las diferencias y construir oposiciones que hieren a la Iglesia y dificultan su progreso, exponiéndola al riesgo de la división.

– Discurso a los profesores y alumnos del Pontificio Instituto San Anselmo (7.5.2022). Recordando el 60 aniversario de su fundación, el Papa señala que surgió

13 Cf. C. GIRAUDO, «Unidad y concordia en el uso del Misal Romano. Una análisis de “Traditionis custodes”»: “El obispo diocesano, custodio de la vida litúrgica”», *Phase* 62 (2022) 203-222; J.M. BERNAL LLORENTE, «El papa Francisco afianza la reforma litúrgica del Vaticano II», *Phase* 61 (2021) 381-395.

como respuesta a la creciente necesidad del Pueblo de Dios de vivir y participar más intensamente en la vida litúrgica de la Iglesia.

Tres dimensiones emergen claramente del impulso del Concilio: la *participación activa y fructífera*, la *comunidad eclesial* y el *impulso a la misión*. Francisco explica concretamente, también de pasada:

Vuelvo a subrayar que la vida litúrgica, y el estudio de esta, debe conducir a una mayor unidad eclesial, no a la división. Cuando la vida litúrgica es un poco bandera de división, hay olor del diablo ahí dentro, el engañador. No es posible rendir culto a Dios y al mismo tiempo hacer de la liturgia un campo de batalla por cuestiones que no son esenciales, es más, por cuestiones superadas y para tomar posición, a partir de la liturgia, con ideologías que dividen la Iglesia [...]. La liturgia se debe estudiar permaneciendo fieles a este misterio de la Iglesia.

Para explicar mejor su pensamiento, apela a los recuerdos personales:

Es verdad que toda reforma crea resistencias. Yo me acuerdo, era niño, cuando Pío XII empezó con la primera reforma litúrgica, la primera: se puede beber agua antes de la comunión, ayuno una hora antes... «¡Pero esto está contra la santidad de la eucaristía!», se desgarraban las vestiduras. Después, la misa vespertina: «¡Pero, como, la misa es por la mañana!»». Después la reforma del Triduo Pascual: «¡Pero, cómo, el sábado debe resucitar el Señor, ahora lo posponemos al domingo, al sábado por la noche, el domingo no suenan las campanas... ¿Y las doce profecías dónde van?». Todas estas cosas escandalizaban a las mentalidades cerradas. Sucede también hoy. Es más, estas mentalidades cerradas usan esquemas litúrgicos para defender el propio punto de vista. Usar la liturgia: este es el drama que estamos viviendo en grupos eclesiales que se alejan de la Iglesia, cuestionan el Concilio, la autoridad de los obispos..., para conservar la tradición. Y se usa la liturgia, para esto.

– La Carta apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios (29.6.2022). Enteramente dedicada a la liturgia, dirigida a los Obispos, a los sacerdotes, a los diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos, la carta pretende recordar a todos, desde el título, que cada persona, en su condición, edad y vocación, está interpelada y directamente implicada en

los misterios de Cristo celebrados por la Iglesia para cumplir su misión en el mundo. El Papa no pretende tratar el tema de forma exhaustiva, pero es clara la intención que le anima, expresada en la introducción:

Con esta carta deseo llegar a todos –después de haber escrito a los obispos tras la publicación del Motu proprio *Traditionis custodes*– para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la liturgia, dimensión fundamental para la vida de la Iglesia (núm. 1).

La finalidad del documento se resume de nuevo en el número 61, que merece ser recogido en su totalidad:

He querido ofrecer simplemente algunas reflexiones que ciertamente no agotan el inmenso tesoro de la celebración de los santos misterios. Pido a todos los obispos, presbíteros y diáconos, a los formadores de los seminarios, a los profesores de las facultades teológicas y de las escuelas de teología, y a todos los catequistas, que ayudan al pueblo santo de Dios a beber de la que siempre ha sido la fuente principal de la espiritualidad cristiana. Estamos continuamente llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*, comprendiendo el íntimo vínculo entre la primera Constitución conciliar y todas las demás. Por eso, no podemos volver a esa forma ritual que los Padres conciliares, *cum Petro* y *sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando, bajo la guía del Espíritu Santo y según la conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma. Los santos pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, al aprobar los libros litúrgicos reformados *ex decreto Sacrosancti Œcumenici Concilii Vaticani II*, garantizaron la fidelidad de la reforma al Concilio. Por eso, escribí *Traditionis custodes*, para que la Iglesia pueda elevar, en la variedad de lenguas, una única e idéntica oración capaz de expresar su unidad. Esta unidad que, como ya he escrito, pretendo ver restablecida en toda la Iglesia de rito romano.

Sin entrar en detalles, nos limitamos a algunos acentos.¹⁴ En primer lugar, subraya que la acción litúrgica es *deseada* por Cristo para

14 Para una breve presentación de la finalidad y el contenido de la Carta apostólica *Desiderio desideravi*, véase el *Comunicado* de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, publicado junto con la Carta por la Oficina de Prensa el 29.6.2022, y también en el sitio web del Dicasterio.

crear comunión con nosotros y entre nosotros. Por eso, la comunión eclesial se nutre incesantemente de la liturgia y brilla más en ella. En efecto, las divisiones polémicas en materia ritual socavan esa comunión que es el verdadero fruto por el que la Iglesia celebra los santos misterios.

Se caracteriza por un estilo propositivo, que nos ayuda a meditar sobre el alcance iniciático de lo que hacemos y decimos «*per ritus et preces*», dejándonos *formar* la existencia. Los primeros 26 números esbozan las connotaciones de la liturgia: el *hoy* de la salvación (2-9); el encuentro con Cristo (10-13); la Iglesia, sacramento del Cuerpo de Cristo (14-15); el sentido teológico (16); el antídoto al veneno de la mundanidad espiritual (17-20); la belleza de la verdad de la celebración cristiana (21-23); el asombro ante el misterio pascual (24-26). Le siguen 21 números sobre la *necesidad de una formación seria y vital*, articulada sobre algunas cuestiones fundamentales (24-47): el carácter crítico de nuestro tiempo (31), la enseñanza del Vaticano II (30), la reforma litúrgica, motivada por la recomposición del nexo liturgia-Iglesia (31-33); la formación *para la liturgia y desde la liturgia* (34), que implica el estudio y la experiencia de la liturgia y cuestiona a los ministros ordenados, a los seminaristas, a todos los bautizados (35-40), ya que no se trata de un proceso mental sino existencial (41-42), que requiere una educación en lo simbólico (44-47). A continuación, se dedican 13 números al valor del *ars celebrandi* (48-60). Finalmente, los últimos números retoman la intención de la Carta y abren horizontes para proseguir el camino (61-65).

– Discurso a los miembros de la Asociación Italiana de Profesores y Amantes de la Liturgia (1.9.2022). La ocasión del 50º aniversario de la Asociación ha permitido al Papa retomar algunos aspectos, entre ellos el tiempo de la reforma litúrgica:

un proceso que ha conocido diferentes fases, desde la inicial, caracterizada por la edición de los nuevos libros litúrgicos, hasta las fases articuladas de su recepción en las décadas siguientes. Este trabajo de acogida sigue en marcha y nos ve a todos comprometidos en la profundización, que requiere tiempo y cuidado, un cuidado apasionado y paciente; requiere inteligencia espiritual e inteligencia

pastoral; requiere formación, para una sabiduría celebrativa que no se puede improvisar y debe ser continuamente refinada.

Recordando que la liturgia «en la medida en que es un organismo vivo, como una planta, no puede ser descuidada ni maltratada», exhortó

a que vuestro estudio de la liturgia esté impregnado de la oración y de la experiencia viva de la Iglesia que celebra, para que la liturgia «pensada» fluya siempre, como una sangre vital de la liturgia vivida. La teología se hace con la mente abierta y al mismo tiempo «de rodillas» (cf. *Veritatis gaudium*, 3). Esto es válido para todas las disciplinas teológicas, pero con mayor razón para la suya, que tiene como objeto el acto de celebrar la belleza y la grandeza del misterio de Dios que se nos da.

2. EL ALCANCE DEL MAGISTERIO

El magisterio de Francisco no solo ofrece exhortaciones, reflexiones y explicaciones sobre la liturgia (sus homilías son ejemplares). Hay intervenciones autorizadas en *re liturgica*: los Motu proprio tienen importancia histórica en el sentido de que marcan un punto de inflexión en la disciplina y marcan un rumbo diferente. No son innovaciones arbitrarias, sino una fiel maduración del nexo Iglesia-liturgia, recogido por el Vaticano II y transmitido en los libros litúrgicos.

Piénsese en el movimiento que, insatisfecho con la revisión postconciliar de los libros litúrgicos, en particular del Misal, lamentaba la traición de la *Sacrosanctum Conilium* e invocaba desde arriba «la reforma de la reforma»: a esta respecto, ya en la primera entrevista unos meses después de la elección,¹⁵ como en

15 En la entrevista concedida a A. Spadaro, director de *La Civiltà Cattolica*, el 19.8.2013, Francisco manifestaba la preocupación por el riesgo de ideologización del *Vetus Ordo*: «El Vaticano II supuso una relectura del evangelio a la luz de la cultura contemporánea. Produjo un movimiento de renovación que viene sencillamente del mismo evangelio. Los frutos son enormes. Basta recordar la liturgia. El trabajo de reforma litúrgica hizo un servicio al pueblo, releyendo el evangelio a partir de una situación histórica concreta. Sí, hay líneas de hermenéutica de continuidad y de discontinuidad, pero una cosa es clara: la dinámica de lectura del evangelio actualizada para hoy, propia

la mencionada Conversación con A. Spadaro unos años después y en su discurso de la Semana Litúrgica de la CAL, hasta llegar a la *Traditionis custodes* y la reciente Carta apostólica, Francisco ha reafirmado de forma convincente la bondad de la reforma de los libros litúrgicos promulgada por el Papa, en obediencia a los decretos del Concilio Ecuménico Vaticano II, y la necesaria aceptación de los mismos como expresión de la *lex orandi* del Rito Romano. Las diferentes sensibilidades no pueden llevar a desacreditar y rechazar la reforma litúrgica, sino a promover una mejor interiorización de la misma para crecer en la comunión que califica al Cuerpo de Cristo: «Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión» (*Desiderio desideravi* 65; también los núms. 31 y 61).

Recordemos también el cambio de rúbrica ordenado por el Papa sobre el lavatorio de los pies en la *Missa in Cena Domini* –incluyendo a las mujeres y haciendo que el gesto no sea ya imitativo de lo que hizo Jesús con los doce, sino significativo del servicio que concierne a todos, siguiendo el ejemplo y por mandato del Señor–,¹⁶ así como el grado de *festum* establecido para santa María Magdalena, *apostola apostolorum*.¹⁷ Son indicios de una sensibilidad que no¹⁸ solo es inclusiva, como se pretende hoy en la sociedad

del Concilio, es absolutamente irreversible. Luego están algunas cuestiones concretas, como la liturgia según el *Vetus Ordo*. Pienso que la decisión del papa Benedicto estuvo dictada por la prudencia, procurando ayudar a algunas personas que tienen esa sensibilidad particular. Lo que considero preocupante es el peligro de ideologización, de instrumentalización del *Vetus Ordo*: [en línea], Santa Sede. 21 de septiembre de 2013 <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2013/september/documents/papa-francesco_20130921_intervista-spadaro.html> [Consulta: mayo 2022].

16 Véase la *Carta del Santo Padre al Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos* (24.12.2014) y el Decreto de la Congregación *In Missa in Cena Domini* (6.1.2016, Prot. N. 87/15), publicado también en traducción al español en *Notitiae* 52 (2016) 9-10; 10-11 y 16-17.

17 Véase el decreto *Resurrectionis dominicae primam testem et evangelistam* del 3.6.2016 (Prot. N. 257/16), en *Notitiae* 52 (2016) 22-23; 28-29; 34 (texto del prefacio cuyo título reza: *De apostolorum apostola*).

18 El reto del papel de la mujer en los distintos ámbitos de la Iglesia no se le ha escapado a Francisco, que lo recuerda en el número 104 de la *Evangelii*

civil, sino que manifiesta la igual dignidad en el pueblo santo de Dios de todos los bautizados:

Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gal 3,26-28).

Los ministerios instituidos conferidos también a las mujeres van en la misma dirección.

Le enseñanza de Francisco no pretende ofrecer una visión de la liturgia como un fin en sí mismo, sino recordar lo que significa para la vida de la Iglesia, para cada comunidad concreta y, dentro de ella, para cada bautizado que pertenece a ella, cada uno según su vocación. Celebremos los santos misterios para vivir cristianamente en el mundo actual, mientras esperamos los cielos nuevos y la tierra nueva.

Circulan fácilmente interpretaciones contradictorias del magisterio del Papa, incluso sobre la liturgia. Lo necesario es el «discernimiento» querido por Francisco. Junto a la legislación, también es necesario el sentido común en la liturgia. Y también el buen gusto (pienso en la «puntilla de la abuela», citada en un reciente discurso al clero).¹⁹ Los que se piensan que el papa Francisco tiene poco interés por la liturgia probablemente no saben discernir que está trabajando para incrementar la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II.

gaudium: «Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente». Todo el asunto es interesante porque revela el pensamiento del Papa sobre el sacerdocio reservado a los hombres, que sí es poder para administrar el sacramento de la Eucaristía, pero no es poder entendido como dominio que ocupa todos los espacios de la Iglesia.

19 Cf. *Discurso a los obispos y sacerdotes de las Iglesias de Sicilia* (9.6.2022) [en línea] (con traducción española), Santa Sede. 9 de mayo de 2022, <<https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2022/june/documents/20220609-clero-sicilia.html>> [Consulta: mayo 2022].

LA LITURGIA Y EL DESEO DE COMUNIÓN: EN TORNO A «DESIDERIO DESIDERAVI»*

Andrea GRILLO

Abstract: This piece by Andrea Grillo explores the recent Apostolic Letter *Desiderio desideravi* on the liturgical formation, focusing on three significant aspects: the link with the Apostolic Letter *Traditionis custodes* (2021) on the use of the Roman liturgy before the 1970 reform, the reference to the theme of «rite» and the emphasis on the relationship between «astonishment» and «formation».

Keywords: formation, liturgical reform, mystery, rite, Tridentine liturgy.

Resumen: El texto de Andrea Grillo estudia la reciente Carta apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica, centrándose en tres aspectos calificativos: su vinculación con la Carta apostólica *Traditionis custodes* (2021) sobre el uso de la liturgia romana antes de la reforma de 1970, la referencia al tema del «rito» y el subrayado de la relación entre «estupor» y «formación».

Palabras clave: formación, liturgia tridentina, misterio, reforma litúrgica, rito.

Andrea Grillo es profesor de teología de los sacramentos y filosofía de la religión en el Pontificio Ateneo San Anselmo y de liturgia en la Abadía de Santa Giustina en Padua.

* Este texto preparado por el autor en italiano ha sido traducido al español por José Antonio Goñi.

Ante la reciente Carta apostólica del papa Francisco, publicada el 29 de junio de 2022 y titulada *Desiderio desideravi* (Dd), dedicada a «la formación litúrgica del pueblo de Dios», hay muchos aspectos que merecen ser destacados. Me centraré en tres aspectos calificativos: el vínculo con *Traditionis custodes*, de 2021, la referencia al tema del «rito» y, por último, el subrayado de la relación entre «estupor» y «formación».

1. LA CARTA «DESIDERIO DESIDERAVI» COMO CONTEXTO AMPLIO DE «TRADITIONIS CUSTODES»

¿Cómo debe interpretarse la Carta apostólica *Desiderio desideravi* que el papa Francisco dedica a la «formación litúrgica del Pueblo de Dios»?

La Carta apostólica nos ofrece un primer nivel de intención, en el que me detendré, que se desprende de las primeras líneas y que se retoma en los últimos números del texto (la Carta consta de 65 números cortos).

Es evidente que *Desiderio desideravi* surge como una ampliación de la carta a los obispos que acompañó al Motu proprio *Traditionis custodes* del año pasado. ¿De qué se trata? El texto con el que, a causa de la reforma litúrgica, se superó hace un año el régimen de «paralelismo» entre dos formas del mismo rito romano. En *Desiderio desideravi* Francisco se sitúa en primer lugar en la línea del texto del año pasado (Dd 1) y al final aclara mejor su intención (Dd 61):

Estamos continuamente llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*, comprendiendo el íntimo vínculo entre la primera Constitución conciliar y todas las demás. Por eso, no podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro* y *sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando, bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma. Los santos pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, al aprobar los libros litúrgicos reformados *ex decreto Sacrosancti Œcumenici Concilii Vaticani II*, garantizaron la fidelidad de la reforma al Concilio. Por eso, escribí *Traditionis custodes*, para que la Iglesia pueda elevar, en la variedad de lenguas, una única e idéntica

oración capaz de expresar su unidad. Esta unidad que, como ya he escrito, pretendo ver restablecida en toda la Iglesia de rito romano.

Esta frase indica cómo el texto se sitúa explícitamente en tomar de nuevo el diseño conciliar y supera claramente la larga temporada de vacilación que había marcado a la Iglesia católica durante la fase final del pontificado de Juan Pablo II y, más claramente, durante el pontificado de Benedicto XVI. ¿Qué se debe poner de nuevo en el centro de atención? El texto lo dice con una expresión «clásica»: la «formación litúrgica».

Esta expresión pretende volver al carácter «común» de la acción litúrgica, en primer lugar eucarístico, cuyos sujetos son Cristo y la Iglesia. Si se adquiere la calidad de «celebrantes» de todos los bautizados, como lo hace *Desiderio desideravi* de manera muy clara, entonces es evidente que la doble formación (a la liturgia y de parte de la liturgia) solo puede tener lugar gracias a los ritos resultantes de la reforma, que han restablecido de manera límpida esta antigua verdad:

Recordemos siempre que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sujeto celebrante, no solo el sacerdote (Dd 36).

Este principio deriva del valor teológico de la liturgia y permite tomar la celebración «común» como fuente y culminación de toda la acción de la Iglesia. Por lo tanto, no tiene sentido fundamentar una ciencia litúrgica como un «miedo a los abusos que hay que evitar», sino como un deseo de usos que hay que aprender. Este «giro para aprender a usar» es realmente un gran acontecimiento de gracia. Después de que, desde *Redemptionis sacramentum*, nos habíamos acostumbrado a escuchar intervenciones magisteriales sobre la liturgia llenas solo de preocupaciones, de limitaciones, de vacilaciones, de temores, de advertencias, un texto orientado a retomar el camino de la reforma litúrgica, que asume solo un campo de confrontación común y que elimina, estructuralmente, el gusanillo de una «segunda mesa» en la que tener la «verdadera experiencia litúrgica», es un gran acontecimiento. Su horizonte es el Concilio Vaticano II y su precioso legado, que *Desiderio desideravi* 31 resume así:

Si la liturgia es «la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10), comprendemos bien lo que está en juego en la cuestión litúrgica. Sería banal leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades sobre una forma ritual. La problemática es, ante todo, eclesiológica. No veo cómo se puede decir que se reconoce la validez del Concilio –aunque me sorprende un poco que un católico pueda presumir de no hacerlo– y no aceptar la reforma litúrgica nacida de la *Sacrosanctum Concilium*, que expresa la realidad de la liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la *Lumen gentium*.

La liturgia, gracias al movimiento litúrgico y al Vaticano II, pudo volver a ser el lenguaje elemental de una «comunidad sacerdotal». Con *Desiderio desideravi* Francisco demuestra que no puede salirse de esta línea de redescubrimiento del valor teológico de la liturgia, que implica la aceptación de los ritos resultantes de la reforma como lenguaje común de toda la Iglesia. Que así, en todos sus componentes, puede ser formado por los ritos que celebra. Cualquier desviación sobre los nuevos movimientos y reformas litúrgicas es simplemente una modalidad de rechazo al Concilio Vaticano II y su evidencia teológica y eclesial irrenunciable.

2. LA CUESTIÓN DEL RITO MALINTERPRETADO EN «DESIDERIO DESIDERAVI»

Me llamó mucho la atención, desde el primer día, la facilidad con la que el texto de *Desiderio desideravi* fue absorbido por la fuerza de los prejuicios. Como se habla de liturgia, y todos pensamos que ya sabemos de antemano lo que es importante en la liturgia, un periódico como *Avvenire*, que ciertamente no puede considerarse «alejado» del tema, cayó en la trampa y puso un titular verdaderamente paradójico: «El Papa: “la liturgia no es solo ritual, sino evangelización”». Lo verdaderamente sensacional es que, con un título así, casi todo el valor del texto queda irremediablemente comprometido. Porque si hay un mérito de *Desiderio desideravi*, es precisamente el de haber buscado, con un impulso solo comparable al de los textos conciliares, volver a lanzar de forma nueva

y convincente la «unidad» del rito y la evangelización, es decir, el valor fontal de la forma litúrgica respecto al «contenido de la fe».

Pero si un título es indicativo de una «comprensión media», es evidente que el corazón mismo del texto, que insiste en la «formación litúrgica», encuentra una llaga en este ejemplo. Si reducimos el «rito» a «algo externo», podemos pensar que la verdadera esencia de la liturgia no es ritual. Y es precisamente este error el que el texto trata de evitar y corregir.

Para entender dónde está el problema, puede ser útil un doble reconocimiento. En primer lugar, la frase citada por *Avvenire* no existe en el texto. Y es bien sabido que el uso de comillas es muy peligroso. Más bien, el texto utiliza otros términos. Dice que la liturgia no es solo *rúbricas*, sino un acontecimiento de salvación. Confundir el rito con las *rúbricas* es una tendencia que viene de lejos y que caracteriza nuestra historia latina. Un punto especialmente evidente es el comienzo del Misal tridentino, donde encontramos el *ritus servandus*, que es precisamente la reducción del rito a la observancia de numerosas *rúbricas* por parte del sacerdote. Este es el horizonte del título de *Avvenire*: un rito reducido a *ritus servandus*, que por tanto nunca puede ser suficiente, es más, amenaza el sentido de la liturgia. Reducir la liturgia al *ritus servandus* es precisamente la tentación de todos los tradicionalismos litúrgicos. Así, sin ser consciente de ello, *Avvenire*, en su titular, atribuyó al Papa intenciones preconciiales. ¿Qué dice Francisco en cambio? Dice que es necesario descubrir cómo el rito no es principalmente una «*rúbrica que hay que observar*», sino una «acción común, de Cristo y de la Iglesia, que hay que celebrar». Esta es la diferencia fundamental que el texto argumenta larga y profusamente. Aquí el término rito no indica una «ceremonia externa» que es responsabilidad del sacerdote, sino un «lenguaje común» para toda la asamblea y su Señor. Por ello, la transición del *ritus servandus* al *ritus celebrandu* requiere dos puntos de inflexión necesarios. Que haya un rito común a todos, y que este rito sea fuente de formación común para todos los sujetos eclesiales, desde el Papa hasta el individuo bautizado. Todos igualmente vinculados a la acción común, que todos celebran, solo uno preside, y que prevé una

articulación diferenciada de los ministerios. En este horizonte, cualquier oposición entre ritual y evangelización se convierte en nostalgia y malentendido, por lo que debe evitarse, especialmente en los títulos.

3. ESTUPOR Y FORMACIÓN LITÚRGICA

Uno de los pasajes centrales de *Desiderio desideravi* consiste en poner en primer plano el «asombro ante el misterio pascual», que se distingue del «sentido del misterio», y como tal constituye el corazón de la experiencia litúrgica de relación con el misterio pascual. El asombro se refiere a la «actualización» del misterio en el aquí y ahora de la celebración. Para entender este pasaje, que abarca los números 24-26, y que abre la parte dedicada a la «formación litúrgica», debemos precederlo de una serie de aclaraciones terminológicas (3.1), para luego detenernos en cómo se presenta el discurso en *Desiderio desideravi* (3.2) y cómo sirve de preludeo a la referencia a Guardini y al concepto de «formación litúrgica» (3.3).

3.1. Algunas precisiones terminológicas

La categoría «estupor» tiene fuertes raíces bíblicas. La palabra de Jesús, su acción, sus milagros, su final como un nuevo comienzo, despiertan el asombro. En particular, en relación con la Eucaristía hay estupor ante las palabras de Jesús sobre el «pan de vida» (Jn 6) y en los dos de Emaús (Lc 24), donde se mezclan la relación con su muerte y resurrección y con la *traditio* del pan y el cáliz, como relación de fe con su muerte y vida. Referir el término «estupor» a la Eucaristía se injerta en este núcleo «asombroso», que concierne al corazón del misterio pascual y frente al cual el estupor roza la incapacidad de comprensión y la gracia de la fe.

a) El «estupor» como categoría litúrgica

Como término «litúrgico», el estupor es una categoría bastante reciente. Como C. Giraudó en su *Stupore eucaristico* (Librería Editrice Vaticana 2003), se puede remontar a *Ecclesia de Eucharistia* de Juan Pablo II el uso de la expresión «estupor eucarístico» (EE 6).

Con esta expresión el texto quiere subrayar la correlación entre el don eucarístico y la experiencia eclesial, entre la dependencia de la Eucaristía de la Iglesia y la dependencia de la Iglesia de la Eucaristía. En el texto el término aparece cinco veces, siempre en este sentido, más orientado a la adoración que a la celebración. La dinámica ritual, en el «estupor eucarístico», aparece en *Ecclesia de Eucharistia* como ámbito problemático, a controlar por los abusos: y será a partir de *Ecclesia de Eucharistia* de donde nacerá el documento *Redemptionis sacramentum*, que ¡en su intento por evitar abusos eucarísticos llegará a afirmar como «abuso» incluso el uso de expresiones como «asamblea celebrante» o «comunidad celebrante»!

b) La relación con el «misterio»

El uso que hace *Desiderio desideravi* del término «estupor» es totalmente nuevo, ya que subraya la diferencia con la expresión «sentido del misterio». Aquello que una inadecuada negación del corazón del Vaticano II había inducido primero con la citada *Redemptionis sacramentum* (2004) y luego, mucho más grave, con el Motu proprio *Summorum Pontificum* (2007), había llevado a confundir «asombro eucarístico» con «sentido del misterio». Y reducir la experiencia de la Eucaristía a una rígida forma exterior paralela a una devoción interior sin relación con el rito. *Desiderio desideravi* nos dice que esta idea del «sentido del misterio» contradice el camino por el que el movimiento litúrgico y el Concilio redescubrieron el sentido teológico de la liturgia.

c) La herencia escolástica

Hay que añadir, como elemento adicional, que una larga tradición, alimentada por el lenguaje escolástico, había contribuido primero a centrar no solo toda la atención *devota* en la *consagración*, sino a percibir toda la «*maravilla*» solo en la misteriosa presencia de la sustancia del cuerpo y de la sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino. La progresiva concentración de la mirada eclesial en el detalle de las especies ha comprimido el asombro en un solo punto, distrayendo la vista y la oración de toda la acción de Cristo

y de la Iglesia. Precisamente, en este punto, me parece que el texto de *Desiderio desideravi* tiene algunos pasajes muy relevantes que merecen una consideración específica.

3.2. El desarrollo del discurso sobre el «estupor» en «*Desiderio desideravi*»

Al discurso sobre el «estupor» llega el texto de *Desiderio desideravi* después de 23 párrafos, en los que traza el «sentido teológico de la liturgia», recuperando su valor cristológico y eclesiológico y mostrándolo como «antídoto» contra la mundanidad espiritual. Apreciada solo en esta experiencia de belleza, la liturgia debe garantizar la experiencia del «estupor», que es más profunda que la corrección formal y la elaboración interior. El asombro es la «irrupción» del misterio pascual, como síntesis de encarnación y redención. Por lo tanto, el estupor litúrgico debe ser salvaguardado de las formas exteriores e interiores que tienden a disolverlo en algo distinto de sí mismo. El texto, en el número 25, se detiene precisamente en la diferencia entre «estupor» y «sentido del misterio»: y, con respecto a este «sentido del misterio», afirma que:

Entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebración. Cuando digo asombro ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión «sentido del misterio»: a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebración. El asombro del que hablo no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (cf. Ef 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los «misterios», es decir, de los sacramentos.

Aquí queda claro que el estupor no es mero «desconocimiento», o «secreto», sino «descubrimiento» de la admirable continuidad entre el Cuerpo de Cristo y el Cuerpo de la Iglesia. Por lo tanto, diríamos que el «estupor» no es una experiencia subjetiva «individual» sino «forma comunitaria». Esto supone una experiencia común en la que uno se reconoce como «cuerpo de Cristo» en tanto que comunidad eclesial y no simplemente como individuos de frente al lado incomprensible de un rito secreto. Esto es tan

cierto que se puede anular el juicio expresado con ligereza hacia la reforma litúrgica:

Cuando digo asombro ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión «sentido del misterio»: a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebración (Dd 25).

Esto implica, en la conclusión del argumento, un pasaje muy importante, a saber, el comprendido entre «estupor» y «símbolo». He aquí el breve párrafo 26, que condensa el significado del asombro en pocas líneas, que cobran importancia para proseguir:

El asombro es parte esencial de la acción litúrgica porque es la actitud de quien sabe que está ante la peculiaridad de los gestos simbólicos; es la maravilla de quien experimenta la fuerza del símbolo, que no consiste en referirse a un concepto abstracto, sino en contener y expresar, en su concreción, lo que significa.

Esta expresión completa la distinción entre «estupor» y el vago «sentido del misterio». El sobrecogimiento es «simbólico» porque forma parte de la propia acción litúrgica. No está «delante» de la acción, sino que está «dentro» de la acción litúrgica. Por ello, el texto, tras llegar a esta comprensión simbólica de la acción ritual, debe necesariamente fijar el conjunto de la larga parte que sigue, en la que será la «formación litúrgica» para obtener la mayor atención. Sin embargo, para entrar en este campo, *Desiderio desideravi* vuelve a lo que no es exagerado considerar el «texto fundacional» del tema de la «formación litúrgica», es decir, el precioso libro que R. Guardini publicó en 1923 y que lleva como título la expresión *Liturgische Bildung*.

3.3. La referencia a Guardini, maestro del «estupor» simbólico

Es evidente que, para cerrar el círculo de la argumentación, *Desiderio desideravi* debe volver al origen de la cuestión litúrgica, tal como la formuló R. Guardini en las primeras décadas del siglo xx. Y por ello, dedica, en una manera que no tiene precedentes, nada menos que cinco importantes citas a dos textos fundamentales, que se sitúan al principio y al final de la carrera de Guardini. *Formación*

litúrgica, de 1923, y la famosa carta al obispo de Maguncia, de 1964. Con cuarenta años de distancia, Guardini destaca algunos aspectos decisivos para la recuperación de la experiencia litúrgica:

- a) la liturgia debe solicitar la experiencia integral del hombre, en su unidad de interioridad y exterioridad;
- b) sin esta «formación», que no es solo la formación para la acción litúrgica, sino también la formación por la acción ritual, las reformas de los textos y los gestos servirán de poco;
- c) es la capacidad simbólica la que debe recuperarse en el centro de la acción ritual y eclesial. Para ello, el cristiano exige una formación específica;
- d) el arte de celebrar es una disciplina integral, no puede reducirse ni a formalismos externos ni a inmediaciones siempre nuevas.

Todas estas ideas maduraron en los 60 años anteriores al Concilio y han encontrado su primer desarrollo en los 60 años posteriores al Concilio.

Al volver a lanzar con fuerza este proyecto original, *Desiderio desideravi* reabre el espacio para una reforma litúrgica que se sabe «instrumento para otra cosa»: es decir, de una renovación en la experiencia del misterio pascual y de la vida cristiana, vivida en el símbolo antes por las comunidades que por los individuos, en la profecía de la relación eclesial y del testimonio del mundo.

Nadie puede confundir este «estupor por el misterio pascual» con la nostalgia de un formalismo sin futuro.

EL PAPA FRANCISCO APELA
A LOS «ALTIORA PRINCIPIA».
ELOGIO DE LA CARTA APOSTÓLICA
«DESIDERIO DESIDERAVI»

José Manuel BERNAL LLORENTE

Abstract: The article underlines such core aspects as the conciliar character of the liturgical reform, the doctrinal importance of *Sacrosanctum Concilium*, the beauty and truth of the liturgy and the astonishment it provokes, its condition as a personal encounter with the Lord, its immersion in the world of symbols and the need for liturgical formation.

Keywords: doxology, formation, liturgical constitution, reform, symbol.

Resumen: El artículo destaca aspectos medulares como el carácter conciliar de la reforma litúrgica, la importancia doctrinal de la *Sacrosanctum Concilium*, la belleza y la verdad de la liturgia y el asombro que provoca, su condición de encuentro personal con el Señor, su inmersión en el mundo de los símbolos y la necesidad de la educación litúrgica.

Palabras clave: constitución litúrgica, doxología, formación, reforma, símbolo.

José Manuel Bernal Llorente cursó estudios de especialidad litúrgica en el Instituto Superior de Liturgia de París, fue catedrático de teología dogmática en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino en Roma (*Angelicum*) y en la Facultad de Teología de Valencia, de la que fue decano.

Firmaba el papa Francisco la Carta apostólica *Desiderio desideravi* el día 29 de junio de 2022, justo en la fiesta de san Pedro y san Pablo. El escrito del Papa me ha sorprendido gratamente. El obispo de Roma ahonda en los puntos teológicos de fondo que sostienen el complejo entramado de la liturgia. No se pierde el papa en divagaciones superficiales de disciplina, corrigiendo errores o señalando comportamientos desordenados. Desde el primer momento el papa Francisco se adentra en los aspectos doctrinales que vertebran la dignidad prestigiosa de la acción litúrgica. Lo apunta él claramente:

Con esta carta quisiera simplemente invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana (Dd 16).

Y más adelante:

Quisiera que esta carta nos ayudara a reavivar el asombro por la belleza de la verdad de la celebración cristiana (Dd 62).

Me sorprende la fuerza con que el Papa destaca esos dos valores de la liturgia: *su verdad y su belleza*. Esos dos aspectos singulares acaban provocando el *asombro*, destacado también por el Pontífice y al que voy a referirme en las páginas que siguen. Advierto, con un cierto sonrojo, una clara sintonía entre las ideas expuestas aquí por el Papa con el horizonte de preocupaciones en que me muevo yo mismo en mi último libro.¹

Mi propósito en este escrito va a consistir en destacar los puntos medulares presentados por el Papa en su Carta, su recurso decidido a los *altiora principia*: «la riqueza de los “principios generales” expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*», como él dice refiriéndose a ellos (Dd 61). Antes de nada, debo señalar el interés del papa Francisco en dejar claro el carácter esencialmente conciliar de sus planteamientos.

1 J.M. BERNAL, *Del ritualismo, líbranos, Señor. Una liturgia confirmada en la vida* (CPL Libri 51), Barcelona: CPL 2022.

1. LA LITURGIA ENTRE LAS PRIORIDADES DEL CONCILIO

No me refiero solo a la prioridad cronológica. La Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia es el primer documento promulgado por el Concilio Vaticano II. Esta no es un documento menor; más bien, se trata de la gran declaración doctrinal en la que los Padres conciliares, después de intensas discusiones, afrontan el tema de la liturgia expresando sus preocupaciones pastorales, superando los controvertidos problemas de la lengua, las adaptaciones y las reformas y, sobre todo, diseñando las bases fundamentales teológicas (*altiora principia*) en las que se apoyan la grandeza y la hondura de la vida litúrgica en la Iglesia. No tengo la menor duda de que el interés por la liturgia representó una de las más vehementes preocupaciones del Concilio. Así lo destacó el santo papa Pablo VI al concluir la segunda sesión del Concilio el día 4 de diciembre de 1963, como indica el papa Francisco en su Carta (Dd 30):

Por lo demás, no ha quedado sin fruto la ardua e intrincada discusión, puesto que uno de los temas, el *primero que fue examinado*, y en un cierto sentido *el primero también por la excelencia intrínseca* y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada liturgia, ha sido terminado y es hoy promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el *primer* puesto; la oración, nuestra *primera* obligación; la liturgia, la *primera* fuente de la vida divina que se nos comunica, la *primera* escuela de nuestra vida espiritual, el *primer* don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros cree y ora, y la *primera* invitación al mundo para que, en oración dichosa y veraz, desate su lengua muda y sienta el inefable poder regenerador de cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor en el Espíritu Santo.² [*La cursiva es del autor del artículo*]

El papa Francisco confiesa que el Vaticano II, con sus enseñanzas, ha permitido que nos adentremos en el conocimiento de la liturgia, «redescubriendo», dice él, su dimensión teológica y su importancia singular para la vida de la Iglesia (Dd 16), tal como

2 AAS 56 (1964) 34.

aparece expresada de forma magistral en el artículo 7 de la Constitución Litúrgica (Dd 21). En otro momento, el Papa asegura que la indiscutible densidad teológica de las grandes Constituciones conciliares «haya partido precisamente de la liturgia» (Dd 29).

Estas consideraciones, junto con la segura convicción de la grandeza y la honda significación de la liturgia para la vida de la Iglesia, llevan a Francisco a delatar la incongruencia de quienes aseguran reconocer «la validez del Concilio» y, al mismo tiempo,

no aceptan la reforma litúrgica nacida de la *Sacrosanctum Concilium*, que expresa la realidad de la liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la *Lumen gentium*.

El Santo Padre no entiende como se puede aceptar la autoridad del Concilio y no reconocer algo tan fundamental en la doctrina conciliar; que la liturgia es «la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» [SC 10] (Dd 31). Este razonamiento obligó al Papa a

sentirse en el deber de afirmar [TC 1] que «los libros litúrgicos promulgados por los Santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, en conformidad con los decretos del Concilio Vaticano II, como única expresión de la *lex orandi* del rito romano» (Dd 31).

Por este motivo, el papa Francisco sintió la necesidad de reajustar la normativa anterior referente a los grupos nostálgicos de la liturgia tridentina, reiterando de nuevo su postura claramente decidida.

Estamos continuamente llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*, comprendiendo el íntimo vínculo entre la primera Constitución conciliar y todas las demás. Por eso, no podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro* y *sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando, bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma. Los santos Pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, al aprobar los libros litúrgicos reformados *ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II*, garantizaron la fidelidad de la reforma al Concilio (Dd 61).

Está claro. La reforma litúrgica, llevada a cabo a raíz del Concilio por expertos, eximios conocedores de la tradición litúrgica, es sin duda la expresión de los deseos y las determinaciones de los Padres conciliares. No hay duda, en efecto, de que la reforma litúrgica, sus libros y sus prescripciones se identifican claramente con el Concilio Vaticano II, con sus opciones teológicas fundamentales y con sus decisiones pastorales. No hay duda, insisto: oponerse a la reforma litúrgica es rechazar la autoridad del mismo Concilio.

2. CELEBRACIÓN PASCUAL Y ENCUENTRO CON EL SEÑOR

En la Carta se menciona reiteradamente la liturgia como un «encuentro con el Señor». Esto me parece de una importancia extraordinaria. Es hora ya de que dejemos de referirnos a los sacramentos y a las celebraciones litúrgicas como si fueran cosas que se distribuyen, se manipulan o se cuantifican. Es hora, insisto, de que pasemos de una visión «cosista», por llamarla de alguna manera, a otra de corte «personalista» de los sacramentos y de la vida litúrgica. Las celebraciones propician que los fieles experimenten un encuentro vivo con el Señor resucitado y glorioso. Esa es la importante convicción que transmite el Papa en sus palabras. Cito un fragmento de su Carta:

Si hubiésemos llegado a Jerusalén después de Pentecostés y hubiéramos sentido el deseo, no solo de tener noticias sobre Jesús de Nazaret, sino de volver a *encontrarnos* con Él, no habríamos tenido otra posibilidad de *un verdadero encuentro con Él* sino en la comunidad que celebra (Dd 8).

Efectivamente, es en el marco de la «comunidad que celebra» donde los participantes experimentan la presencia del Señor resucitado, su amor y su cercanía gloriosa. Porque la comunidad creyente celebra la resurrección del Señor «no como un concepto, una idea o un pensamiento, sino como un verdadero encuentro con Él» (Dd 10). El carácter «personalista» del encuentro, además, exige del creyente una actitud personal de fe, de reconocimiento del señorío de Jesús, de adhesión estrecha a su persona. No es una

simple ceremonia. Es una acción de fe. Y, como dice Francisco, «la fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es» (Dd 10).

El papa Francisco está persuadido de que

la liturgia nos garantiza la posibilidad de tal encuentro. [...] En la Eucaristía y en todos los sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua (Dd 11).

Por otra parte, debemos reconocer con el Papa que este encuentro pascual con el Señor Jesús, el *Kyrios*, no es un logro personal nuestro, sino un don de Dios.

El encuentro con Dios—dice Francisco—no es fruto de una individual búsqueda interior, sino que es un acontecimiento regalado (Dd 24).

Un regalo que se hace realidad a la comunidad celebrante de modo específico en el momento de la *anamnesis*, porque «a través del memorial, se hace presente el misterio pascual» (Dd 49). Resume el Papa estas ideas con una declaración que considero excepcional por su novedad y por la densidad de su doctrina.

Desde aquel momento [Pentecostés], la celebración se convierte en el lugar privilegiado, no el único, del encuentro con Él. Sabemos que, solo gracias a este encuentro, el hombre llega a ser plenamente hombre. Sólo la Iglesia de Pentecostés puede concebir al hombre como persona, abierto a una relación plena con Dios, con la creación y con los hermanos (Dd 33)

Estas palabras del papa Francisco deben ser interpretadas al hilo de la nueva reflexión teológica. El referente privilegiado es el Cristo de la Pascua, el Cristo de la gloria, vencedor de la muerte y primicia de la nueva humanidad. En ese Cristo glorioso se manifiesta el hombre en su estatura plena, en su dimensión más alta. Este Cristo de la resurrección, prototipo y primicia del Hombre en plenitud, se presenta, además, no solo como donación y reto, sino como promesa mesiánica para quienes creen en Él y esperan la promesa del Reino. Esta es la oferta pascual de la Iglesia de Pentecostés. Es la Iglesia impactada por la presencia del Jesús vivo, glorioso; la Iglesia impulsada y llena del Espíritu. Es la Iglesia peregrina que hace memoria y celebra los misterios hasta que él venga.

3. EL ASOMBRO DE LA COMUNIDAD CELEBRANTE ANTE LA PRESENCIA DEL RESUCITADO

Me entusiasma el tono que respira el lenguaje del Papa en estas páginas. Habla de la belleza impactante de la liturgia, una belleza que se confunde con la verdad sublime que impregna todas sus acciones desde dentro por su luz, su transparencia, por el fuerte impacto que produce en los celebrantes llenándolos de asombro y de estremecimiento. La verdad y la belleza, entidades de trascendencia y de proyección, que suscitan la alabanza y la doxología, que convierten la liturgia en canto jubiloso y postración reverente ante el Dios Altísimo revelado en Jesús. Me complace que el Papa acuda en su escrito a ese nivel de comportamiento que debiera ser habitual, ordinario en las acciones litúrgicas. Porque lo habitual, lamentablemente, no es eso. Los fieles creyentes asisten a las celebraciones, a la misa y a los sacramentos con la mirada volcada en sí mismos, en sus problemas y penurias, en sus necesidades acuciantes, que no faltan. La actitud habitual de nuestras comunidades celebrativas es generalmente «androcéntrica», dicho en un lenguaje sofisticado. Nuestros liturgos se manifiestan de rodillas, pensando en sí mismos; cuando lo ideal sería que se mantuvieran de pie, erguidos, con la mirada maravillada y absorta, dirigida al Dios de los cielos, cantando su alabanza y proclamando su gloria.³

El Papa habla de «la belleza y la verdad de la celebración cristiana» (Dd 21), de «la belleza de la liturgia» (Dd 22), del «océano de gracia que inunda las celebraciones» (Dd 24), y del misterioso «asombro» que provoca en los asistentes la celebración del misterio pascual (Dd 24 y 25). Porque es la gloria resplandeciente del Resucitado la que nos impacta y deslumbra, la que provoca el pasmo, la admiración y el asombro en nosotros.

Cuando digo *asombro* ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión *sentido del misterio*: a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebra-

3 Puede verse sobre este tema: J.M. BERNAL, «El fervor ético mata la doxología», *Anales Valentinus* VI/12 (2019) 243-260.

ción. El *asombro* del que hablo no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, *admiración* ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (Ef 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los “misterios”. Sin embargo, sigue siendo cierto que la plenitud de la revelación tiene, en comparación con nuestra finitud humana, un exceso que nos trasciende y que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos, cuando vuelva el Señor. Si el *asombro* es verdadero, no hay ningún riesgo de que no se perciba la alteridad de la presencia de Dios, incluso en la cercanía que la encarnación ha querido. Si la reforma hubiera eliminado ese *sentido del misterio*, más que una acusación sería un mérito. La *belleza*, como la *verdad*, siempre genera *asombro* y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la *adoración* (Dd 25). [*la cursiva es mía*]

El Papa está convencido de que el asombro, el pasmo y la admiración ferviente son «parte esencial de la acción litúrgica» (Dd 26). Es un ideal y un reto. Nos queda un gran trecho hasta que nuestras comunidades y asambleas litúrgicas lleguen a impactarse por la grandeza del misterio, a sentirse subyugadas y seducidas por el embrujo del Dios escondido. Nuestros fieles, sin embargo, todavía acuden a las funciones religiosas devotamente y llenos de piedad; tienen el convencimiento de que la práctica de estas devociones les hacen mejores; contabilizan estas prácticas y las conservan como activos morales en beneficio propio. Es una interpretación incorrecta. El Papa lo confirma con una frase muy breve: «La liturgia no tiene nada que ver con un moralismo ascético» (Dd 20). La alternativa es una liturgia abierta a la doxología, al canto y a la alabanza; con las manos alzadas y la mirada vuelta hacia el Dios altísimo, revelado en Jesús como Padre lleno de amor y misericordia. Lo confirma el Papa con estas palabras:

La liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios y, al verlo, revivir por su Pascua: nosotros, que estábamos muertos por los pecados, hemos revivido por la gracia con Cristo (cf. Ef 2,5), somos la gloria de Dios (Dd 43).

Nosotros estamos llamados a «reavivar el asombro por la belleza de la verdad» de la liturgia (Dd 62), a experimentar «el océano de gracia que inunda cada celebración» (Dd 24) y a ser en nuestra

vida, como lo soñó Sor Isabel de la Trinidad, la santa del Carmelo de Dijon, «alabanza de su gloria» (Ef 1,6 y 11).

4. INMERSOS EN UN MUNDO DE SÍMBOLOS

La celebración litúrgica se desenvuelve siempre inmersa en un universo simbólico. La teología tradicional, consciente de este hecho, entendía la identidad de las celebraciones sacramentales como mediaciones simbólicas (*in genere signi*) visibles, transparentes y palpables, referidas siempre a realidades sobrenaturales inalcanzables y ocultas. Los conjuntos simbólicos, como la comida o la inmersión en el agua, nos hacen presentes, actuales y eficaces las acciones salvadoras, nos las acercan y nos las hacen visibles, propician para nosotros el encuentro vivificante con el Señor. Esa es la grandeza de los signos sacramentales, la fuerza regeneradora de mediación que ejercen para nosotros los conjuntos simbólicos que entretujan las celebraciones. Reconoce el obispo de Roma que «la acción simbólica es una característica esencial del acto litúrgico» (Dd 27).⁴

Pero el hombre moderno se manifiesta cada vez menos sensible al impacto de los símbolos. El imponente trasvase de la población rural a la ciudad y la desconexión del hombre del asfalto con el fluir de la naturaleza y de sus ciclos, ha mermado sustancialmente su capacidad de leer e interpretar la irradiación simbólica de realidades tan singulares como el árbol, la montaña, la fuente, el río, la noche y el día. El fluir del tiempo y el rodar de las estaciones ha perdido todo su encanto, todo su embrujo, para el hombre de la ciudad. El Papa es consciente de este fenómeno y lo delata en su escrito: «Porque el hombre moderno –no en todas las culturas del mismo modo– ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico» (Dd 27); y, a continuación, cita a Romano Guardini:

«Con esto se delinea la primera tarea del trabajo de la formación litúrgica: el hombre ha de volver a ser capaz de símbolos». La tarea

4 Sobre este tema he escrito recientemente: «Mediaciones, símbolos y sacramentos», en: J.M. BERNAL, *Del ritualismo, libranos, Señor. Una liturgia confirmada en la vida*, 80-93.

no es fácil, porque el hombre moderno es analfabeto, ya no sabe leer los símbolos, apenas conoce de su existencia. Esto también ocurre con el símbolo de nuestro cuerpo. [...] Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. [...] Se trata más bien de recuperar la capacidad de plantear y comprender los símbolos de la liturgia (Dd 44).

Hay que destacar algunas consideraciones que hace el Papa en su reflexión sobre los símbolos. Es muy interesante su afirmación sobre la dimensión simbólica del cuerpo humano; porque, en efecto, a través del cuerpo se proyecta y expresa nuestra interioridad. A través y mediante el cuerpo nos expresamos, nos comunicamos, nos retratamos, nos ponemos en contacto. El cuerpo es el símbolo de nuestro yo, como el *ikono* de nuestra personalidad. También el lenguaje; cuando hablamos de una iglesia, por ejemplo, y la describimos no hace falta que carguemos con ella; decimos «iglesia» y esa palabra simboliza, representa y sustituye al edificio. No hay duda. Vivimos inmersos en un universo simbólico. Nuestros pensamientos y nuestras ideas solo existen si las expresamos. El lenguaje da cuerpo a las ideas y las convierte en algo real. Algo parecido pasa con la fe. Solo existe si la expresamos, si la manifestamos con palabras o con gestos. Esta realidad afecta especialmente a la liturgia. Las realidades espirituales y sobrenaturales se hacen presentes y visibles, las percibimos a través de la rica constelación de gestos y comportamientos simbólicos.

Requiere también una mención especial la referencia que hace el Papa a la creación, relacionándola con los símbolos. Hay que decir, a este propósito, que todos los elementos simbólicos son realidades visibles, accesibles, tomadas de la naturaleza, como el agua, el fuego, la luz, el día y la noche; o productos del trabajo humano, como el pan, el vino, el aceite; o gestos que afectan a la vida diaria y al comportamiento social, como la comida, la bebida, el banquete, la inmersión en el agua y el baño. También la música, y las esculturas, y las pinturas, y los colores, y las vestiduras, y las columnas que se elevan en una catedral gótica, y los gestos como el uso del incienso, o del agua, o las procesiones, y la luz, y las flores. Una gama impresionante de elementos naturales que

en un momento determinado son capaces de emocionarnos, de elevarnos, de seducirnos y transfigurarnos, de provocar el pasmo en nosotros, de sumergirnos en el mundo del misterio y de lo sobrenatural. Todos son elementos de la naturaleza que conectan con lo cotidiano; sobre todo, elementos encuadrados en el mundo de las cosas creadas. Esta apreciación nos permite afirmar que la creación, las realidades cósmicas, se convierten en algo sagrado, en mediaciones de lo espiritual; sobre todo, en mediaciones de la presencia de lo divino y de su poderosa acción salvadora. Lo dice el papa Francisco en un texto magnífico.

La liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz. Toda la creación es manifestación del amor de Dios: desde que ese mismo amor se ha manifestado en plenitud en la cruz de Jesús, toda la creación es atraída por Él. Es toda la creación la que es asumida para ser puesta al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre (Dd 42).

Esta reflexión, sugerida por las palabras de la Carta, nos permite reconocer la creación como *ikono* del Dios salvador, del Dios abierto al hombre y, dentro de su inefable transcendencia, familiar y cercano. Deseo concluir mi reflexión con unas palabras de Francisco:

Ante todo, debemos recuperar la confianza en la creación. Con esto quiero decir que las cosas, con las cuales se hacen los sacramentos, vienen de Dios, están orientadas a Él y han sido asumidas por Él, especialmente con la encarnación, para que pudieran convertirse en instrumentos de salvación, vehículos del Espíritu, canales de gracia (Dd 46).

5. EDUCAR PARA LA CELEBRACIÓN DE LOS MISTERIOS

Para conseguir estos objetivos, para llegar a esas metas, hay que abordar con decisión la tarea de educar. Un trabajo en el que se ven empeñados los sacerdotes y quienes ejercen el ministerio, junto con los fieles laicos que, también ellos, participan como liturgos en las celebraciones. Lo anota claramente el Papa al indicar que

es necesario difundir este conocimiento [el de la liturgia] fuera del ámbito académico, de forma accesible, para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la liturgia, adquiriendo la capacidad de comprender los textos eucológicos, los dinamismos rituales y su valor antropológico (Dd 35).

Este es uno de los puntos importantes de la Carta.

Es esta –dice el Papa– la cuestión fundamental: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? La reforma del Concilio tiene este objetivo. El reto es muy exigente (Dd 27).

Además, representa una de las preocupaciones más acuciantes del Papa pontífice.

Es evidente que, para poder guiar a los hermanos y a las hermanas, los ministros que presiden la asamblea deben conocer el camino, tanto por haberlo estudiado en el mapa de la ciencia teológica, como por haberlo frecuentado en la práctica de una experiencia de fe viva, alimentada por la oración, ciertamente no solo como un compromiso que cumplir (Dd 36)

Dejándose inspirar por el pensamiento del recordado y prestigioso Romano Guardini, el Santo Padre manifiesta su preocupación por lo dificultad que supone el adentrarse en la compleja maraña de los símbolos litúrgicos. Estos impregnan las acciones litúrgicas, como hemos indicado más arriba.

El reto es muy urgente porque el hombre moderno ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico (Dd 27).

Aquí se plantea la cuestión decisiva de la formación litúrgica (Dd 34).

Francisco expresa una y otra vez esta honda preocupación:

Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. Se trata, en definitiva, de recuperar la capacidad de plantear y comprender los símbolos de la liturgia (Dd 44).

Esa es la tarea y el importante reto que tenemos por delante, la educación litúrgica y el adiestramiento para la celebración. Para llevar adelante esta tarea el Papa señala algo así como una doble

vertiente: «formación para la liturgia y formación desde la liturgia» (Dd 34). En el primer caso se trata de implicarnos en el conocimiento de la liturgia desde los libros, desde la teología y el estudio, desde la historia de la Iglesia, desde la Biblia y la patrología, desde la historia del arte y de la música. Es toda una importante gama de disciplinas que permiten conocer a fondo la vida litúrgica de la Iglesia. Señala el Papa especialmente cómo ha de ser el estudio de la teología poniéndola al servicio de la liturgia:

Cada disciplina de la teología, desde su propia perspectiva, debe mostrar su íntima conexión con la liturgia, en virtud de la cual se revela y realiza la unidad de la formación sacerdotal (SC 16). [...] No hay ningún aspecto de la vida eclesial que no encuentre su culmen y su fuente en la liturgia (Dd 37).

Además del estudio de la liturgia desde los libros y desde las disciplinas académicas, existe la «implicación existencial» (Dd 42). Se trata de sumergirnos en la vida litúrgica, vivirla y practicarla intensamente, desde dentro, participando activamente en las celebraciones. Ese es el modo más cabal de conocer la liturgia, de iniciarnos en su participación fervorosa, de vivirla y sentirla desde dentro. Lo dice el Papa refiriéndose a los jóvenes que se educan en los seminarios:

Además del estudio, debe ofrecérseles también la oportunidad de experimentar una celebración, no solo ejemplar desde el punto de vista ritual, sino auténtica, vital, que permita vivir esa verdadera comunión con Dios, a la cual debe tender también el conocimiento teológico (Dd 39).

Comenta esto el Papa en un texto precioso:

Resulta evidente que el conocimiento del misterio de Cristo, cuestión decisiva para nuestra vida, no consiste en una asimilación mental de una idea, sino en una real implicación existencial con su persona. En este sentido, la liturgia no tiene que ver con el conocimiento, y su finalidad no es primordialmente pedagógica [...] sino que es la alabanza, la acción de gracias por la Pascua del Hijo, cuya fuerza salvadora llega a nuestra vida. [...] La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él. [...] Esta es la finalidad para la cual se ha dado el Espíritu, cuya acción es siempre y únicamente confeccionar el Cuerpo de Cristo (Dd 41).

Dedica el Papa un espacio importante de su Carta a lo que él llama el *ars celebrandi* (Dd 48-60). Se trataría de un adiestramiento para la celebración; conocer la dinámica interna de los rituales, la densidad de los textos litúrgicos, la función coordinada de los ministros sagrados, el estilo sereno de los movimientos y de los desplazamientos procesionales. Ese conjunto de aspectos constituye lo que interesa examinar para la armonía y la belleza de las celebraciones litúrgicas.

Me resultan de interés algunas observaciones que hace el Papa referidas a la asamblea litúrgica y a la función de los ministros. La comunidad de fieles reunida en asamblea para celebrar la liturgia cobra en la Carta la relevancia que le corresponde. «Recordemos, que siempre es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sujeto celebrante, no solo el sacerdote» (Dd 36). Ella es además, insiste el Papa, «el sacramento de Cristo» (Dd 29). Reconocemos, por nuestra parte, que en las celebraciones litúrgicas el protagonismo corresponde a la asamblea, imagen visible y concreta de la Iglesia, presidida por los ministros que representan a Cristo y animadas por el Espíritu Santo. No es el sacerdote, elevado en las alturas del presbiterio, el que preside desde fuera, y desde lo alto a la asamblea. El sacerdote que ejerce el ministerio de la presidencia, no lo hace desde fuera sino desde dentro de la asamblea; porque él forma parte de la asamblea; él preside en nombre del Señor y lo representa en medio de los suyos. Así lo recuerda el papa Francisco:

El presbítero vive su participación propia durante la celebración en virtud del don recibido en el sacramento del Orden: esta tipología se expresa precisamente en la presidencia. Como todos los oficios que está llamado a desempeñar, este no es, primariamente, una tarea asignada por la comunidad, sino la consecuencia de la efusión del Espíritu Santo recibida en la ordenación, que le capacita para esta tarea. El presbítero también es formado para presidir la asamblea que celebra (Dd 56).

El texto se refiere a la función presidencial del presbítero. La ejerce en virtud del encargo sacramental que ha recibido en la Ordenación como un don sagrado. No es esta «primariamente una tarea asignada por la comunidad». No es la comunidad cristiana la que transfiere al presbítero la potestad de presidir a la asamblea; es el

don sacramental del Espíritu recibido por el sacramento del Orden. Sí que podría corresponder a la comunidad eclesial elegir, señalar y presentar a la autoridad competente al candidato que pueda presidir adecuadamente a la asamblea del Pueblo de Dios. Pero la potestad y la responsabilidad de presidir es un don del Espíritu recibido con la imposición de las manos.

El presbítero que preside a la comunidad debe hacerlo con humildad; él es el servidor de la comunidad y su ministerio es un servicio. Así lo recomienda el Papa: «[El sacerdote que preside] no se sienta en un trono, porque el Señor reina con la humildad de quien sirve» (Dd 60). Él es también el que, con su ministerio, garantiza la presencia del Señor en medio de los suyos.

El ministro ordenado es en sí mismo uno de los modos de presencia del Señor que hacen que la asamblea cristiana sea única, diferente de cualquier otra [SC 7] (Dd 57).

A estas consideraciones el Papa añade algunos apuntes sobre el comportamiento que debe asumir el presbítero en las celebraciones. Él tiene la posibilidad de ejercer, no una creatividad salvaje y anárquica, sino una creatividad respetuosa y razonablemente asumida. Francisco rechaza una «fantasiosa creatividad sin reglas, a veces salvaje» (Dd 48), como la tendencia a la improvisación (cf. Dd 50). Por el contrario, él recomienda

la disciplina, la renuncia a un sentimentalismo blando; un trabajo serio, realizado en obediencia a la Iglesia, en relación con nuestro ser y nuestro comportamiento religioso (Dd 50).

En esa misma línea, el texto papal introduce matices interesantes y señala los extremos en que puede caer la actitud del presbítero en el ejercicio de su ministerio:

La rigidez austera o la creatividad exagerada; el misticismo espiritualizador o el funcionalismo práctico; la prisa precipitada o la lentitud acentuada; el descuido desaliñado o el refinamiento excesivo; la afabilidad sobreabundante o la impasibilidad hierática (Dd 54).

En efecto, el equilibrio, la mesura y la prudencia garantizan seguramente el buen hacer del presbítero al presidir a la asamblea del Pueblo de Dios.

De manera suave, como de pasada, el Santo Padre sale al paso a la costumbre, hoy muy extendida, de recitar todos a coro la plegaria eucarística. Esta costumbre es considerada por muchos clérigos como un avance progresista. Porque, ¿por qué se debe excluir a la asamblea de intervenir, ella también, en la proclamación de la acción de gracias? ¿Por qué ha de ser solo el sacerdote? Ese es el razonamiento que se utiliza; así de escueto y así de simple. Sin embargo, el Papa insinúa otra cosa:

Con la plegaria eucarística –en la que participan también todos los bautizados escuchando *con reverencia y silencio* e interviniendo con *aclamaciones* (Dd 60).

Hay, efectivamente, una participación de la asambleas, pero «escuchando», «en silencio», interviniendo con las «aclamaciones» ya conocidas: el *Santo*, el *Anunciamos tu muerte...*, y la *doxología* final. Incluso pueden introducirse oportunamente otras aclamaciones, como sucede en las plegarias de acción de gracias para los niños. Queda claro que, en principio, la *Anámnesis* o plegaria de acción de gracias es una plegaria sacerdotal, competencia del que preside la celebración. La asamblea interviene de la forma y en los momentos que le corresponde. Así lo sintetiza el Papa:

El que preside tiene la fuerza, en nombre de todo el pueblo santo, de recordar al Padre la ofrenda de su Hijo en la última cena, para que ese inmenso don se haga de nuevo presente en el altar. Participa en esa ofrenda con la ofrenda de sí mismo (Dd 60).

Con estas consideraciones concluimos este breve comentario a la Carta apostólica *Desiderio desideravi* del papa Francisco. El contenido de la Carta es denso y se adentra en reflexiones teológicas de hondo calado doctrinal. Nosotros nos felicitamos por ello y esperamos que la gente de Iglesia reflexione con interés y asuma las conclusiones oportunas. Esperamos, además, que este escrito contribuya al apaciguamiento de actitudes reticentes con la reforma litúrgica, por una parte, y aliente con vigor la renovación de la vida litúrgica en la Iglesia.

CRISTO, EUCARISTÍA Y POBRES

Santiago AGRELO MARTÍNEZ, ofm

Abstract: This is a barely threaded reflection on Christ and the poor, on the Gospel and the poor, on the Eucharist and the poor... On the need to discern a faith that allows us to embrace Christ's sacrifice on the cross without embracing his sacrifice in the poor. The author suggests, among other reflections, that it is time we began to confess that we drown Christ in the Mediterranean Sea, in the Strait of Gibraltar, in the Atlantic Ocean; that we martyr Christ in the lives of the poor, that we enslave him, prostitute him, sell him, push him to death.

Keywords: Eucharist, Gospel, justice.

Resumen: Esta es una reflexión apenas hilvanada sobre Cristo y pobres, sobre Evangelio y pobres, sobre Eucaristía y pobres... De la necesidad de discernir una fe que nos permite unirnos al sacrificio de Cristo en la cruz sin que nos unamos a su sacrificio en los pobres. El autor plantea, entre otras reflexiones, que es hora de que empecemos a confesar que ahogamos a Cristo en el Mediterráneo, en el Estrecho de Gibraltar, en el Atlántico; que martirizamos a Cristo en la vida de los pobres, que lo esclavizamos, lo prostituimos, lo vendemos, lo llevamos a empujones a la muerte.

Palabras clave: Eucaristía, Evangelio, justicia.

Santiago Agrelo Martínez, franciscano, doctor en teología con especialización en liturgia por el Pontificio Ateneo Anselmiano de Roma. Arzobispo emérito de Tánger.

Lo que aquí puedan encontrar será una reflexión apenas hilvanada sobre Cristo y pobres, sobre evangelio y pobres, sobre Eucaristía y pobres... Tal vez la pregunta que subyace a todas las palabras del escrito sea si alguna vez he sido cristiano.

1. UNA FE SIN ENCARNACIÓN

Aquel día, entre las noticias consideradas de interés general, la radio mencionó la visita que el Ministro del Interior del Gobierno de España hacía al santuario de Medinaceli (2014) para honrar allí la imagen del Cristo. Lo escuché, y algo dentro de mí se me hizo indignación y rebeldía, y no por la piedad exhibida, sino por la contradicción que, a mi entender, representaba honrar a Cristo en una talla de madera y maltratarlo en ese cuerpo suyo –tallas de carne y hueso– que eran hombres, mujeres y niños torturados en la frontera sur de España, espacio de competencia de aquel ministro cristiano.

Y porque nadie piense que señalo a otros por no señalarme a mí mismo, confieso que en días no muy lejanos de mi propia vida, antes de que el Señor me llevase entre inmigrantes y me hiciese conocer de cerca su tragedia, también yo armonizaba sin problema alguno el amor a Cristo en su Eucaristía y la comprensión con quienes en la frontera sur de España lo asesinaban disparando a quienes intentaban atravesarla.¹

1 Así lo describió Carmen Echarri en el Faro de Ceuta, el 29 de septiembre de 2020, quince años después de la masacre del 2005: «Durante varios días y otras tantas noches, los agentes marroquíes habían acosado a los inmigrantes subsaharianos que formaban el campamento próximo a la frontera de Ceuta. Fueron noches duras, complicadas, difíciles de superar para los hombres, mujeres y niños del campamento. No fue hasta la madrugada del 29 de septiembre de hace 15 años cuando más de 700 personas decidieron que debían escapar del lugar, que debían ir hacia la valla para intentar entrar en Ceuta. Lo pensaron y decidieron en minutos, sin creer que esa madrugada iba a ser la peor de sus vidas.

Las batidas hechas por los agentes con uso de palos y perros eran insoportables. También el hambre y el hacinamiento. Poco antes de aquel salto, El Faro de Ceuta visitó esos campamentos y vio cómo la peor de las formas de vida se daba en aquel lugar. Esa madrugada la valla estaba demasiado cerca, pero

Entonces no podía sospechar que ese día terrible de 2005, para mí un día normal en el devenir de una frontera, se iba a cruzar en mi vida apenas tres años después.

El mensaje que recibí de Helena Maleno² decía así:

Gracias, monseñor, hay informes que deben transformarse en homilías y en palabra de Dios. Me gustaría que leyese con atención la historia de vida de Precious, que es la número dos; en ella se refleja el esfuerzo y el trabajo de una congregación de nuestra comunidad... También verás que la niña murió rezando, con el rosario de las hermanas colgado en su cuello. Desde que escribí la historia nunca más he podido leerla porque el corazón se me arranca... Que Dios las haya acogido en su seno. Un abrazo»

Y este es el informe al que Helena Maleno hacía referencia:³

Precious y su hija Feber de cinco años fueron enterradas el treinta de abril de 2008 en un pequeño cementerio de Alhucemas, junto a otros once cadáveres. Ella era nigeriana y víctima de trata. Había salido de su país con una red que iba a llevarla a Europa. Salió con otras mujeres por la frontera de Benín... hasta Mali... Después Argelia... Fue allí donde se enteró de que la próxima parada sería la frontera de Ceuta y de que su destino era España. Cuando llegó a los campamentos próximos a Ceuta comenzó a pensar en salir de aquella situación: pagar una deuda de 40.000 € prostituyéndose no era lo que ella quería para su futuro...

La primera oportunidad, un *lifejacket*, es decir, traje de neopreno, aletas y salvavidas: pensó que podría llegar a Ceuta nadando. ¡España, todo lo que ella soñaba parecía estar tan cerca de su refugio en el bosque!

también los disparos. Quien dio la orden nunca se supo, pero una ráfaga de disparos golpeó los cuerpos de varios de los subsaharianos. Cinco fallecieron, al menos que se sepa oficialmente. Dos presentaban orificios de bala en la espalda producidos por agentes marroquíes. Nunca hubo investigación, tampoco condenas».

2 Helena Maleno Garzón: fundadora y directora del colectivo Caminando Fronteras. En aquellos años de mi servicio en Marruecos, Helena colaboraba en Cáritas parroquial de la catedral de Tánger.

3 La transcribo tal como la guardo desde entonces en los archivos de mi ordenador.

Fue rescatada por la Guardia Civil, pidió ayuda, pero no fue escuchada y la enviaron de nuevo a territorio marroquí. Precious contaba que ese día fue uno de los peores de su vida, porque sintió que nunca saldría de la prisión que suponía la red de trata...

De nuevo la red, de nuevo el bosque, de nuevo el miedo y, como futuro, la prostitución.

En el bosque encontró pareja. Era francófono y no formaba parte de ninguna red de trata. Quedó embarazada y le pidieron que abortase, pero se negó. Su hija, Feber, nació en el bosque de Ben Youness,⁴ en las inmediaciones de Ceuta.

Como regalo de nacimiento, el bosque le dejó a la niña una bronquitis crónica.

En 2005 se produjo el gran asalto a la valla de Ceuta.⁵ Precious se lo contó así a Helena:

Hubo una discusión muy grande entre la gente. Había decidido no ir hacia la valla porque tanta gente corriendo y yo con la niña podría ser peligroso, pero de madrugada oímos muchos gritos y ruido. La gente huía y detrás había policía marroquí rodeando el bosque, y entonces solo había una salida, correr hacia la valla. Intenté subir a una de las escaleras, pero no tenía fuerzas y la niña no podía. Entonces se oyeron disparos, por delante y por detrás, y los cuerpos caían de arriba de la valla. Pasé por al lado de uno y me manché con su sangre. De repente vi a mi marido, que bajó de la escalera para sacarme de allí. Tiraba de mí con la niña en brazos, hasta que logramos salir a una zona de la montaña... y allí me dejó con la niña. Me dijo que iba a buscar a más mujeres. Algunas mujeres y nuestros bebés pasamos dos días escondidas en el monte, sin nada que comer. Había militares marroquíes por todas partes... Mi niña estaba muy resfriada y no dejaba de toser.

4 Se trata del bosque de Beliones –o Bullones–, en francés: Belyounech.

5 Ahora se estaba cruzando en mi vida aquel día de 2005 que en mi conciencia de cura de pueblo me había parecido un día normal.

Allí las recogió un grupo de ayuda y las llevaron a un Centro donde fueron atendidas durante meses.⁶ No podían salir, pero allí Precious pudo vivir una dichosa rutina, lejos del acoso de los militares y de las redes de trata. Finalmente, un lugar donde se vio respetada como mujer y como madre:

Ayudaba en las tareas del Centro, la niña iba a la guardería, y ella empezó a dar clases de confección y de tricotar.

Allí oyó hablar de asilo. Decidió probar haciéndose pasar por sudanesa, pero no le fue posible conseguirlo. Marruecos dijo no, España dijo no, ACNUR dijo no, por supuesto que todos dentro de la más estricta y odiosa legalidad. Mucho tiempo después, verbalizaba una pregunta sin esperanza: «¿Quién va a querer proteger a una mujer nigeriana como yo que no quiere prostituirse?». Así es que Precious comenzó a huir de nuevo.

Desde la crisis de las vallas no sabía nada de su marido. Había llamado a todos sus contactos sin resultado. Ella creyó que había muerto.

Fue detectada de nuevo por la red de trata, que la trasladó junto con su hija a Casablanca. De vez en cuando llamaba desesperada. La salud de la niña no era buena y sus esperanzas de un futuro mejor se habían esfumado.

Empiezas a intuir el fondo oscuro de la noche, cuando quieres ayudar y no puedes, cuando solo puedes ser testigo de una tragedia que no puedes evitar:

Era imposible denunciar lo que estaba pasando y ofrecerle protección a ella, a su hija y a su familia en Nigeria. Así que Precious se resignó a vivir junto con otras muchas mujeres víctimas de trata que esperaban su paso a Europa.

6 Supongo que el nombre del Centro se omite para evitar represalias legales a quienes lo gestionan.

2. ¿DE NUEVO LA ESPERANZA?

Su marido, tras mucho tiempo de búsqueda, consiguió encontrarla y la rescató de la casa en la que vivía. La última vez que hablamos con ella dijo que su marido había encontrado una solución, que ahora todo iba a ir bien, que no nos preocupásemos, que si llegaba a España pediría protección, que por el momento estaba segura.

El 28 de abril de 2008 dos zódiacs salieron de las costas de Alhucemas en dirección a Almería. Precious y su hija formaban parte del grupo. La niña llevaba colgado del cuello un rosario que las Hermanas⁷ le habían dado en Tánger.

Precious y Feber nunca llegaron a Almería. Murieron ahogadas junto a otras tres mujeres (una de ellas embarazada) y tres bebés.

Información en *El País*, 7 de mayo de 2008:

Agentes de la Marina marroquí acuchillaron hasta hundir la barca hinchable en la que 70 «sin papeles» de origen subsahariano intentaban alejarse de las costas del reino alauí para llegar a España. En la acción, ocurrida en la madrugada del pasado 28 de abril de 2008 [...] murieron ahogadas entre 29 y 33 personas, entre ellas cuatro niños.

Testimonio de un superviviente:

La niña se agarró al cuello de la madre. La madre la abrazaba y le decía que rezase. Nosotros mirábamos a los marroquíes y les decíamos que las rescatasen. Les gritábamos. La niña tosía mucho. Salieron a flote algunas veces, hasta que se ahogaron, las dos, abrazadas.

El mismo hombre, aquel mismo creyente que tres años antes había considerado normal la muerte de unos emigrantes en la valla de Ceuta, ahora, delante de los ojos, tenía humanidad en carne viva, historias de dolor y de esperanzas, de humillación y dignidad, historias a las que, como Helena, tampoco yo puedo acercarme sin que se me remuevan las entrañas.

Era un hecho: entre todos nos habíamos inventado un cristianismo sin comunión con los pobres, una fe sin encarnación, una religión obsequiosa con la madera y cruel con los cristos de verdad,

7 Son las responsables del Centro que las había acogido en aquella breve etapa dichosa de sus vidas.

una piedad indiferente al sufrimiento de los tirados al borde del camino, a los que, con la misma naturalidad con que en la misa comulgábamos, abatíamos a tiros en la realidad de la vida.

3. UN SACRIFICIO SIN POBRES

Lo oíamos cada domingo en los días de mi infancia; a las palabras de la homilía, seguía una especie de estribillo que empezaba así: «Y ahora, mientras continúa el santo sacrificio de la misa...», y se completaba con la indicación de las oraciones que los fieles podíamos recitar en el tiempo de que disponíamos hasta el final de la celebración.

Aquellas palabras dejaban en la conciencia de los fieles la idea de que la Eucaristía –el sacrificio eucarístico– era algo que acontecía delante de nosotros, y acontecía sin nosotros.

Ya en días de mi ministerio presbiteral, en las misas por los difuntos, era habitual otro estribillo que cerraba la liturgia de la palabra y abría la eucarística:

Y ahora vamos a ofrecer por nuestro hermano, por nuestra hermana... lo mejor que podemos ofrecer: el santo sacrificio de la misa.

Esos ya eran días de rituales renovados, ya había desaparecido de la liturgia la barrera de la lengua sagrada; además de ver lo que sucedía en la celebración, los fieles podían entender lo que en ella se decía. Pero la celebración continuaba siendo algo que acontecía delante de la comunidad, y continuaba aconteciendo sin ella. De ahí que el estribillo con que en esos días entrábamos en la liturgia eucarística fuese el mismo con que nos habían aleccionado antes de la reforma.

Aquel modo de hablar inducía en los fieles la idea de que el sacrificio eucarístico era el más eficaz de los sacrificios, el más valioso, lo más perfecto en materia de sacrificios, y asumía el riesgo de que, en la conciencia común, se interiorizase la idea de que la Eucaristía era un sacrificio más, en la línea de los sacrificios de la Antigua Alianza o los de cualquier otra religión, como si, en materia de culto, la encarnación de la divina Palabra solo hubiese servido para mejorar –para llevar a la perfección– la calidad de lo sacrificado.

Con esa vivencia cultural, se hace imposible evitar que los fieles sientan la Eucaristía como algo que acontece delante de ellos, algo que se hace en el altar, algo que hace «el sacerdote», algo que se hace a favor de ellos y en nombre de ellos, pero sin ellos.

Estamos hablando de culto que se supone cristiano, pero en él todo sabe a Antigua Alianza: sacrificio, altar, sacerdocio...

El sabor no cambia si en la búsqueda de conocimiento del misterio eucarístico nos dejamos guiar por el Proemio de la *Ordenación General del Misal Romano*.⁸

En el Proemio se subraya la existencia de una «tradición continua y homogénea» del misterio eucarístico;⁹ y, como evidencia de esa tradición, el documento ofrece un elaborado «testimonio de fe inalterada».¹⁰

Ese testimonio no se refiere al modo en que los fieles viven la Eucaristía, sino que expone lo que la fe católica afirma en relación «a la naturaleza sacrificial de la misa»,¹¹ «al misterio admirable de la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas»,¹² «a la naturaleza del sacerdocio ministerial»,¹³ y por fin, introducida con

8 *Ordenación General del Misal Romano* (= OGMR). En: *Misal Romano* (= MR). Edición típica según la tercera edición típica latina, aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Texto unificado en lengua española del Ordinario de la Misa. Libros Litúrgicos. Conferencia Episcopal Española (2017), 31-34. Proemio: OGMR 31-34.

9 OGMR 1: «A pesar de algunas innovaciones que han sido introducidas». La locución «a pesar de», va diciendo que, para la mencionada «tradición continua y homogénea» del misterio eucarístico, las «innovaciones introducidas» representan algo así como una visita al odontólogo para un arreglo de la boca, arreglo que no por necesario deja de ser molesto.

De esa «tradición continua y homogénea» vuelve a ocuparse la OGMR bajo el epígrafe: «Una tradición ininterrumpida» (OGMR 6-9).

10 OGMR 2-5.

11 OGMR 2.

12 OGMR 3.

13 OGMR 4.

una conjunción que es confesión de concesión, se hace también referencia «al sacerdocio real de los fieles».¹⁴

Estoy obligado a pensar que el documento no pretende mantener divisiones, favorecer bandos, justificar Iglesias separadas, pero, si en él, al hablar de la Eucaristía, se pone el acento en la doctrina más que en la vida, y se evocan «momentos difíciles, en que se ponía en crisis la fe católica acerca de la naturaleza sacrificial de la misa, del sacerdocio ministerial y de la presencia real y permanente de Cristo bajo las especies eucarísticas», es imposible evitar la impresión de que se insiste en considerar actuales divisiones, bandos, ataques y crisis que enturbiaron hace siglos la vida de la Iglesia.¹⁵

Eso lleva a que, en la OGMR, se subrayen problemas que ya no se plantean, fórmulas que nadie cuestiona. Con la consecuencia, indeseada pero real, de que esa «fe inalterada», traducida a formulación doctrinal, se aparta de la vida y, por mirar atrás, queda convertida en estatua de sal.

La Eucaristía es memoria –presencia real– de Cristo Jesús, de su vida entregada, de su obediencia filial, de su unción y misión a evangelizar a los pobres, de su pasión por el reino de Dios, de su diaconía a favor de la humanidad entera, de su amor hasta el extremo, del don de sí mismo hasta la muerte.

En la Eucaristía la Iglesia se encuentra con Cristo Jesús, se ofrece con Cristo Jesús, se hace una con Cristo Jesús, renueva con Cristo Jesús su entrega al Padre y a los hermanos.

En la Eucaristía la Iglesia, hecha oblación con Cristo, se hace de Dios y de todos; comulgando con Cristo Jesús, en la Eucaristía comulgamos con su cuerpo glorioso y con su cuerpo doliente: con los que tienen hambre, con los que tienen sed, con los que necesitan ayuda...

14 «Pero hay algo distinto y muy digno de estima que se capta a partir de esta naturaleza del sacerdocio ministerial: es el sacerdocio real de los fieles» –OGMR 5–. Sin comentario.

15 OGMR 7: Los «momentos difíciles» a que se hace referencia son los de la promulgación del Misal tridentino por san Pío V.

Necesitamos discernir una fe que, confesando la «naturaleza sacrificial de la misa», nos ha permitido comulgar con Cristo en la Eucaristía sin que lo atendiésemos en la calle. Necesitamos discernir una fe que más parece oscurecer la conciencia que iluminarla. Necesitamos discernir una fe que nos permite unirnos al sacrificio de Cristo en la cruz sin que nos unamos a su sacrificio en los pobres. Necesitamos discernir una fe que, en sus celebraciones, apaga el clamor de los pobres por la justicia.

Al escuchar hoy las palabras del apóstol, a la fe se le hace imposible establecer separación entre Jesús de Nazaret y esos jóvenes africanos a los que la indiferencia de los satisfechos y la codicia de los poderosos están entregando a la desesperación y a la muerte: «Rechazasteis al santo, al justo... matasteis al autor de la vida»... Rechazamos a los pequeños, a los últimos, a los hambrientos, a los emigrantes a los que el santo, el justo, el autor de la vida nos pidió que acudiésemos. Continuamos rechazando a Cristo.

Continuamos ignorando la angustia de los pobres, pisoteando su dignidad, destruyendo su vida; continuamos crucificando en ellos a Cristo Jesús.

Me pregunto si en la comunidad cristiana hay alguien que desconozca ese calvario en el que es atormentada, vejada, humillada, escarnecida, condenada y clavada en la desgracia una multitud innumerable de hombres, mujeres y niños.

Y si conocemos el calvario, me pregunto cómo podemos verlo y callar, verlo y pasar de largo, verlo y continuar con nuestras rutinas, verlo como si nada hubiésemos visto, verlo y no gritar de dolor y de rabia, verlo y comulgar.

Quiere ello decir que en ese calvario no hemos visto a un hermano, no hemos visto a alguien: ¡y es que parece que allí no hubiésemos visto a nadie!

No hemos caído en la cuenta de que en ese calvario continúa crucificado Cristo Jesús, a quien se supone que amamos, en quien decimos que creemos, por quien se diría que estamos dispuestos a dar la vida. *¡Todavía no hemos caído en la cuenta!*

Es hora de que veamos a Cristo y nos veamos a nosotros mismos en la agonía de los pobres. Es hora de que empecemos a confesar que crucificamos a Cristo –nunca lo he confesado y nunca lo he oído en confesión–. Es hora de que empecemos a confesar que ahogamos a Cristo en el Mediterráneo, en el Estrecho de Gibraltar, en el Atlántico; que martirizamos a Cristo en la vida de los pobres, que lo esclavizamos, lo prostituimos, lo vendemos, lo llevamos a empujones a la muerte. Es hora de que, comulgando con Cristo y con los pobres, hagamos nuestro el grito humano y creyente de los hijos de Dios, del Hijo de Dios:

Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío.

Solo si se cura la ceguera de nuestra fe, podremos reconocer en los pobres a Jesucristo el Justo, que intercede por nosotros ante el Padre.

Solo si reconocemos en los pobres a Cristo, en los pobres Cristo nos dará su paz, en los pobres nos llenará de alegría, en los pobres se quedará con nosotros, en los pobres se nos hará compañero de camino, en los pobres se sentará a la mesa con nosotros.

Feliz comunión con Cristo resucitado. Feliz encuentro con Cristo en la Eucaristía y en los pobres.

4. PRESENCIAS OLVIDADAS

Empezaré por transcribir las palabras con que el Proemio de la *Ordenación General* se refiere a la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas:

El misterio admirable de la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas, reafirmado por el Concilio Vaticano II y otros documentos del Magisterio de la Iglesia en el mismo sentido y con los mismos términos que el Concilio de Trento lo declaró materia de fe, se ve expresado también en la celebración de la misa no solo por las mismas palabras de la consagración que hacen presente a Cristo por transubstanciación, sino además, por el sentido y los signos de suma reverencia y adoración que tienen lugar en la liturgia eucarística. Tal es el motivo de impulsar al pueblo cristiano a que ofrezca especial

tributo de adoración a este admirable sacramento en el día del Jueves Santo y en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.¹⁶

Lo que el texto parece aducir como garantía de fiabilidad para hablar de la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas, a saber, la persistencia constatada durante siglos de los mismos términos y el mismo sentido, es en realidad una evidencia de discurso fuera del tiempo y al margen de la vida, ya se entienda de la vida de la Iglesia, ya se entienda de la vida de las sociedades a las que la Iglesia ha sido enviada.

Tampoco parece muy en consonancia con la realidad sacramental el que se atribuya a «las palabras de la consagración» la capacidad o el poder de hacer presente a Cristo por la transubstanciación. Se corre el riesgo de expulsar el misterio eucarístico del ámbito de la fe para dejarlo cautivo en los dominios de la magia. Y ese es un riesgo que afecta a los fieles y también a los que no creen, pues los fieles pueden ser inducidos a confusión, y a los que no creen se les dan nuevas razones para no creer.

Pero lo más extraño en el texto transcrito, por no decir lo más inadecuado, es que, centrando la atención del creyente en «el sentido y los signos de suma reverencia y adoración que tienen lugar en la liturgia eucarística», deja, no ya en segundo plano, sino en el olvido, la comunión de todos con Cristo Jesús. Con ello, el riesgo que se asume es que el «testimonio de fe inalterada» que ofrece el Proemio de la *Ordenación General del Misal Romano*, más que confesión de algo que vivimos, parezca confesión que se hace contra alguien que lo niega.

Consecuencia previsible de todo ello: la adoración eucarística relega a un segundo plano la comunión eclesial, por no decir que justifica su olvido.

No seré yo quien ponga reparos a la adoración. San Mateo deja constancia de que los discípulos se postraron ante Jesús al verlo resucitado.¹⁷ También lo reseña san Lucas: «Ellos se postraron ante

16 OGMR 3.

17 Primero se dice de las mujeres: Mt 28,10. Después se dice de los once discípulos: Mt 28,17.

él y se volvieron a Jerusalén». ¹⁸ Pero nada indica que las señales de reverencia ante el Señor pertenezcan a la misión que se confía a los discípulos. Se trata de gestos connaturales a nuestro modo de ser, que expresan lo que la fe nos ha permitido saber de nosotros mismos y del Señor. Ejemplo de ello son gestos y palabras de Simón después de aquella pesca reveladora que le permitió asomarse a la verdad de sí mismo y a la verdad de Jesús: «Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús, diciendo: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”». ¹⁹ Pero la revelación se le había hecho, no para que Pedro quedase “a los pies de Jesús”, sino para disponerlo a ser «pescador de hombres».

No, no hay reparos que hacer a la adoración del Señor presente bajo las especies eucarísticas, pero es necesario hacerlos al olvido de aquellas otras presencias del Señor, sin las cuales la presencia propia de la Eucaristía no sería posible.

No habría presencia personal de Cristo en la Eucaristía si no hubiese en el mundo presencia real de Cristo resucitado, ²⁰ si no hubiese una peculiar presencia real del Señor en la historia humana ²¹, si no hubiese un encuentro real y personal de Cristo el Señor con la comunidad de los fieles reunida en su nombre. ²²

Sin la comunidad que se constituye «como cuerpo (eclesial) de Cristo», no habrá gesto de donación y entrega de los dones «como cuerpo (personal) del mismo Cristo». ²³

18 Lc 24,52.

19 Lc 5, 8.

20 Cf. Manuel GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía misterio de comunión*, Salamanca: Sígueme 2006, 200-201. Este es «el plan que había proyectado realizar por Cristo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Ef 1,9-10). «Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles» (Col 1,15-16).

21 Cf. GESTEIRA GARZA, *La Eucaristía misterio de comunión*, 201-202.

22 Cf. *Ibíd.*, 202-203.

23 *Ibíd.*, 203.

No se han de olvidar esas presencias, pues se trata siempre del mismo y único Señor que está en todo, el mismo y único Señor en quien todo está presente.

Si adoras a Cristo Jesús presente bajo las especies eucarísticas, adoras al que está en los fieles, en la comunidad humana, en cada uno de sus miembros, también en la creación entera; o, si lo quieres decir de otra manera, adoras a aquel en quien está la creación entera, la comunidad humana, la comunidad eclesial, también las especies eucarísticas.

Esa presencia, única por ser de Cristo resucitado, y múltiple por la diversidad de grados, ha de ser respetada siempre y en todo: en la creación, en la comunidad humana, en la comunidad eclesial, en la Eucaristía.

Pero es en la relación con los pobres donde la revelación ha puesto el acento a la hora de recordar nuestra responsabilidad con el único cuerpo de Cristo.

Hay un «venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo», llamada y bendición que recompensan el amor con que los justos han asistido en los pobres a Cristo Jesús. Y hay un «apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles», rechazo y maldición que caen sobre quienes en los pobres han abandonado al Señor.²⁴

No se muda la fe, pero se han de mudar los acentos en el modo de presentarla: los que se pusieron en doctrinas se han de poner en la vida; los que se pusieron en la verdad se han de poner en el evangelio.

Si no lo hacemos, los que todavía nos presentamos como cristianos, aunque pretendamos otra cosa, no seremos más que una fábrica de ateos. Y esa desdichada producción es responsabilidad nuestra.

Basta asomarse, aunque sea de lejos, a la realidad:

24 Cf. Mt 25, 31-46.

El hambre provoca la muerte a más de 1.000 personas al día en África Oriental.

Según Oxfam y Save the Children, cada 48 segundos muere una persona a causa del hambre en África Oriental.²⁵

Tres millones de personas podrían morir en África de hambre si no reciben ayuda de manera urgente.²⁶

La desnutrición aguda está matando a más de un millón de niños cada año.²⁷

Nadie sabe cuántos son los muertos en los caminos de la inmigración (los estados los ocultan como ocultaba la Alemania nazi sus campos de exterminio).

Este exterminio de pobres es un sistema criminal de control de la natalidad que, increíblemente, todos, digo todos, reconocemos como legal, moral y normal.

Ante la realidad, aunque solo sea la realidad que se adivina tras la frialdad de los números, aunque no nos hayamos encontrado jamás con un hambriento, hemos de asumir como prioridad en nuestra vida el remedio de su necesidad.

No hay comunión con Cristo sin comunión con los pobres.

Desde niño, cuando entro en una iglesia, recito la oración que aprendí de san Francisco:

Te adoramos, santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que hay en todo el mundo, y te bendecimos pues por tu santa cruz redimiste al mundo.²⁸

Después, como al hermano Francisco, el Señor me llevó entre los pobres, y aprendí que en ellos estaba el mismo Cristo Jesús a quien adoraba en las iglesias: aprendí a verlo y servirlo en los emigrantes pobres que dejan la vida a jirones en fronteras sin entrañas; aprendí

25 Noticias del 18 de mayo de 2022.

26 Denuncia del Comité Internacional de Rescate (IRC).

27 Lo leo en *Actualidad Humanitaria*, de la Sociedad Española de Medicina Humanitaria.

28 *Testamento de San Francisco*, 5.

a sentirlo, sin verlo, en los que mueren de hambre, en los que mueren de sed, en todos los excluidos de la mesa de los epulones; aprendí que una Eucaristía sin pobres es una Eucaristía sin Cristo.

Y continúo echando en falta un Misal en el que, celebración a celebración, se reclame para los pobres el respeto y la veneración que se supone los fieles sentimos en presencia de Cristo Jesús, un Misal en el que la sabiduría de la fe haga que nos resulten familiares esas presencias de Cristo Jesús que ahora resultan olvidadas.

6. SOLO DESEO SER CRISTIANO

Es hora de que termine esta confesión. Está hecha desde lo hondo, desde la oscuridad en la que vivo la fe. Me duele un mundo que no conoce a Jesús, y aún más me duele y me asombra un mundo que ha perdido todo interés por conocer a Jesús.

Me duele ese mundo que parece moverse sin destino, un mundo que, abandonado a sí mismo, ignora el amor del que viene y al que es llamado, un mundo que, secada la fuente de la esperanza, ha quedado atrapado en la fugacidad de un presente sin futuro.

Y me duele tomar conciencia de mi responsabilidad en esa incredulidad sobrevenida a los amados de Dios, al mundo por el que Dios entregó a su único Hijo.

Esa responsabilidad tiene que ver con las palabras que utilizo para «hacer discípulos de todas las naciones»,²⁹ tiene que ver con los hechos de mi vida en los que debería hacer presente y cercano a todos Cristo Jesús, tiene que ver con lo que creo, con el modo en que lo digo, y con el modo en que lo vivo.

Esa responsabilidad tiene que ver con los signos de los tiempos: con el lenguaje de hombres y mujeres con quienes comparto este tiempo de la historia humana, con su cultura, con sus intereses, con sus debilidades, con sus esperanzas, con sus tristezas, con sus alegrías, con su vida.

29 Cf. Mt 28, 19.

Me han llamado a ser cristiano para ellos, y no puedo limitarme a serlo para dar un «testimonio de fe inalterada».

7. CONCLUSIÓN

Queríamos hablar de «Cristo, Eucaristía y pobres», y apenas nos hemos acercado al misterio de los pobres, de la Eucaristía, de Cristo.

Jesús fue ungido por el Espíritu Santo y enviado a ser Buena Noticia para los pobres.³⁰ Se me perdonará si lo digo así: Jesús nació para ser Evangelio de los pobres. Y la Eucaristía fue instituida como memoria real de ese Evangelio, memoria personal de ese Ungido y Enviado por el Espíritu a los pobres.

Y lo que digo de Cristo Jesús, lo he de decir de su cuerpo, de su Iglesia: ungida por el Espíritu y enviada ella también como Evangelio a los pobres. Y la Eucaristía que celebramos, nuestra comunión con Cristo, nuestro ofrecimiento con Cristo, ha de ser también memoria de nuestra misión como Evangelio para los pobres.

Así que, cuando digo «Cristo, Eucaristía y pobres», entiendo «Cristo-Iglesia, Eucaristía y pobres».

Que el hombre no separe lo que Dios ha unido.

30 Cf. Lc 4,17-21.

BIBLIOTECA LITÚRGICA



31,00 €

El tiempo y la liturgia. Vivir en el tiempo litúrgicamente

Por *Jordi Font Plana*.

Biblioteca Litúrgica 66. 262 págs.

Este libro o manual sobre la «liturgia del tiempo» es el resultado de los apuntes de catorce años de docencia del autor en el cuarto curso de institucionales de la Facultad de Teología de Cataluña, del Ateneo Universitario «Sant Pacià» de Barcelona.

Con un recorrido bíblico, histórico, teológico y pastoral, se quiere hallar el modo de cómo la Iglesia celebra el tiempo en la liturgia: preguntado a la *lex orandi*, que es lo que la Iglesia reza, podemos descubrir la *lex credendi*, lo la Iglesia cree. A partir de las oraciones eucológicas (oraciones de la misa y del Oficio divino, de los prefacios...), las lecturas de la Palabra de Dios y los ritos que la Iglesia propone para un tiempo litúrgico, para una fiesta determinada, podemos descubrir qué relación establece la liturgia con el tiempo.



Centre de Pastoral Litúrgica

Diputació 231 – 08007 Barcelona

933 022 235 – 619 741 047

cpl@cpl.es – www.cpl.es

CPL
editorial

«DESIDERIO DESIDERAVI».
ALGUNAS CONSIDERACIONES*

Matías AUGÉ BENET, cmf

Con su Carta apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios (29 de junio de 2022), el papa Francisco nos ha ofrecido un documento de profunda doctrina y espiritualidad. Tras haber realizado una primera lectura, me gustaría ofrecer algunas de mis impresiones recorriendo las diferentes partes del texto.

Basta con ver las 24 notas citadas a lo largo del texto para comprender su estilo. El documento más citado es el Misal Romano, luego Romano Guardini y, finalmente, los grandes Padres de la Iglesia latina: Agustín, León Magno, Ireneo de Lyon.

Como deseaban muchos, el Papa nos introduce en el «uso» de la liturgia, la única forma de evitar los abusos.

La Carta sigue al Motu proprio *Traditionis custodes* y pretende ofrecer algunos elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana.

Matías Augé Benet, sacerdote claretiano, profesor emérito de liturgia y prolijo escritor de esta materia.

* Este texto ha sido publicado por el autor [en línea], Munus: Liturgia e dintorni. 30 de junio de 2022, <<http://liturgiaedintorni.blogspot.com/2022/06/desiderio-desideravi.html>> [Consulta: julio 2022] y traducido al español por José Antonio Goñi.

La liturgia es el «hoy» de la historia de la salvación, cuyo centro es la Pascua de muerte y resurrección. En la Eucaristía y en todos los sacramentos se nos concede la oportunidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por la fuerza de su Pascua. Nuestro primer encuentro con su Pascua es nuestro bautismo: en perfecta continuidad con la encarnación se nos da la posibilidad, en virtud de la presencia y la acción del Espíritu, de morir y resucitar en Cristo. Sin la incorporación a Cristo, no hay posibilidad de experimentar la plenitud de la adoración a Dios.

La liturgia es el antídoto contra el veneno de la mundanidad espiritual. La liturgia nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para adentrarnos en el misterio que la Palabra y que los signos sacramentales nos revelan. La liturgia no tiene nada que ver con el moralismo ascético: es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida.

El redescubrimiento continuo de la belleza de la liturgia no es la búsqueda del esteticismo ritual. El encuentro con Dios no es el resultado de una búsqueda interior individual de Él, sino que es un acontecimiento dado. La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración.

La cuestión fundamental es cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica. El hombre moderno ha perdido la capacidad de comprometerse con la acción simbólica, que es una característica esencial de la acción litúrgica. Sería trivial leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades hacia una forma ritual. La cuestión es ante todo eclesiológica. Es sorprendente que un católico no acoja la reforma litúrgica que expresa la realidad de la liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita por *Lumen gentium*. Esta no aceptación, así como una comprensión superficial, hace urgente una formación litúrgica seria y vital. Como afirmó Guardini, sin formación litúrgica «las reformas de los ritos y de los textos no sirven de mucho».

Hay que distinguir dos aspectos: la formación a la liturgia y la formación desde la liturgia. La primera es funcional a la segunda,

que es esencial. Recordemos siempre que es la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, el sujeto que celebra, no solo el sacerdote. Un enfoque litúrgico-sapiencial de la formación teológica en los seminarios tendría sin duda también efectos positivos en la acción pastoral.

Según Guardini, la primera tarea de la formación litúrgica es hacer que «el hombre vuelva a ser capaz de símbolos». ² La tarea no es fácil porque el hombre moderno se ha vuelto analfabeto, ya no puede leer los símbolos. Todo símbolo es a la vez poderoso y frágil: si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante. La lectura simbólica no es una cuestión de conocimiento mental, sino una experiencia vital.

Una forma de crecer en la comprensión vital de los símbolos de la liturgia es tratar el arte de celebrar. El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que debe custodiar. Como cualquier arte, requiere diferentes conocimientos: comprender el dinamismo que describe la liturgia para no caer en el externalismo y el rubricismo; conocer cómo actúa el Espíritu en cada celebración para no caer en el subjetivismo; conocer la dinámica del lenguaje simbólico.

La asamblea participa de muchas maneras en la celebración. No se trata de tener que seguir una etiqueta litúrgica: es más bien una «disciplina» –en el sentido utilizado por Guardini– que, si se observa con autenticidad, nos forma. Entre los gestos rituales, el silencio litúrgico ocupa un lugar importante: es el símbolo de la presencia y la acción del Espíritu Santo que anima toda la acción celebrativa. Se podría decir mucho sobre la importancia y la delicadeza de presidir: presidir la Eucaristía es sumergirse en el fuego del amor de Dios. El que preside no se sienta en un trono; no roba la centralidad del altar; no puede presumir de sí mismo por el ministerio que se le confía; no puede decir «tomad y comed todos de él porque esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros», y no experimentar el mismo deseo de ofrecer su propio cuerpo, su propia vida por el pueblo que se le confía.

2 R. GUARDINI, «Liturgische Bildung», en *Liturgie und liturgische Bildung*, Mainz: Matthias-Grünewald-Verlag ²1992, 36.

Estamos llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de *Sacrosanctum Concilium*. No podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro* y *sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma.

LA LITURGIA ES VERDADERO ENCUENTRO CON CRISTO.

LAS IDEAS CENTRALES DE «DESIDERIO DESIDERAVI»*

Juan José SILVESTRE VALOR

El 29 de junio de 2022, el Santo Padre Francisco, ha publicado la Carta apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica del Pueblo de Dios.

Es una Carta extensa, 65 puntos, con la que el Romano Pontífice no pretende tratar de forma exhaustiva la cuestión litúrgica, sino ofrecer algunos elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana.

Un primer punto que desarrolla la Carta es la liturgia en el hoy de la historia de la salvación. En este primer epígrafe el Papa nos sitúa en el misterio pascual, verdadero centro de la teología litúrgica de la constitución conciliar sobre la liturgia.

Juan José Silvestre Valor, sacerdote, doctor en liturgia, profesor de teología litúrgica en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma.

* Este texto ha sido publicado [en línea], *Omnes*. 30 de junio de 2022, <<https://omnesmag.com/actualidad/liturgia-documento-papa/>> [Consulta: julio 2022].

La Última Cena, la Cruz de Cristo y la Resurrección, el misterio pascual, aparecen como el único y verdadero culto perfecto y agradable al Padre. La liturgia es el medio que el Señor nos ha dejado para tomar parte en este acontecimiento único y admirable de la historia de la salvación. Y es un medio que vivimos en la Iglesia.

Desde los inicios, la Iglesia ha comprendido, iluminada por el Espíritu Santo, que aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos (núm. 9)

En relación directa con lo que hemos dicho hasta ahora, está el segundo epígrafe de la carta: «La liturgia, lugar del encuentro con Cristo». Nos recuerda este subtítulo una expresión muy significativa de la Carta que Juan Pablo II escribió a los 25 años de la publicación de la *Sacrosanctum Concilium*: «La liturgia es el lugar privilegiado de encuentro con Dios y con quien Él envió, Jesucristo» (Juan Pablo II, *Vicesimus quintus annus*, núm. 7). Aquí está toda la poderosa belleza de la liturgia, dirá Francisco, es un encuentro con Cristo pues no podemos olvidar que «la fe cristiana, o es un encuentro vivo con Cristo, o no es» (núm. 10). La liturgia constituye un verdadero encuentro con Cristo, no es un simple vago recuerdo. Encuentro que empezó en el bautismo, acontecimiento que marca la vida de todos nosotros. Y este encuentro con Cristo en el bautismo, verdadera muerte y resurrección, nos hace hijos de Dios, miembros de la Iglesia y así experimentamos la plenitud del culto a Dios.

De hecho, uno solo es el acto de culto perfecto y agradable al Padre, la obediencia del Hijo cuya medida es su muerte en cruz. La única posibilidad de participar en su ofrenda es ser hijos en el Hijo. Este es el don que hemos recibido. El sujeto que actúa en la liturgia es siempre y solo Cristo-Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo (núm. 15).

A renglón seguido el Papa quiere recordarnos, como ya hiciera el Concilio Vaticano y el movimiento litúrgico que lo precedió, que la liturgia es la «fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (*Sacrosanctum Concilium* 14). Por eso,

con esta carta quisiera simplemente invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana. Quisiera que la belleza de la celebración cristiana y de sus necesarias consecuencias en la vida de la Iglesia no se vieran desfiguradas por una comprensión superficial y reductiva de su labor, o peor aún instrumentalizadas al servicio de alguna visión ideológica (núm. 16).

Más allá de algunos titulares sensacionalistas, el objetivo de la Carta es claro leyendo estas palabras de Francisco.

Frente al peligro del gnosticismo y del pelagianismo, al que el Santo Padre se ha referido por extenso en su carta programática *Evangelii gaudium*, la Carta pone ante nuestros ojos el valor de la belleza de la verdad de la celebración cristiana.

La liturgia es el sacerdocio de Cristo revelado y entregado a nosotros en su Pascua presente y activo hoy a través de los signos sensibles (agua, aceite, pan, vino, gestos, palabras) para que el Espíritu, sumergiéndonos en el misterio pascual, transforme toda nuestra vida, conformándonos cada vez más a Cristo (núm. 21).

En este párrafo se encierra toda la belleza y profundidad de la liturgia: el misterio en el que participamos, que se hace presente por medio de signos sensibles, que nos configura a Cristo muerto y resucitado, transformándonos en Él. Belleza que, como recuerda el Romano Pontífice, no es un simple esteticismo ritual, o el cuidado únicamente de una formalidad exterior del rito o de las rúbricas. Lógicamente, esto es necesario para no «confundir lo sencillo con una dejadez banal, lo esencial con la superficialidad ignorante, lo concreto de la acción ritual con un funcionalismo práctico exagerado» (núm. 22). Por eso hay que cuidar todos los aspectos de la celebración, observar todas las rúbricas, pero sin olvidar que es necesario fomentar «el asombro ante el misterio pascual, parte esencial de la acción litúrgica» (núm. 24). Un asombro que va más allá de la expresión sentido del misterio. «La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración» (núm. 25). El asombro es parte esencial de la acción litúrgica porque es la actitud de quien sabe que está ante la peculiaridad de los gestos simbólicos.

Después de esta primera parte introductiva el Papa se pregunta: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? Y la respuesta es clara: «La reforma del Concilio tiene este objetivo» (núm. 27). Pero el Papa no quiere que la no aceptación de la reforma, así como una comprensión superficial de la misma, distraiga de encontrar la respuesta a la pregunta que hacíamos antes: ¿Cómo podemos crecer en la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? ¿Cómo podemos seguir asombrándonos de lo que ocurra ante nuestros ojos en la celebración? Y la respuesta clara de Francisco: «Necesitamos una formación litúrgica seria y vital» (núm. 31).

Formación para la liturgia y formación desde la liturgia son los dos aspectos que trata a carta a continuación.

En esta formación para la liturgia, el estudio es solo el primer paso para poder entrar en el misterio celebrado ya que para poder guiar en el camino hay que recorrerlo antes, sin olvidar que la formación para la liturgia

no es algo que se pueda conquistar de una vez para siempre: puesto que el don del misterio celebrado supera nuestra capacidad de conocimiento, este compromiso deberá ciertamente acompañar la formación permanente de cada uno, con la humildad de los pequeños, actitud que abre al asombro (núm. 38).

Por lo que se refiere a la formación desde la liturgia, ser formados por ella, conlleva una real implicación existencial con la persona de Cristo.

En este sentido, la liturgia no tiene que ver con el conocimiento, y su finalidad no es primordialmente pedagógica (aunque tiene su valor pedagógico) sino que es la alabanza, la acción de gracias por la Pascua del Hijo, cuya fuerza salvadora llega a nuestra vida (núm. 41).

Por eso la celebración tiene que ver con la

realidad de ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella, hasta que Cristo se forme en nosotros. La plenitud de nuestra formación litúrgica es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él (núm. 41).

Esta implicación existencial tiene lugar por vía sacramental. A través de los signos creados que han sido asumidos y puestos al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre. Es muy bonita la frase del Papa cuando recuerda que la «liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios» (núm. 43). ¿Y cómo volver a ser capaces de símbolos? ¿Cómo volver a saber leerlos para vivirlos? Ante todo, dirá Francisco, recuperando la confianza en la creación. Además, otra cuestión será la educación necesaria para adquirir la actitud interior que permitirá situar y comprender los símbolos litúrgicos.

Un aspecto que señala la Carta para custodiar y para crecer en la comprensión vital de los símbolos de la liturgia será el *ars celebrandi*. Arte que conlleva comprender el dinamismo que describe la liturgia, estar en sintonía con la acción del Espíritu, así como conocer la dinámica del lenguaje simbólico, su peculiaridad y su eficacia (cf. núms. 48-50)

El Papa recuerda que este tema concierne a todos los bautizados y supone un hacer común (caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, mirar, escuchar...) que educa a cada fiel a descubrir la auténtica singularidad de su personalidad, no con actitudes individualistas, sino siendo conscientes de ser un solo cuerpo de la Iglesia. Un gesto particularmente importante es el silencio. Está previsto expresamente por las rúbricas (en los ritos iniciales, en la liturgia de la Palabra, en la plegaria eucarística, después de la comunión). El silencio no es un refugio para esconderse en un aislamiento intimista, padeciendo la ritualidad como si fuera una distracción, sino que es el símbolo de la presencia y de la acción del Espíritu Santo.

Si bien el *ars celebrandi* concierne a todos los bautizados, el Papa señala que los ministros ordenados deben cuidarlo especialmente. Hay diversos modelos de presidencia, pero lo fundamental es evitar el exagerado personalismo en el estilo celebrativo. Para que este servicio de presidencia se haga bien, con arte, es de fundamental importancia que el presbítero sea consciente que él es, en sí mismo, uno de los modos de presencia del Señor. Esto le llevará

a no olvidar que el Resucitado tiene que seguir siendo el protagonista, como en la Última Cena y en la Cruz y Resurrección. Se trata de mostrar en la celebración que el Señor, y no el celebrante, es el protagonista.

El presbítero está formado para presidir mediante las palabras y los gestos que la liturgia pone en sus labios y en sus manos (num. 59).

Conviene tener siempre presente que las palabras y los gestos de la liturgia son expresión madurada a lo largo de los siglos de los sentimientos de Cristo y ayudan a configurarse a Él (cf. *Redemptionis sacramentum*, núm. 5).

El papa Francisco, como hicieron en repetidas ocasiones san Juan Pablo II y Benedicto XVI, concluye animando a redescubrir la riqueza de la constitución conciliar sobre la sagrada liturgia, *Sacro-sanctum Concilium*. Al mismo tiempo reitera, como hizo al inicio y en diversos momentos de la carta constituyendo su *leitmotiv*, su *filo rosso*, el deseo de

que esta carta ayude a reavivar el asombro por la belleza de la verdad de la celebración cristiana, a recordar la necesidad de una auténtica formación litúrgica y a reconocer la importancia de un arte de la celebración, que esté al servicio de la verdad del misterio pascual y de la participación de todos los bautizados, cada uno con la especificidad de su vocación (núm. 62).

Estas y no otras son las motivaciones de fondo de esta bonita carta que pone su broche de oro recordando la importancia del año litúrgico y del domingo.

Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión, sigamos asombrándonos por la belleza de la Liturgia (núm. 65).

«DESIDERIO DESIDERAVI», SOBRE LA FORMACIÓN LITÚRGICA*

Jaume GONZÁLEZ PADRÓS

Fechada en la pasada solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo (2022), el Papa ha ofrecido al pueblo de Dios una Carta apostólica donde reflexiona sobre la sagrada liturgia y la necesaria formación para entender bien su contenido y vivirla con provecho espiritual en la Iglesia.

Este es un tema recurrente en el último siglo. Desde los inicios del movimiento litúrgico europeo (1909) se insiste en la necesidad de que los bautizados, empezando por los ministros ordenados y todos los cristianos, tengan una adecuada educación sobre lo que acontece en los sacramentos, sus ritos y oraciones, el contenido y el conjunto de cada acción litúrgica.

Recientemente, el Dr. Alex Marzo, presbítero barcelonés, ha defendido una magnífica tesis doctoral sobre el primer congreso litúrgico de Montserrat (1915) donde, entre otras conclusiones, se manifiesta el compromiso de todos los participantes en aquella asamblea, a incrementar esta formación entre el Pueblo de Dios. El secretario del citado congreso, el sacerdote sabadellense Dr. Lluís Carreras i Mas, en uno de sus escritos, para describir la situación del clero en relación a la liturgia en los albores del siglo xx, afirmó: «Nos sentimos forasteros de nuestra misma obra sacerdotal».

Esta preocupación llegó hasta el mismo Vaticano II. Su Constitución sobre la sagrada liturgia, *Sacrosanctum Concilium* (1963), tiene afirmaciones contundentes con respecto a nuestro tema.

Jaume González Padrós, profesor del Instituto de Liturgia «ad instar facultatis» (ILF).

* Este texto ha sido tomado de *Catalunya Cristiana* 2.234 (17 de julio de 2022) 33; también [en línea], Centre de Pastoral Litúrgica. 22 de julio de 2022, <https://www.cpl.es/noticia/detalle/desiderio_desideravi_sobre_la_formacion_liturgica> [Consulta: julio 2022].

Al hablar de la necesidad de fomentar la participación plena, consciente y activa en las acciones litúrgicas declara, de forma categórica, que este propósito tan noble no se podrá ver materializado si antes los pastores de almas no se convierten en maestros de la liturgia y, por ello, determinó que se debía proveer, antes que nada, a la educación litúrgica del clero (cf. núm. 14). Pero no solo del clero, ya que este debe comprometerse –según mandato del mismo Concilio– en la educación litúrgica del pueblo fiel, no solo con las palabras sino también con el propio ejemplo (cf. núm. 19).

El gran teólogo Romano Guardini –a quien el Papa cita varias veces en la Carta apostólica– comentando la reforma conciliar afirmó: «Sin una adecuada educación litúrgica la reforma de los ritos no significará gran cosa». El mismo autor había escrito muchos años antes, en 1923, un famoso libro titulado precisamente así: *Formación litúrgica*. Sería oportuno que, en ocasión de este documento papal, se ofreciese pronto al público una traducción de esta obra al castellano y al catalán.

Francisco nos ofrece, ahora, una nueva reflexión sobre este tema. Se lo agradecemos sinceramente, aunque su escrito pone en evidencia que todavía no se ha conseguido una situación satisfactoria en la Iglesia sobre algo tan esencial. Hay que leer con atención sus páginas. Especialmente las que nos recuerdan el carácter teológico de la liturgia y su relación intrínseca con Cristo y la Iglesia, poniendo especial atención a los números 27 al 47, donde el Papa nos exhorta a una seria y vital formación litúrgica.

Sin embargo, es justo reconocer que, las cosas no se resuelven solo hablando de ellas. ¡En eso somos especialistas! Hay que poner los medios necesarios en las diócesis y las parroquias para ello. Si no lo hacemos –parafraseando a Guardini– tampoco esta Carta apostólica *significará gran cosa* en la vida real del Pueblo de Dios. Entre nosotros, grandes maestros como Tena, Farnés, Aldazábal, Bellavista, etc., por citar solo los ya fallecidos, dedicaron su vida a esta cuestión. Debemos seguir sus pasos sin desfallecer.

Leamos, pues, *Desiderio desideravi*, comprometiéndonos con obras y de verdad en esta espléndida tarea a la que el Papa nos invita.

PROMOVER EL «BUEN USO»
PARA EVITAR EL «ABUSO»
A PROPÓSITO DE LA
CARTA APOSTÓLICA «DESIDERIO DESIDERAVI»

Lino Emilio Díez VALLADARES, SSS

Con fecha 29 de junio de 2022, en la festividad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la Santa Sede publicó una Carta apostólica, *Desiderio desideravi*, dedicada a la liturgia. El texto fue presentado por el Dicasterio para el Culto Divino como una reflexión (meditación) en la que el Papa nos invita a redescubrir la belleza de la liturgia para que la celebración litúrgica no pierda su esencia, sirva para encontrarse con Dios y no prevalezcan los protagonismos personales o el mero espectáculo. La liturgia ha de ser fuente de comunión, no de conflicto. El documento recoge el resultado de la Plenaria de la entonces Congregación para el Culto Divino en febrero de 2019 y se sitúa en continuidad con el *Motu proprio Traditionis custodes*, reafirmando la importancia de fortalecer la comunión eclesial en torno al rito resultante de la reforma de la liturgia posconciliar, materializado en los libros litúrgicos nacidos de dicha reforma.

En el origen de la Carta apostólica de Francisco está el deseo de que todo el pueblo de Dios, empezando por los celebrantes, redescubra la belleza y el asombro ante la liturgia, dejando que la misma liturgia «forme» a quienes participan en ella, sumergiéndolos en lo que el Papa llama «el océano de gracia que inunda cada celebración».

Algunas anticipaciones del documento papal se encuentran en la «ponencia» que el entonces cardenal arzobispo de Buenos Aires pronunció ante la plenaria de la entonces Congregación para el Culto Divino el 1 de marzo de 2005.

En aquella ocasión, hablando del arte de celebrar, Jorge Mario Bergoglio sugirió la importancia de «recuperar el asombro ante el misterio» y pidió la publicación de un texto que no fuera un tratado jurídico o disciplinario atiborrado de normas y rúbricas; ni

siquiera un tratado sobre los abusos litúrgicos. En cambio, pidió un documento con un «tono pastoral y espiritual, incluso meditativo».

Con *Desiderio desideravi* ese deseo se cumple de alguna manera, y Francisco nos brinda un documento de profunda doctrina y rica espiritualidad. En la Carta apostólica, el Sucesor de Pedro nos lleva por un camino que llega al corazón de la celebración litúrgica, que es a la vez «la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia» y «la fuente de la que mana toda su energía», como enseña el Concilio Ecuménico Vaticano II (SC 10).

Basta con mirar las 24 notas citadas a lo largo del texto para entender el estilo. El documento más citado es el Misal Romano, luego Romano Guardini y, finalmente, los grandes Padres de la Iglesia latina: Agustín, León Magno, Ireneo de Lyon. Como muchos deseaban, el Papa nos introduce en el «buen uso» de la liturgia, la única forma de evitar los abusos.¹

Todo el documento de Francisco está impregnado de la conciencia de que la liturgia es, ante todo, un espacio para el Otro, con mayúsculas. El Papa escribe:

Antes de nuestra respuesta a su invitación –mucho antes– está su deseo por nosotros: puede que no seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es que nos atrae su deseo por nosotros. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de dejarnos atraer por Él (Dd 6).

1. ¿QUÉ ES LO MÁS IMPORTANTE QUE DICE EL PAPA?

Lo más importante es la invitación que el papa Francisco nos hace para profundizar en el auténtico sentido de la liturgia y posibilitar su adecuado aprovechamiento en nuestra vida cristiana. Hemos tenido mucho tiempo de señalar, denunciar, combatir abusos litúrgicos y el Papa nos invita ahora más bien –en un tono

1 Cf. M. AUGÉ, «Desiderio desideravi» [en línea], *Munus: Liturgia e dintorni*. 30 junio 2022, <<http://liturgiaedintorni.blogspot.com/2022/06/desiderio-desideravi.html>> [Consulta: 3 julio 2022].

positivo y propositivo— al uso adecuado de la liturgia y eso es lo más importante, redescubrir la profundidad del misterio que celebramos. Realmente no dice nada nuevo, sencillamente nos recuerda algunos de los contenidos fundamentales que la reforma litúrgica quiso promover.

Estamos llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de *Sacrosanctum Concilium*. No podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro y sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma (Dd 61).

La liturgia es el «hoy» de la historia de la salvación, cuyo centro es la Pascua de muerte y resurrección. En la Eucaristía y en todos los sacramentos se nos garantiza la oportunidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. Nuestro primer encuentro con su Pascua es nuestro bautismo: en perfecta continuidad con la encarnación, se nos da la posibilidad, en virtud de la presencia y la acción del Espíritu, de morir y resucitar en Cristo. Sin la incorporación a Cristo no hay posibilidad de experimentar la plenitud del culto a Dios.

La liturgia es el antídoto contra el veneno de la mundanidad espiritual. La liturgia nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para introducimos en el misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan. La liturgia no tiene nada que ver con el moralismo ascético: es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida.

El redescubrimiento continuo de la belleza de la liturgia no es la búsqueda del esteticismo ritual. El encuentro con Dios no es el resultado de una búsqueda interior individual de Él, sino que es un acontecimiento donado. La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración.²

2 Ibid.

La liturgia, con la Eucaristía y los sacramentos, garantizan

la posibilidad de encontrarnos con el Señor y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. No nos sirve un vago recuerdo de la Última Cena, necesitamos estar presentes, comer su Cuerpo y beber su Sangre: le necesitamos a Él (Dd 11).

Si participar en la celebración significa «escuchar las palabras» de Jesús y «ver sus gestos, más vivos que nunca» (Dd 8), no puede prevalecer el protagonismo narcisista del celebrante, la espectacularización, la rigidez austera o la dejadez y la trivialización. La liturgia no se tiene que convertir en un espectáculo y, por ello, el Papa llama la atención sobre este tema: el abuso en la liturgia desgraciadamente ha sido una constante en muchos momentos y el Papa nos invita a superar esos individualismos, esos inadecuados afanes de protagonismo en la celebración para descubrir que lo verdaderamente importante es encontrarnos con el Señor que se hace presente en la celebración, que viene a nuestro encuentro de diversos modos. Hay que olvidarse de nosotros, para centrarnos en Él.

2. PELIGROSAS TENTACIONES

La liturgia es un «antídoto» contra la «mundanidad espiritual» (Dd 17) de reducir «la fe cristiana al subjetivismo» (gnosticismo), o bien en la anulación del valor de la gracia (pelagianismo). Se trata de «dos formas distorsionadas del cristianismo» que tienen «consecuencias desastrosas para la vida de la Iglesia» y contra las que la liturgia funciona como «el antídoto más eficaz». «Si el gnosticismo nos intoxica con el veneno del subjetivismo, la celebración litúrgica nos libera de la autorreferencialidad» (Dd 19), pues

la acción celebrativa no pertenece al individuo, sino a Cristo-Iglesia, a la totalidad de los fieles. Si el neopelagianismo nos intoxica con la presunción de una salvación ganada con nuestras fuerzas, la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad del don de la salvación (Dd 19).

3. ASOMBRARSE ANTE EL MISTERIO

Para que el antídoto de la liturgia sea eficaz, son necesarias dos condiciones:

La primera de ellas es «el redescubrimiento de la belleza de la liturgia» (Dd 20-23), que no es «la búsqueda de un esteticismo ritual, que se complace solo en el cuidado de la formalidad exterior de un rito o se satisface con una escrupulosa observancia de las rúbricas» (Dd 22), afirmación que «no pretende avalar la actitud que confunde lo sencillo con una dejadez banal», pues «hay que cuidar todos los aspectos de la celebración» (Dd 23).

Sin embargo, «la calidad y la norma de la acción celebrativa» (Dd 23) no son suficientes para una plena participación en la liturgia: «no bastan los esfuerzos para una mejor calidad de la celebración», sino que el «asombro ante el misterio pascual» (Dd 24-26) es también «parte esencial de la acción litúrgica». «La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración» (Dd 25), se subraya.

4. FORMACIÓN LITÚRGICA

El documento incide en la necesidad de «encontrar cauces para una formación como estudio de la liturgia», así como de «difundir este conocimiento fuera del ámbito académico, de forma accesible, para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la liturgia» (Dd 35), laicos, consagrados o ministros de los sacramentos.

La cuestión fundamental es cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica. El hombre moderno ha perdido la capacidad de relacionarse con la acción simbólica, que es una parte esencial del acto litúrgico. Sería trivial leer las tensiones, lamentablemente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades hacia una forma ritual. La cuestión es, ante todo, eclesiológica. Es sorprendente que un católico no acoja la reforma litúrgica que expresa la realidad de la liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita por *Lumen gentium*. Esta no aceptación, así como una comprensión

superficial, hace urgente una formación litúrgica seria y vital. Como afirmó Guardini, sin la formación litúrgica “las reformas del rito y del texto no sirven de mucho”.

Hay que distinguir dos aspectos: la formación *a la liturgia* y la formación *desde la liturgia*. La primera es funcional a la segunda, que es esencial. Recordemos siempre que es la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, el sujeto que celebra, no solo el sacerdote. Un enfoque litúrgico-sapiencial de la formación teológica en los seminarios tendría ciertamente efectos positivos también en la acción pastoral.

Según Guardini, la primera tarea de la formación litúrgica es hacer que “el hombre vuelva a ser capaz de símbolos”. La tarea no es fácil porque el hombre moderno se ha vuelto analfabeto, ya no sabe leer los símbolos. Todo símbolo es a la vez poderoso y frágil: si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante. La lectura simbólica no es una cuestión de conocimiento mental, sino una experiencia vital.³

La gran tarea, pues, que sigue pendiente es la formación en la liturgia: es la fuente de la verdadera vida espiritual de la Iglesia. Mal vamos a beber a la fuente si no la reconocemos como tal, si no conocemos lo que significa, si no caemos en ese asombro del que habla el Papa; celebrar la liturgia es encontrarnos con el Señor que, a través de los signos, símbolos y palabras, se hace presente en nuestra vida.

5. NO IMPROVISAR LA CELEBRACIÓN

Francisco señala que «el arte de celebrar no se puede improvisar» y que, «como cualquier arte, requiere una aplicación asidua».

Uno no aprende el arte de celebrar porque asista a un curso de oratoria o de técnicas de comunicación persuasiva. Toda herramienta puede ser útil, pero siempre debe estar sujeta a la naturaleza de la liturgia y a la acción del Espíritu. Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte (Dd 50).

3 Ibíd.

Hecho unitario que no corresponde solo a los ministros:

Realizar todos juntos el mismo gesto, hablar todos a la vez, transmitir a los individuos la fuerza de toda la asamblea, siendo conscientes de ser un solo cuerpo. No se trata de tener que seguir un protocolo litúrgico: se trata más bien de una «disciplina» que nos forma; una acción que implica al cuerpo en su totalidad, es decir, ser unidad de alma y cuerpo (Dd 51).

Los gestos y signos en la liturgia están llamados a hacerse

con arte, con plena conciencia de su significado simbólico y de la necesidad que tenemos de expresar, mediante este gesto, nuestro modo de estar en presencia del Señor; porque cada gesto y cada palabra de la celebración expresada con arte forma la personalidad cristiana del individuo y de la comunidad (Dd 53).

Una forma de crecer en la comprensión vital de los símbolos de la liturgia es cuidar el arte de celebrar. El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que debe custodiar. Como cualquier arte, requiere diferentes conocimientos: entender el dinamismo que describe la liturgia para no caer en el externalismo y el rubricismo; conocer cómo actúa el Espíritu en cada celebración para no caer en el subjetivismo; conocer las dinámicas del lenguaje simbólico.

Son muchos los modos con los que la asamblea participa en la celebración. No se trata de tener que seguir una etiqueta litúrgica: es más bien una «disciplina» –en el sentido utilizado por Guardin– que, si se observa con autenticidad, nos modela. Entre los gestos rituales ocupa un lugar importante el silencio litúrgico: es el símbolo de la presencia y la acción del Espíritu Santo que anima toda la acción celebrativa. Se podría decir mucho sobre la importancia y la delicadeza del presidir: presidir la Eucaristía es sumergirse en el horno del amor de Dios. El que preside no se sienta en un trono; no roba la centralidad del altar; no puede presumir de sí mismo por el ministerio que se le confía; no puede decir «tomad y comed todos: esto es mi cuerpo ofrecido en sacrificio por vosotros», sin experimentar el mismo deseo de ofrecer su propio cuerpo, su propia vida por el pueblo que se le confía.⁴

4 M. AUGÉ, «Desiderio desideravi».

Hemos vivido en una ilusión al pensar que bastaba promulgar la constitución litúrgica conciliar para que todo el camino pastoral estuviera cumplido. No es así; la reforma litúrgica va construida en cada parroquia, en cada pequeña comunidad. El Papa insiste en la formación litúrgica porque hay dos extremos: por un lado, una excesiva superficialidad, un modo pobre de celebrar. Y por otro, un cuidado excesivo de la forma del rito, sin tener en cuenta el espesor espiritual. El concilio pedía una noble sencillez en la celebración y esto todavía no se ha conseguido, sigue siendo un anhelo. Los riesgos son dos, poner demasiado acento en la nobleza, haciendo que la celebración sea para un grupo de élites, o que sea demasiado sencilla.

6. COMO IGLESIA, EN MEDIO DEL MUNDO

Además, el Papa dice expresamente que las tensiones que existen en torno a la liturgia no están ligadas a distintas sensibilidades, sino que son más bien tensiones que nacen de diferentes concepciones de la Iglesia. Francisco pretende insistir en la comunión eclesial, dejar ya los enfrentamientos y las polémicas. Ya no existe una Iglesia piramidal. Si no apreciamos el fondo eclesiológico que está detrás de la reflexión litúrgica del Concilio Vaticano II, la liturgia queda reducida a un puro ritualismo. En cambio, es la acción más alta a la que Dios llama a la Iglesia. Francisco cita un discurso de Pablo VI de 1963 en el que el santo papa Montini reivindica una liturgia que sea más comprensible para los fieles y más acorde con el mundo contemporáneo (cf. Dd 30). Sesenta años después, esa sigue siendo nuestra tarea.

LA LITURGIA NO TIENE NADA QUE VER CON EL RITUALISMO*

Giuseppe MIDILI

¿Por qué cree que era tan importante para el Papa publicar este documento ahora?

El Papa habla de movimiento litúrgico, que es el contexto en el que nace la reflexión sobre la formación litúrgica. Uno de los objetivos principales era restituir la liturgia al pueblo, y el pueblo a la liturgia. Los Papas han hecho hincapié de manera sistemática en la formación litúrgica. Francisco especifica que la experiencia formativa no es algo que se puede conquistar de una vez y para siempre, porque el don del misterio de la celebración supera nuestra capacidad de conocimiento. Formarse para la liturgia significa comprender la teología litúrgica y una real implicación con la persona de Jesucristo.

En «Desiderio desideravi», el Papa invita a «abandonar las polémicas», para «escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia». ¿A qué cree que se refiere?

Para explicarlo, el Papa cita la *Evangelii gaudium* cuando dice que sueña con un compromiso misionero para toda la Iglesia. Es decir, que las costumbres, los estilos y los lenguajes sean un canal adecuado para la evangelización. La celebración de la misa será misionera si hace sentir la fuerza de la atracción que Jesús tiene al comer la Pascua con nosotros. Francisco también invita a redescubrir la belleza de la liturgia, que no es ni centrarse en una excesiva

Giuseppe Midili, carmelita, director de la Oficina Litúrgica de la diócesis de Roma, profesor de pastoral litúrgica en la Universidad Gregoriana y el Pontificio Instituto Litúrgico San Anselmo de Roma.

* Entrevista realizada por Victoria Isabel Cardiel C., «Giuseppe Midili: «La liturgia no tiene nada que ver con el ritualismo» [en línea], *Alfa y Omega*. 8 de julio de 2022, <<https://alfayomega.es/giuseppe-midili-la-liturgia-no-tiene-nada-que-ver-con-el-ritualismo/>> [Consulta: 8 julio 2022].

formalidad externa, ni hacer celebración superficial o poco digna. Si estamos preocupados por crear polémicas sobre si es mejor una u otra forma de rito, perdemos de vista que la comunidad eclesial no sentirá el deseo fuerte de entrar en comunión con Cristo.

El Papa deja claro que las controversias litúrgicas esconden una raíz exquisitamente «eclesiológica». ¿Cómo podemos interpretar esto desde un punto de vista práctico?

Dice expresamente que las tensiones que existen no están ligadas a distintas sensibilidades, sino que son más bien tensiones que nacen de diferentes concepciones de la Iglesia. Ya no existe una Iglesia piramidal. Si no apreciamos el fondo eclesiológico que está detrás de la reflexión litúrgica del Concilio Vaticano II, la liturgia queda como un puro ritualismo. En cambio, es la acción más alta a la que Dios llama a la Iglesia. Francisco cita un discurso de Pablo VI de 1963 en el que reivindica una liturgia que sea más comprensible para los fieles y más acorde con el mundo contemporáneo.

¿En qué consiste la formación que pide Francisco?

El Pontífice explica que es necesario que la ciencia teológica sea traducida en un lenguaje accesible para que todo fiel conozca el sentido teológico de la celebración, el dinamismo de la liturgia y su validez antropológica. Es muy concreto y explica que no ha querido hacer un manual o un directorio de reglas, sino invitar a toda la Iglesia a custodiar y vivir la verdad y la fuerza cristiana. Este es el camino que tenemos por delante.

¿Qué relación hay entre la formación del clero y la de los laicos?

Francisco retoma una idea clásica, porque la formación de los fieles no puede prescindir de una formación del clero que cuenta con el estudio de la liturgia, primer paso para entrar en el misterio celebrado. El segundo paso es la experiencia de fe viva que se cumple en la liturgia.

¿Qué podemos destacar hoy de la reforma litúrgica nacida hace 50 años?

La reforma fue desarrollada por la constitución *Sacrosanctum Concilium*, una de las cuatro constituciones conciliares emanadas del Concilio Vaticano II. Pero hemos vivido en una ilusión al pensar

que bastaba promulgar el documento para que todo el camino pastoral estuviera cumplido. No es así; la reforma litúrgica va construida en cada parroquia. El motivo por el que el Papa insiste en la formación litúrgica es porque hay dos extremos: por un lado, una excesiva superficialidad, un modo pobre de celebrar. Y por otro, un cuidado excesivo de la forma del rito, sin tener en cuenta el espesor espiritual. El Concilio pedía una noble sencillez en la celebración y esto todavía no se ha conseguido. Los riesgos son dos, poner demasiado acento en la nobleza, haciendo que la celebración sea para un grupo de élites, o que sea demasiado sencilla.

El Papa dice que esta reforma puede ser un antídoto válido contra el desconcierto de la posmodernidad, el individualismo, el subjetivismo y el espiritualismo abstracto. ¿Está de acuerdo?

Nuestra sociedad necesita un aparato simbólico, pero no es capaz de interiorizar los signos. O se han creado símbolos nuevos que carecen de fuerza, o se han destruido los antiguos y se han quedado en el vacío. La liturgia nos hace salir del *yo* porque la Iglesia reza como un *nosotros*, como un cuerpo y una comunidad. En un mundo cada vez más individualista, está llamada a recuperar la capacidad de comprender los símbolos.

El Pontífice insiste mucho en la necesidad de una formación litúrgica en los seminarios. ¿Por qué?

En los seminarios hay un riesgo real de concentrar toda la formación en el aspecto teológico, dejando de lado la formación litúrgica, que debe estar fundada en la experiencia de la celebración de la Eucaristía. Los futuros curas deben aprender que en la praxis celebrativa se ve lo que la Iglesia cree, la teología, y por eso no tiene nada que ver con el ritualismo.

Tras el Concilio Vaticano II, ¿qué supuso para la liturgia la introducción de las lenguas habladas?

Ha favorecido ciertamente la comprensión. El mundo contemporáneo –como decía Pablo VI– está acostumbrado a comprender. Pero no ha dispensado la liturgia, cuyos elementos precisan de una explicación. Basta pensar a palabras como *memorial*, *sacrificio*, *alianza* o *misterio*. Necesitan una explicación previa. De ahí la importancia de la formación.

LA LITURGIA REVELA EL MISTERIO Y NOS ABRE A LA PRESENCIA DE CRISTO*

Pietro Angelo MURONI

Nada más leer la reciente carta del papa Francisco al Pueblo de Dios sobre la liturgia, titulada *Desiderio desideravi*, el profesor Pietro Angelo Muroni, decano de teología de la Pontificia Universidad Urbaniana, autor de numerosos libros sobre fe y espiritualidad y sacerdote de la diócesis de Sassari, tuvo la certeza de que la importancia de este documento radica en que no se dirige solo a la jerarquía eclesiástica: «Afecta –dice– a todo el Pueblo de Dios, porque la formación litúrgica debe interesar a todos, debe implicarnos a todos. Lo dice el Papa: la liturgia es la dimensión fundamental para la vida de la Iglesia». Tanto es así, explica D. Muroni, que la carta «no quiere ser un tratado de teología litúrgica, no quiere tener un sesgo académico. En cambio, el Papa quiere que sea un elemento de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana».

Profesor, ¿así que el Papa está llamando al pueblo de Dios a volver a la verdadera esencia de la liturgia?

Ciertamente. El Papa llama al pueblo de Dios a volver al espíritu de la liturgia, como lo definiría el teólogo Romano Guardini. No hace mucho, el Papa recibió en audiencia a los miembros del Pontificio Instituto Litúrgico con motivo del 60º aniversario de su fundación y les dijo: cuidado cuando la liturgia se convierte en un campo de batalla por cuestiones que no son esenciales o que incluso son obsoletas. Por eso, el Pontífice, ante el peligro de la mundanidad

Pietro Angelo Muroni, decano de teología de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma.

* Entrevista realizada por Federico Piana, «Pietro Angelo Muroni: "La liturgia revela el misterio y nos abre a la presencia de Cristo"» [en línea], *Ommes*. 13 de julio de 2022, <<https://omnesmag.com/actualidad/la-liturgia-revela-el-misterio-y-nos-abre-a-la-presencia-de-cristo/>> [Consulta: julio 2022].

espiritual, que también trató en su primera exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, quiere exhortarnos a todos a considerar la integridad de lo que celebramos.

¿Cuáles son los otros elementos importantes de este documento?

En primer lugar, se insiste en que la liturgia es la Obra de Dios, en la que Dios implica al hombre. El punto número 7 de la *Sacrosanctum Concilium* dice: en esta gran obra, en la que Dios, a través del rito, llega al hombre para salvarlo, Cristo une a su Iglesia, su esposa. Por lo tanto, es Dios quien nos alcanza pero, al mismo tiempo, Dios involucra a la Iglesia. Otro elemento importante del documento es precisamente la invitación a redescubrir la belleza de la liturgia. En este sentido, ya en la *Evangelii gaudium*, el papa Francisco había subrayado el hecho de que la Iglesia evangeliza –y se evangeliza a sí misma– con la belleza de la liturgia.

¿Qué quiere decir el documento cuando habla de la belleza?

Una belleza, explica el Papa en la carta, que no es la búsqueda del esteticismo, de las formas bellas. Aunque, sin duda, la liturgia debe ser bella, no debe ser descuidada. El redescubrimiento continuo de la belleza de la liturgia significa el redescubrimiento de la belleza del misterio de Cristo celebrado en la liturgia. Hay que llegar a emocionarse con la liturgia, lo que significa ir más allá de la mera observancia de reglas y normas.

¿Es otro elemento importante la encarnación?

Sí, porque la encarnación es el fundamento teológico de la fe cristiana, pero también de toda la liturgia. Es decir, la liturgia no es incorpórea; la liturgia se expresa a través de la humanidad del hombre y se expresa también a través de gestos, actitudes, signos y símbolos que forman parte de la vida del hombre.

Es hermoso lo que dice la *Sacrosanctum Concilium* en el número 83: «Cristo, al asumir la naturaleza humana, trajo a esta tierra del exilio ese canto que se entona eternamente en los lugares celestiales». La encarnación de Cristo se convierte en el vínculo por el que nos unimos a él para unirnos al Padre y a la Iglesia celestial.

¿El documento también profundiza en el redescubrimiento del sentido del misterio?

Desde luego que sí. El Papa nos pide que tengamos cuidado con la humeante expresión «sentido del misterio». A veces, señala el Pontífice, se acusa a la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II de haber eliminado el sentido del misterio en la celebración. Pero, ¿cuál es, para nosotros, el misterio? La literatura paulina nos explica que el misterio de Dios es Cristo, Cristo mismo que reveló al Padre.

Es obvio, pues, que la liturgia para nosotros sigue siendo trascendente, el hombre nunca puede penetrar profundamente en lo que se celebra en la liturgia. Pero Cristo también vino a través de la liturgia, de los sacramentos, para revelarse, no para esconderse. La liturgia revela el misterio y nos abre a la presencia de Cristo en su Palabra, en las especies eucarísticas, en el sacerdote, en el pueblo de Dios.

La carta también menciona la formación. ¿Por qué es importante?

Si no hay formación litúrgica, no se puede entender con el corazón lo que se celebra. Si no entiendo lo que estoy haciendo en la liturgia, es difícil que la respete. La formación es esencial, especialmente en los seminarios. Me temo que ciertas derivas, como el pelagianismo y el gnosticismo, que se cuelan en la liturgia dependen también de la falta de formación. Si educamos bien a los futuros sacerdotes en el verdadero sentido de la liturgia, tendremos, como consecuencia, laicos formados en el verdadero sentido de la liturgia. De lo contrario, tendremos sacerdotes que vivan la liturgia como algo que hay que hacer. Como dice el Papa en esta carta, hay que formarse para la liturgia, pero también formarse con la liturgia.

UNA PARTE DE LA CRISIS DE LA IGLESIA ESTÁ EN EL ERROR DE HACER LA LITURGIA A NUESTRA MEDIDA *

Giovanni ZACCARIA

Una reciente Carta apostólica del Papa sobre la liturgia ha vuelto a poner sobre la mesa algunas carencias y limitaciones en la Iglesia. Giovanni Zaccaria, profesor de liturgia de la Pontificia Universidad de la Santa Croce, asegura que muchos fieles asisten a misa como si fuera «un espectáculo, como ir al teatro o una conferencia, donde los protagonistas son otros». A su juicio, es preciso reforzar la formación litúrgica para entender «qué es lo que estamos haciendo en cada celebración», ya que «los gestos existen, pero es preciso darlos a conocer».

¿Por qué el Papa ha publicado ahora «Desiderio Desideravi», la Carta apostólica sobre la liturgia?

La carta que el Papa ha escrito me parece un pequeño regalo a la Iglesia. Siempre digo que la liturgia no es algo urgente, en el sentido de que la liturgia no precisa acciones inmediatas, ya que tiene que ver con la eternidad, con algo que está fuera del tiempo como es el misterio de Dios. No es urgente, pero sí importante. Creo que el Papa lo entiende bien y por ello desea que la liturgia esté en el centro de la Iglesia. No tanto por establecer reglas o normas, sino por ayudar a descubrir el misterio de Dios. Su nueva Carta aborda este tema, del deseo de Dios de entrar en comunión con nosotros. Y la Iglesia nace de ahí, del deseo de Dios de entrar en comunión con nosotros.

Giovanni Zaccaria, profesor de liturgia de la Pontificia Universidad de la Santa Croce.

* Entrevista realizada por Antonio Olivé y publicada [en línea], *El Debate*. 22 de julio de 2022, <[https:// www.eldebate.com/religion/catolicos/20220722/giovanni-zaccaria-liturgia-desiderio-desideravi.html](https://www.eldebate.com/religion/catolicos/20220722/giovanni-zaccaria-liturgia-desiderio-desideravi.html)> [Consulta: julio 2022].

¿Parte de la crisis actual de la Iglesia en Occidente tiene que ver con la liturgia?

Sí. Creo que parte de la crisis de la Iglesia en algunos países está ligada a la liturgia, sobre todo porque la liturgia es el alma de la Iglesia. A mi juicio, por una parte está el error de hacer la liturgia a nuestra medida, de tal manera que sea comprensible y adaptada a nuestros encuentros. Pero esto nos hace perder la dimensión vertical, la dimensión del misterio de Dios. Hay una iniciativa de Dios que precede a todo. Y se da el caso contrario, donde la liturgia es demasiado distante, como si consistiera en seguir unas normas rígidas. No es suficiente con seguir unas reglas para que todo vaya bien. No basta con ello, ya que entrar en comunión con Dios tiene que ver también con el corazón. De modo, que el equilibrio litúrgico es difícil y siempre lo ha sido en la Iglesia. Las polémicas litúrgicas no son una novedad.

Tanto en África como en muchos sitios de América hay una liturgia más rica, más sentida que en Europa. ¿Tenemos que aprender de esa vitalidad?

Creo que en Europa, en general, estamos muy ligados a una dimensión racional. Necesitamos pensar las cosas antes de hacerlo. Lo que nos falta en realidad en la liturgia es entender realmente qué es lo que estamos haciendo. Me sucede con frecuencia, tanto en la universidad como en el trabajo pastoral tengo que explicar el sentido de algunos gestos litúrgicos o palabras que la mayoría no conoce. Basta pensar en los matrimonios. Hay una riqueza de signos y una profundidad que no son evidentes y que personas que han participado en decenas de ellos no han captado. Si no se explica bien, no se entenderá nunca.

¿Falta una catequesis litúrgica?

Falta formación litúrgica que ayude a entender el sentido del misterio y falta una liturgia que ayude a entender el misterio. Si no se entiende la centralidad del misterio de Cristo, en un matrimonio o en una misa o en otras celebraciones, es que algo falla. Puede fallar por parte de quien celebra o por parte de toda la asamblea. Si no entendemos el sentido de las palabras o de los gestos, se pierde mucho.

El Papa habla en su última Carta de que los sacerdotes no sean los protagonistas, sino toda la asamblea. ¿Por qué?

Esto uno de los puntos clave en la formación litúrgica. Hemos heredado un modo de celebrar que es un poco *espectáculo*. Los fieles dicen que van a misa de don Fulano o don Mengano porque les aporta algo, porque la homilía les interpela. Es algo bueno, pero la esencia de la misa no es la homilía. El problema es que, en muchas ocasiones, el Pueblo de Dios va a misa como va a un teatro, a un concierto, como asiste a una conferencia. Incluso buenos cristianos, personas creyentes, pueden asistir a un evento que no les pertenece, donde actúan otros, donde la misa es del sacerdote. Y yo asisto. A partir de ahí, hay sacerdotes que sí saben implicar a los fieles. Hay otros que toman la misa como algo propio, que ellos mismos gestionan, aunque implican a los fieles en tener algún papel, como hacer las lecturas o participar en las ofrendas. Pero esto no es la participación activa de la que habla el Concilio Vaticano II. El Concilio plantea que quien celebra es Cristo. Y Cristo quiere decir el cuerpo místico de Cristo, como cabeza ante sus miembros, la Iglesia. Es san Agustín quien dice que Cristo es el sujeto de la celebración ya en el siglo IV. Si el sacerdote y los fieles van a misa pensando que es una función del sacerdote es que no hemos captado la idea.

¿De qué forma concreta se puede cambiar esta situación?

La primera necesidad es comprender la dimensión sacerdotal del bautizado. Que todos los bautizados son sacerdotes, participan del sacerdocio de Cristo. Por tanto, en esa celebración, ellos también son protagonistas tanto como el ministro. El ministro, o sacerdote, celebra como servidor de la comunidad, con el don que ha recibido por el sacramento del orden.

¿Cómo se puede expresar esa participación?

Ya se están poniendo en práctica algunas medidas. El problema es que se malinterpretan o no se entienden bien. Por ejemplo, cuando se realiza una procesión con las ofrendas. Es un símbolo fuerte, donde el pueblo lleva el material esencial para la celebración: el pan y el vino. Sin pan y vino no es posible la misa. Puede haber

una preciosa homilía, pero no es la misa. Ese simple gesto, esa procesión bien explicada, implica que toda la asamblea está protagonizando la misa. Otro detalle es el canto. A veces lo interpretamos con una lógica de entretenimiento. Todos tenemos la experiencia de cantar juntos. Es algo que une muchísimo. No se puede dar por descontado. Es una experiencia de comunión. Los gestos de toda la comunidad, por ejemplo cuando se ponen de pie, significa formar parte de una comunidad sacerdotal. Ponerse de rodillas es también un signo de la dimensión sacerdotal. En definitiva, creo que los gestos ya existen, pero es preciso que sean comprendidos por los fieles. Necesitamos explicarlo mejor.

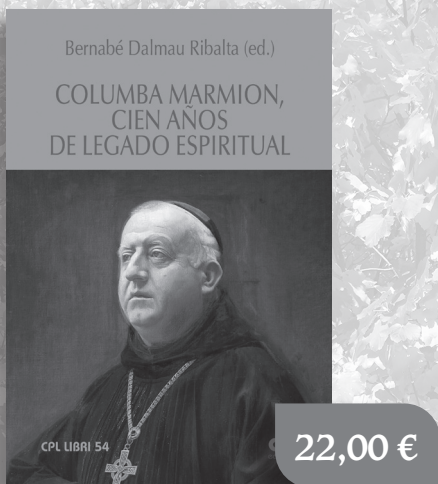
En una sociedad tan ruidosa, donde muchos no se despegan de los auriculares, el Papa habla de redescubrir el silencio en la liturgia. ¿Es fácil conseguirlo?

Comparto plenamente la dimensión revolucionaria del silencio. Hace poco me contaban de un grupo de jóvenes que había hecho el Camino de Santiago, sin nadie que les acompañara, con la música a tope durante todas las jornadas. De esta forma te has perdido lo más importante del Camino de Santiago. El silencio es una de las dimensiones más evidentes del misterio. Volver a apreciar el silencio es una de las tareas más urgentes en la Iglesia. Gracias al silencio la liturgia adquiere esa dimensión vertical que corremos el riesgo de perder.

¿Es cierto que la liturgia es clave para la unidad de la Iglesia?

El Papa habla de la eclesiología del Concilio Vaticano II y de la liturgia como expresión de la eclesiología. Esto puede parecer un tecnicismo, pero es importante. Supone entender la Iglesia más profunda de lo que parece. El Concilio Vaticano II ha abierto a la comprensión de los fieles el tesoro de los Padres de la Iglesia. Los documentos del Vaticano II hablan de la Iglesia como lo hacen los Padres de la Iglesia. No es que antes del Vaticano II se hiciera algo mal, sino que en el Concilio se profundiza y mejora la comprensión. La liturgia debería expresar mejor el misterio de Cristo, con gestos y oraciones. Es importante entender que cada fiel es llamado a ser sacerdote, aunque no sea ministro.

CPL LIBRI



Columba Marmion, cien años de legado espiritual

Por *Bernabé Dalmau Ribalta (ed.)*.
CPL Libri 34. 120 págs.

Con motivo del centenario de la muerte del beato Columba Marmion, el 30 de enero de 2023, ofrecemos en este libro una selección de las tres obras principales, precedida de un apunte biográfico que las contextualiza y una nota explicativa al inicio de cada una: *Cristo Vida del Alma*, *Cristo en sus misterios*, *Cristo ideal del monje*.



Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 – 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 – 📞 619 741 047

✉ cpl@cpl.es – www.cpl.es

CPL
editorial

CARTA APOSTÓLICA «DESIDERIO DESIDERAVI»
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS OBISPOS Y A LOS DIÁCONOS,
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS
SOBRE LA FORMACIÓN LITÚRGICA
DEL PUEBLO DE DIOS

*Desiderio desideravi
hoc Pascha manducare vobiscum,
antequam patiar (Lc 22,15)*

1. Queridos hermanos y hermanas: con esta carta deseo llegar a todos –después de haber escrito a los obispos tras la publicación del Motu proprio *Traditionis custodes*– ara compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la liturgia, dimensión fundamental para la vida de la Iglesia. El tema es muy extenso y merece una atenta consideración en todos sus aspectos: sin embargo, con este escrito no pretendo tratar la cuestión de forma exhaustiva. Quiero ofrecer simplemente algunos elementos de reflexión para contemplar la belleza y la verdad de la celebración cristiana.

LA LITURGIA: EL «HOY» DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

2. «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer» (Lc 22,15) Las palabras de Jesús con las cuales inicia el relato de la Última Cena son el medio por el que se nos da la asombrosa posibilidad de vislumbrar la profundidad del amor de las Personas de la Santísima Trinidad hacia nosotros.

3. Pedro y Juan habían sido enviados a preparar lo necesario para poder comer la Pascua, pero, mirándolo bien, toda la creación, toda la historia –que finalmente estaba a punto de revelarse como historia de salvación– es una gran preparación de aquella Cena. Pedro y los demás están en esa mesa, inconscientes y, sin embargo, necesarios: todo don, para ser tal, debe tener alguien dispuesto a recibirlo. En este caso, la desproporción entre la inmensidad del don y la pequeñez de quien lo recibe es infinita y no puede dejar de sorprendernos. Sin embargo –por la misericordia del Señor– el don se confía a los apóstoles para que sea llevado a todos los hombres.

4. Nadie se ganó el puesto en esa Cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esa Pascua con ellos: Él sabe que es el Cordero de esa Pascua, sabe que es la Pascua. Esta es la novedad absoluta de esa Cena, la única y verdadera novedad de la historia, que hace que esa Cena sea única y, por eso, «Última», irrepetible. Sin embargo, su infinito deseo de restablecer esa comunión con nosotros, que era y sigue siendo su proyecto original, no se podrá saciar hasta que todo hombre, «de toda tribu, lengua, pueblo y nación» (Ap 5,9) haya comido su Cuerpo y bebido su Sangre: por eso, esa misma Cena se hará presente en la celebración de la Eucaristía hasta su vuelta.

5. El mundo todavía no lo sabe, pero todos están «invitados al banquete de bodas del Cordero» (Ap 19,9). Lo único que se necesita para acceder es el vestido nupcial de la fe que viene por medio de la escucha de su Palabra (cf. Rom 10,17): la Iglesia lo confecciona a medida, con la blancura de una vestidura lavada en la Sangre del Cordero (cf. Ap 7,14). No debemos tener ni un momento de descanso, sabiendo que no todos han recibido aún la invitación a la Cena, o que otros la han olvidado o perdido en los tortuosos caminos de la vida de los hombres. Por eso, he dicho que «sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización

del mundo actual más que para la autopreservación» (EG 27): para que todos puedan sentarse a la Cena del sacrificio del Cordero y vivir de Él.

6. Antes de nuestra respuesta a su invitación –mucho antes– está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros. Por nuestra parte, la respuesta posible, la ascesis más exigente es, como siempre, la de entregarnos a su amor, la de dejarnos atraer por Él. Ciertamente, nuestra comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo ha sido deseada por Él en la Última Cena.

7. El contenido del pan partido es la cruz de Jesús, su sacrificio en obediencia amorosa al Padre. Si no hubiéramos tenido la última Cena, es decir, la anticipación ritual de su muerte, no habríamos podido comprender cómo la ejecución de su sentencia de muerte pudiera ser el acto de culto perfecto y agradable al Padre, el único y verdadero acto de culto. Unas horas más tarde, los apóstoles habrían podido ver en la cruz de Jesús, si hubieran soportado su peso, lo que significaba «cuerpo entregado», «sangre derramada»: y es de lo que hacemos memoria en cada Eucaristía. Cuando regresa, resucitado de entre los muertos, para partir el pan a los discípulos de Emaús y a los suyos, que habían vuelto a pescar peces y no hombres, en el lago de Galilea, ese gesto les abre sus ojos, los cura de la ceguera provocada por el horror de la cruz, haciéndolos capaces de «ver» al Resucitado, de creer en la resurrección.

8. Si hubiésemos llegado a Jerusalén después de Pentecostés y hubiéramos sentido el deseo no solo de tener noticias sobre Jesús de Nazaret, sino de volver a encontrarnos con Él, no habríamos tenido otra posibilidad que buscar a los suyos para escuchar sus palabras y ver sus gestos, más vivos que nunca. No habríamos tenido otra posibilidad de un verdadero encuentro con Él sino en la comunidad que celebra. Por eso, la Iglesia siempre ha custodiado, como su tesoro más precioso, el mandato del Señor: «Haced esto en memoria mía».

9. Desde los inicios, la Iglesia ha sido consciente de que no se trataba de una representación, ni siquiera sagrada, de la Cena del Señor: no habría tenido ningún sentido y a nadie se le habría ocurrido «escenificar» –más aún bajo la mirada de María, la Madre del Señor– ese excelso momento de la vida del Maestro. Desde los inicios, la Iglesia ha comprendido, iluminada por el Espíritu Santo, que aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos.¹

LA LITURGIA: LUGAR DEL ENCUENTRO CON CRISTO

10. Aquí está toda la poderosa belleza de la liturgia. Si la resurrección fuera para nosotros un concepto, una idea, un pensamiento; si el Resucitado fuera para nosotros el recuerdo del recuerdo de otros, tan autorizados como los apóstoles, si no se nos diera también la posibilidad de un verdadero encuentro con Él, sería como declarar concluida la novedad del Verbo hecho carne. En cambio, la encarnación, además de ser el único y novedoso acontecimiento que la historia conoce, es también el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión. La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es.

11. La liturgia nos garantiza la posibilidad de tal encuentro. No nos sirve un vago recuerdo de la Última Cena, necesitamos estar presentes en aquella Cena, poder escuchar su voz, comer su Cuerpo y beber su Sangre: le necesitamos a Él. En la Eucaristía y en todos los sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. El poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento, nos alcanza en la celebración de los sacramentos. Yo soy Nicodemo y la samaritana, el endemoniado de Cafarnaún y el paralítico en casa de Pedro, la pecadora perdonada y la hemorroisa, la hija

1 Cf. LEO MAGNUS, *Sermo LXXIV: De ascensione Domini II*, 1: «quod [...] Redemptoris nostri conspicuum fuit, in sacramenta transivit».

de Jairo y el ciego de Jericó, Zaqueo y Lázaro; el ladrón y Pedro, perdonados. El Señor Jesús que «inmolado, ya no vuelve a morir; y sacrificado, vive para siempre»,² continúa perdonándonos, curándonos y salvándonos con el poder de los sacramentos. A través de la encarnación, es el modo concreto por el que nos ama; es el modo con el que sacia esa sed de nosotros que ha declarado en la cruz (Jn 19,28).

12. Nuestro primer encuentro con su Pascua es el acontecimiento que marca la vida de todos nosotros, los creyentes en Cristo: nuestro bautismo. No es una adhesión mental a su pensamiento o la sumisión a un código de comportamiento impuesto por Él: es la inmersión en su pasión, muerte, resurrección y ascensión. No es un gesto mágico: la magia es lo contrario a la lógica de los sacramentos porque pretende tener poder sobre Dios y, por esa razón, viene del tentador. En perfecta continuidad con la encarnación, se nos da la posibilidad, en virtud de la presencia y la acción del Espíritu, de morir y resucitar en Cristo.

13. El modo en que acontece es conmovedor. La plegaria de bendición del agua bautismal³ nos revela que Dios creó el agua precisamente en vista del bautismo. Quiere decir que mientras Dios creaba el agua pensaba en el bautismo de cada uno de nosotros, y este pensamiento le ha acompañado en su actuar a lo largo de la historia de la salvación cada vez que, con un designio concreto, ha querido servirse del agua. Es como si, después de crearla, hubiera querido perfeccionarla para llegar a ser el agua del bautismo. Y por eso la ha querido colmar del movimiento de su Espíritu que se cernía sobre ella (cf. Gn 1,2) para que contuviera en germen el poder de santificar; la ha utilizado para regenerar a la humanidad en el diluvio (cf. Gn 6,1-9,29); la ha dominado separándola para abrir una vía de liberación en el Mar Rojo (cf. Ex 14); la ha consagrado en el Jordán sumergiendo la carne del Verbo, impregnada del Espíritu (cf. Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22). Finalmente, la ha mezclado

2 *Præfatio paschalis III, Missale Romanum* (2008), p. 367: «Qui immolátus iam non móritur, sed semper vivit occísus».

3 Cf. *Missale Romanum* (2008), p. 532.

con la sangre de su Hijo, don del Espíritu inseparablemente unido al don de la vida y la muerte del Cordero inmolado por nosotros, y desde el costado traspasado la ha derramado sobre nosotros (Jn 19,34). En esta agua fuimos sumergidos para que, por su poder, pudiéramos ser injertados en el Cuerpo de Cristo y, con Él, resucitar a la vida inmortal (cf. Rom 6,1-11).

LA IGLESIA: SACRAMENTO DEL CUERPO DE CRISTO

14. Como nos ha recordado el Concilio Vaticano II (cf. SC 5) citando la Escritura, los Padres y la liturgia –columnas de la verdadera Tradición– «del costado de Cristo dormido en la cruz brotó el admirable sacramento de toda la Iglesia». ⁴ El paralelismo entre el primer y el nuevo Adán es sorprendente: así como del costado del primer Adán, tras haber dejado caer un letargo sobre él, Dios formó a Eva, así del costado del nuevo Adán, dormido en el sueño de la muerte, nace la nueva Eva, la Iglesia. El estupor está en las palabras que, podríamos imaginar, el nuevo Adán hace suyas mirando a la Iglesia: «Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (Gn 2,23). Por haber creído en la Palabra y haber descendido en el agua del bautismo, nos hemos convertido en hueso de sus huesos, en carne de su carne.

15. Sin esta incorporación, no hay posibilidad de experimentar la plenitud del culto a Dios. De hecho, uno solo es el acto de culto perfecto y agradable al Padre, la obediencia del Hijo cuya medida es su muerte en cruz. La única posibilidad de participar en su ofrenda es ser hijos en el Hijo. Este es el don que hemos recibido. El sujeto que actúa en la liturgia es siempre y solo Cristo-Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo.

4 Cf. AUGUSTINUS, *Enarrationes in psalmos. Ps., 138,2*; *Oratio post septimam lectionem, Vigilia Paschalis, Missale Romanum* (2008), p. 359; *Super oblata, Pro Ecclesia* (B), *Missale Romanum* (2008), p. 1076.

EL SENTIDO TEOLÓGICO DE LA LITURGIA

16. Debemos al Concilio –y al movimiento litúrgico que lo ha precedido– el redescubrimiento de la comprensión teológica de la liturgia y de su importancia en la vida de la Iglesia: los principios generales enunciados por la *Sacrosanctum Concilium*, así como fueron fundamentales para la reforma, continúan siéndolo para la promoción de la participación plena, consciente, activa y fructuosa en la celebración (cf. SC 11.14), «fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (SC 14). Con esta Carta quisiera simplemente invitar a toda la Iglesia a redescubrir, custodiar y vivir la verdad y la fuerza de la celebración cristiana. Quisiera que la belleza de la celebración cristiana y de sus necesarias consecuencias en la vida de la Iglesia no se vieran desfiguradas por una comprensión superficial y reductiva de su valor o, peor aún, por su instrumentalización al servicio de alguna visión ideológica, sea cual sea. La oración sacerdotal de Jesús en la Última Cena para que todos sean uno (Jn 17,21), juzga todas nuestras divisiones en torno al pan partido, «sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad».⁵

17. He advertido en varias ocasiones sobre una tentación peligrosa para la vida de la Iglesia que es la «mundanidad espiritual»: he hablado de ella ampliamente en la Exhortación *Evangelii gaudium* (núm. 93-97), identificando el gnosticismo y el neopelagianismo como los dos modos vinculados entre sí, que la alimentan.

El primero reduce la fe cristiana a un subjetivismo que encierra al individuo «en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos» (EG 94).

El segundo anula el valor de la gracia para confiar solo en las propias fuerzas, dando lugar a «un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar» (EG 94).

5 Cf. AUGUSTINUS, *In Ioannis Evangelium tractatus XXVI*,13.

Estas formas distorsionadas del cristianismo pueden tener consecuencias desastrosas para la vida de la Iglesia.

18. Resulta evidente, en todo lo que he querido recordar anteriormente, que la liturgia es, por su propia naturaleza, el antídoto más eficaz contra estos venenos. Evidentemente, hablo de la liturgia en su sentido teológico y –a lo afirmaba Pío XII– no como un «ceremonial decorativo... o un mero conjunto de leyes y de preceptos... que ordena el cumplimiento de los ritos».⁶

19. Si el gnosticismo nos intoxica con el veneno del subjetivismo, la celebración litúrgica nos libera de la prisión de una autorreferencialidad alimentada por la propia razón o sentimiento: la acción celebrativa no pertenece al individuo sino a Cristo-Iglesia, a la totalidad de los fieles unidos en Cristo. La liturgia no dice «yo» sino «nosotros», y cualquier limitación a la amplitud de este «nosotros» es siempre demoníaca. La liturgia no nos deja solos en la búsqueda de un presunto conocimiento individual del misterio de Dios, sino que nos lleva de la mano, juntos, como asamblea, para conducirnos al misterio que la Palabra y los signos sacramentales nos revelan. Y lo hace, en coherencia con la acción de Dios, siguiendo el camino de la encarnación, a través del lenguaje simbólico del cuerpo, que se extiende a las cosas, al espacio y al tiempo.

REDESCUBRIR CADA DÍA LA BELLEZA DE LA VERDAD DE LA CELEBRACIÓN CRISTIANA

20. Si el neopelagianismo nos intoxica con la presunción de una salvación ganada con nuestras fuerzas, la celebración litúrgica nos purifica proclamando la gratuidad del don de la salvación recibida en la fe. Participar en el sacrificio eucarístico no es una conquista nuestra, como si pudiéramos presumir de ello ante Dios y ante nuestros hermanos. El inicio de cada celebración me recuerda quién soy, pidiéndome que confiese mi pecado e invitándome a rogar a la bienaventurada siempre Virgen María, a los ángeles, a los santos y a todos los hermanos y hermanas, que intercedan por

6 *Litteræ encyclicæ Mediator Dei* (20 novembris 1947), en AAS 39 (1947). 532.

mí ante el Señor: ciertamente no somos dignos de entrar en su casa, necesitamos una palabra suya para salvarnos (cf. Mt 8,8). No tenemos otra gloria que la cruz de nuestro Señor Jesucristo (cf. Gal 6,14). La liturgia no tiene nada que ver con un moralismo ascético: es el don de la Pascua del Señor que, aceptado con docilidad, hace nueva nuestra vida. No se entra en el cenáculo sino por la fuerza de atracción de su deseo de comer la Pascua con nosotros: «Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar» (Lc 22,15).

21. Sin embargo, tenemos que tener cuidado: para que el antídoto de la liturgia sea eficaz, se nos pide redescubrir cada día la belleza de la verdad de la celebración cristiana. Me refiero, una vez más, a su significado teológico, como ha descrito admirablemente el número 7 de la *Sacrosanctum Concilium*: la liturgia es el sacerdocio de Cristo revelado y entregado a nosotros en su Pascua, presente y activo hoy a través de los signos sensibles (agua, aceite, pan, vino, gestos, palabras) para que el Espíritu, sumergiéndonos en el misterio pascual, transforme toda nuestra vida, conformándonos cada vez más con Cristo.

22. El redescubrimiento continuo de la belleza de la liturgia no es la búsqueda de un esteticismo ritual, que se complace solo en el cuidado de la formalidad exterior de un rito, o se satisface con una escrupulosa observancia de las rúbricas. Evidentemente, esta afirmación no pretende avalar, de ningún modo, la actitud contraria que confunde lo sencillo con una dejadez banal, lo esencial con la superficialidad ignorante, lo concreto de la acción ritual con un funcionalismo práctico exagerado.

23. Seamos claros: hay que cuidar todos los aspectos de la celebración (espacio, tiempo, gestos, palabras, objetos, vestiduras, cantos, música,...) y observar todas las rúbricas: esta atención sería suficiente para no robar a la asamblea lo que le corresponde, es decir, el misterio pascual celebrado en el modo ritual que la Iglesia establece. Pero, incluso, si la calidad y la norma de la acción celebrativa estuvieran garantizadas, esto no sería suficiente para que nuestra participación fuera plena.

ASOMBRO ANTE EL MISTERIO PASCUAL, PARTE ESENCIAL DE LA ACCIÓN LITÚRGICA

24. Si faltara el asombro por el misterio pascual que se hace presente en la concreción de los signos sacramentales, podríamos correr el riesgo de ser realmente impermeables al océano de gracia que inunda cada celebración. No bastan los esfuerzos, aunque loables, para una mejor calidad de la celebración, ni una llamada a la interioridad: incluso esta corre el riesgo de quedar reducida a una subjetividad vacía si no acoge la revelación del misterio cristiano. El encuentro con Dios no es fruto de una individual búsqueda interior, sino que es un acontecimiento regalado: podemos encontrar a Dios por el hecho novedoso de la encarnación que, en la Última Cena, llega al extremo de querer ser comido por nosotros. ¿Cómo se nos puede escapar lamentablemente la fascinación por la belleza de este don?

25. Cuando digo asombro ante el misterio pascual, no me refiero en absoluto a lo que, me parece, se quiere expresar con la vaga expresión «sentido del misterio»: a veces, entre las supuestas acusaciones contra la reforma litúrgica está la de haberlo –se dice– eliminado de la celebración. El asombro del que hablo no es una especie de desorientación ante una realidad oscura o un rito enigmático, sino que es, por el contrario, admiración ante el hecho de que el plan salvífico de Dios nos haya sido revelado en la Pascua de Jesús (cf. Ef 1,3-14), cuya eficacia sigue llegándonos en la celebración de los «misterios», es decir, de los sacramentos. Sin embargo, sigue siendo cierto que la plenitud de la revelación tiene, en comparación con nuestra finitud humana, un exceso que nos trasciende y que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos, cuando vuelva el Señor. Si el asombro es verdadero, no hay ningún riesgo de que no se perciba la alteridad de la presencia de Dios, incluso en la cercanía que la encarnación ha querido. Si la reforma hubiera eliminado ese «sentido del misterio», más que una acusación sería un mérito. La belleza, como la verdad, siempre genera asombro y, cuando se refiere al misterio de Dios, conduce a la adoración.

26. El asombro es parte esencial de la acción litúrgica porque es la actitud de quien sabe que está ante la peculiaridad de los gestos simbólicos; es la maravilla de quien experimenta la fuerza del símbolo, que no consiste en referirse a un concepto abstracto, sino en contener y expresar, en su concreción, lo que significa.

LA NECESIDAD DE UNA SERIA Y VITAL FORMACIÓN LITÚRGICA

27. Es esta, pues, la cuestión fundamental: ¿cómo recuperar la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? La reforma del Concilio tiene este objetivo. El reto es muy exigente, porque el hombre moderno –no en todas las culturas del mismo modo– ha perdido la capacidad de confrontarse con la acción simbólica, que es una característica esencial del acto litúrgico.

28. La posmodernidad –en la que el hombre se siente aún más perdido, sin referencias de ningún tipo, desprovisto de valores, porque se han vuelto indiferentes, huérfano de todo, en una fragmentación en la que parece imposible un horizonte de sentido– sigue cargando con la pesada herencia que nos dejó la época anterior, hecha de individualismo y subjetivismo (que recuerdan, una vez más, al pelagianismo y al gnosticismo), así como por un espiritualismo abstracto que contradice la naturaleza misma del hombre, espíritu encarnado y, por tanto, en sí mismo capaz de acción y comprensión simbólica.

29. La Iglesia reunida en el Concilio ha querido confrontarse con la realidad de la modernidad, reafirmando su conciencia de ser sacramento de Cristo, luz de las gentes (*Lumen gentium*), poniéndose a la escucha atenta de la Palabra de Dios (*Dei Verbum*) y reconociendo como propios *los gozos y las esperanzas* (*Gaudium et spes*) de los hombres de hoy. Las grandes constituciones conciliares son inseparables, y no es casualidad que esta única gran reflexión del Concilio Ecuménico –la más alta expresión de la sinodalidad de la Iglesia, de cuya riqueza estoy llamado a ser, con todos vosotros, custodio– haya partido de la liturgia (*Sacrosanctum Concilium*).

30. Concluyendo la segunda sesión del Concilio (4 de diciembre de 1963) san Pablo VI se expresaba así:⁷

Por lo demás, no ha quedado sin fruto la ardua e intrincada discusión, puestos que uno de los temas, el primero que fue examinado, y en un cierto sentido el primero también por la excelencia intrínseca y por su importancia para la vida de la Iglesia, el de la sagrada liturgia, ha sido terminado y es hoy promulgado por Nos solemnemente. Nuestro espíritu exulta de gozo ante este resultado. Nos rendimos en esto el homenaje conforme a la escala de valores y deberes: Dios en el primer puesto; la oración, nuestra primera obligación; la liturgia, la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual, el primer don que podemos hacer al pueblo cristiano, que con nosotros que cree y ora, y la primera invitación al mundo para que desate en oración dichosa y veraz su lengua muda y sienta el inefable poder regenerador de cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor en el Espíritu Santo.

31. En esta carta no puedo detenerme en la riqueza de cada una de las expresiones, que dejo a vuestra meditación. Si la Liturgia es «la cumbre a la cual tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza (SC 10), comprendemos bien lo que está en juego en la cuestión litúrgica. Sería banal leer las tensiones, desgraciadamente presentes en torno a la celebración, como una simple divergencia entre diferentes sensibilidades sobre una forma ritual. La problemática es, ante todo, eclesiológica. No veo cómo se puede decir que se reconoce la validez del Concilio –aunque me sorprende un poco que un católico pueda presumir de no hacerlo– y no aceptar la reforma litúrgica nacida de la *Sacro-sanctum Concilium*, que expresa la realidad de la liturgia en íntima conexión con la visión de la Iglesia descrita admirablemente por la *Lumen gentium*. Por ello –como expliqué en la carta enviada a todos los obispos– me sentí en el deber de afirmar que «los libros litúrgicos promulgados por los santos pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, en conformidad con los decretos del Concilio Vaticano

7 AAS 56 (1964) 34.

II, como única expresión de la *lex orandi* del rito romano» (Motu proprio *Traditionis custodes*, núm. 1).

La no aceptación de la reforma, así como una comprensión superficial de la misma, nos distrae de la tarea de encontrar las respuestas a la pregunta que repito: ¿Cómo podemos crecer en la capacidad de vivir plenamente la acción litúrgica? ¿Cómo podemos seguir asombrándonos de lo que ocurra ante nuestros ojos en la celebración? Necesitamos una formación litúrgica seria y vital.

32. Volvamos de nuevo al Cenáculo de Jerusalén: en la mañana de Pentecostés nació la Iglesia, célula inicial de la nueva humanidad. Solo la comunidad de hombres y mujeres reconciliados, porque han sido perdonados; vivos, porque Él está vivo; verdaderos, porque están habitados por el Espíritu de la verdad, puede abrir el angosto espacio del individualismo espiritual.

33. Es la comunidad de Pentecostés la que puede partir el pan con la certeza de que el Señor está vivo, resucitado de entre los muertos, presente con su palabra, con sus gestos, con la ofrenda de su Cuerpo y de su Sangre. Desde aquel momento, la celebración se convierte en el lugar privilegiado, no el único, del encuentro con Él. Sabemos que, solo gracias a este encuentro, el hombre llega a ser plenamente hombre. Solo la Iglesia de Pentecostés puede concebir al hombre como persona, abierto a una relación plena con Dios, con la creación y con los hermanos.

34. Aquí se plantea la cuestión decisiva de la formación litúrgica. Dice Guardini: «Así se perfila también la primera tarea práctica: sostenidos por esta transformación interior de nuestro tiempo, debemos aprender nuevamente a situarnos ante la relación religiosa como hombres en sentido pleno».⁸ Esto es lo que hace posible la liturgia, en esto es en lo que nos debemos formar. El propio Guardini no duda en afirmar que, sin formación litúrgica, «las reformas en el rito y en el texto no sirven de mucho».⁹ No pretendo

8 R. GUARDINI, «Liturgische Bildung», en *Liturgie und liturgische Bildung*, Mainz: Matthias-Grünwald-Verlag 1992, 43.

9 ÍD., «Der Kultakt und die gegenwärtige Aufgabe del Liturgischen Bil-

ahora tratar exhaustivamente el riquísimo tema de la formación litúrgica: solo quiero ofrecer algunos puntos de reflexión. Creo que podemos distinguir dos aspectos: la formación para la liturgia y la formación desde la liturgia. El primero está en función del segundo, que es esencial.

35. Es necesario encontrar cauces para una formación como estudio de la liturgia: a partir del movimiento litúrgico se ha hecho mucho en este sentido, con valiosas aportaciones de muchos estudiosos e instituciones académicas. Sin embargo, es necesario difundir este conocimiento fuera del ámbito académico, de forma accesible, para que todo creyente crezca en el conocimiento del sentido teológico de la liturgia—esta es la cuestión decisiva y fundante de todo conocimiento y de toda práctica litúrgica—, así como en el desarrollo de la celebración cristiana, adquiriendo la capacidad de comprender los textos eucológicos, los dinamismos rituales y su valor antropológico.

36. Pienso en la normalidad de nuestras asambleas que se reúnen para celebrar la Eucaristía el día del Señor, domingo tras domingo, Pascua tras Pascua, en momentos concretos de la vida de las personas y de las comunidades, en diferentes edades de la vida: los ministros ordenados realizan una acción pastoral de primera importancia cuando llevan de la mano a los fieles bautizados para conducirlos a la repetida experiencia de la Pascua. Recordemos siempre que es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, el sujeto celebrante, no solo el sacerdote. El conocimiento que proviene del estudio es solo el primer paso para poder entrar en el misterio celebrado. Es evidente que, para poder guiar a los hermanos y a las hermanas, los ministros que presiden la asamblea deben conocer el camino, tanto por haberlo estudiado en el mapa de la ciencia teológica, como por haberlo frecuentado en la práctica de una experiencia de fe viva, alimentada por la oración, ciertamente no solo como un compromiso que cumplir. En el día de la ordenación, todo presbítero siente decir a su obispo: «Considera lo que realizas e

imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor». ¹⁰

37. La configuración del estudio de la liturgia en los seminarios debe tener en cuenta también la extraordinaria capacidad que la celebración tiene en sí misma para ofrecer una visión orgánica del conocimiento teológico. Cada disciplina de la teología, desde su propia perspectiva, debe mostrar su íntima conexión con la liturgia, en virtud de la cual se revela y realiza la unidad de la formación sacerdotal (cf. SC 16). Una configuración litúrgico-sapiencial de la formación teológica en los seminarios tendría ciertamente efectos positivos, también en la acción pastoral. No hay ningún aspecto de la vida eclesial que no encuentre su culmen y su fuente en ella. La pastoral de conjunto, orgánica, integrada, más que ser el resultado de la elaboración de complicados programas, es la consecuencia de situar la celebración eucarística dominical, fundamento de la comunión, en el centro de la vida de la comunidad. La comprensión teológica de la liturgia no permite, de ninguna manera, entender estas palabras como si todo se redujera al aspecto cultural. Una celebración que no evangeliza, no es auténtica, como no lo es un anuncio que no lleva al encuentro con el Resucitado en la celebración: ambos, pues, sin el testimonio de la caridad, son como un metal que resuena o un címbalo que aturde (cf. 1Cor 13,1).

38. Para los ministros y para todos los bautizados, la formación litúrgica, en su primera acepción, no es algo que se pueda conquistar de una vez para siempre: puesto que el don del misterio celebrado supera nuestra capacidad de conocimiento, este compromiso deberá ciertamente acompañar la formación permanente de cada uno, con la humildad de los pequeños, actitud que abre al asombro.

39. Una última observación sobre los seminarios: además del estudio, deben ofrecer también la oportunidad de experimentar una celebración, no solo ejemplar desde el punto de vista ritual, sino auténtica, vital, que permita vivir esa verdadera comunión con

10 *De Ordinatione Episcopi, Presbyterorum et Diaconorum* (1990), p. 95: «Agnosce quod ages, imitare quod tractabis, et vitam tuam mysterio dominicæ crucis conforma».

Dios, a la cual debe tender también el conocimiento teológico. Solo la acción del Espíritu puede perfeccionar nuestro conocimiento del misterio de Dios, que no es cuestión de comprensión mental, sino de una relación que toca la vida. Esta experiencia es fundamental para que, una vez sean ministros ordenados, puedan acompañar a las comunidades en el mismo camino de conocimiento del misterio de Dios, que es misterio de amor.

40. Esta última consideración nos lleva a reflexionar sobre el segundo significado con el que podemos entender la expresión «formación litúrgica». Me refiero al ser formados, cada uno según su vocación, por la participación en la celebración litúrgica. Incluso el conocimiento del estudio que acabo de mencionar, para que no se convierta en racionalismo, debe estar en función de la puesta en práctica de la acción formativa de la liturgia en cada creyente en Cristo.

41. De cuanto hemos dicho sobre la naturaleza de la liturgia, resulta evidente que el conocimiento del misterio de Cristo, cuestión decisiva para nuestra vida, no consiste en una asimilación mental de una idea, sino en una real implicación existencial con su persona. En este sentido, la liturgia no tiene que ver con el «conocimiento», y su finalidad no es primordialmente pedagógica (aunque tiene un gran valor pedagógico: cf. SC 33), sino que es la alabanza, la acción de gracias por la Pascua del Hijo, cuya fuerza salvadora llega a nuestra vida. La celebración tiene que ver con la realidad de nuestro ser dóciles a la acción del Espíritu, que actúa en ella, hasta que Cristo se forme en nosotros (cf. Gal 4,19). La plenitud de nuestra formación es la conformación con Cristo. Repito: no se trata de un proceso mental y abstracto, sino de llegar a ser Él. Esta es la finalidad para la cual se ha dado el Espíritu, cuya acción es siempre y únicamente confeccionar el Cuerpo de Cristo. Es así con el pan eucarístico, es así para todo bautizado llamado a ser, cada vez más, lo que recibió como don en el bautismo, es decir, ser miembro del Cuerpo de Cristo. León Magno escribe: «Nuestra participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo no tiende a otra cosa sino a convertirnos en lo que comemos».¹¹

11 LEO MAGNUS, *Sermo XII: De Passione III*, 7.

42. Esta implicación existencial tiene lugar –en continuidad y coherencia con el método de la encarnación– por vía sacramental. La liturgia está hecha de cosas que son exactamente lo contrario de abstracciones espirituales: pan, vino, aceite, agua, perfume, fuego, ceniza, piedra, tela, colores, cuerpo, palabras, sonidos, silencios, gestos, espacio, movimiento, acción, orden, tiempo, luz. Toda la creación es manifestación del amor de Dios: desde que ese mismo amor se ha manifestado en plenitud en la cruz de Jesús, toda la creación es atraída por Él. Es toda la creación la que es asumida para ser puesta al servicio del encuentro con el Verbo encarnado, crucificado, muerto, resucitado, ascendido al Padre. Así como canta la plegaria sobre el agua para la fuente bautismal, al igual que la del aceite para el sagrado crisma y las palabras de la presentación del pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre.

43. La liturgia da gloria a Dios no porque podamos añadir algo a la belleza de la luz inaccesible en la que Él habita (cf. 1Tim 6,16) o a la perfección del canto angélico, que resuena eternamente en las moradas celestiales. La liturgia da gloria a Dios porque nos permite, aquí en la tierra, ver a Dios en la celebración de los misterios y, al verlo, revivir por su Pascua: nosotros, que estábamos muertos por los pecados, hemos revivido por la gracia con Cristo (cf. Ef 2,5), somos la gloria de Dios. Ireneo, *doctor unitatis*, nos lo recuerda: «La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios: si ya la revelación de Dios a través de la creación da vida a todos los seres que viven en la tierra, ¡cuánto más la manifestación del Padre a través del Verbo es causa de vida para los que ven a Dios!». ¹²

44. Guardini escribe: «Con esto se delinea la primera tarea del trabajo de la formación litúrgica: el hombre ha de volver a ser capaz de símbolos». ¹³ Esta tarea concierne a todos, ministros ordenados y fieles. La tarea no es fácil, porque el hombre moderno es analfabeto, ya no sabe leer los símbolos, apenas conoce de su existencia. Esto

12 IRENÆUS LUGDUNENSIS, *Adversus hæreses IV*, 20, 7.

13 R. GUARDINI, «Liturgische Bildung», en *Liturgie und liturgische Bildung*, 36.

también ocurre con el símbolo de nuestro cuerpo. Es un símbolo porque es la unión íntima del alma y el cuerpo, visibilidad del alma espiritual en el orden de lo corpóreo, y en ello consiste la unicidad humana, la especificidad de la persona irreductible a cualquier otra forma de ser vivo. Nuestra apertura a lo trascendente, a Dios, es constitutiva: no reconocerla nos lleva inevitablemente a un no conocimiento, no solo de Dios, sino también de nosotros mismos. No hay más que ver la forma paradójica en que se trata al cuerpo, o bien tratado casi obsesivamente en pos del mito de la eterna juventud, o bien reducido a una materialidad a la cual se le niega toda dignidad. El hecho es que no se puede dar valor al cuerpo solo desde el cuerpo. Todo símbolo es a la vez poderoso y frágil: si no se respeta, si no se trata como lo que es, se rompe, pierde su fuerza, se vuelve insignificante.

Ya no tenemos la mirada de san Francisco, que miraba al sol –al que llamaba hermano porque así lo sentía–, lo veía *bellu e radiante cum grande splendore* y, lleno de asombro, cantaba: «de te Altissimu, porta significatione». ¹⁴ Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno. No se trata, sin embargo, de renunciar a ese lenguaje: no se puede renunciar a él porque es el que la Santísima Trinidad ha elegido para llegar a nosotros en la carne del Verbo. Se trata más bien de recuperar la capacidad de plantear y comprender los símbolos de la liturgia. No hay que desesperar, porque en el hombre esta dimensión, como acabo de decir, es constitutiva y, a pesar de los males del materialismo y del espiritualismo –ambos negación de la unidad cuerpo y alma–, está siempre dispuesta a reaparecer, como toda verdad.

45. Entonces, la pregunta que nos hacemos es ¿cómo volver a ser capaces de símbolos? ¿Cómo volver a saber leerlos para vivirlos? Sabemos muy bien que la celebración de los sacramentos es –por la gracia de Dios– eficaz en sí misma (*ex opere operato*), pero esto no garantiza una plena implicación de las personas sin un modo adecuado de situarse frente al lenguaje de la celebración. La lectura

14 *Cantico delle Creature*, Fonti Francescane, núm. 263.

simbólica no es una cuestión de conocimiento mental, de adquisición de conceptos, sino una experiencia vital.

46. Ante todo, debemos recuperar la confianza en la creación. Con esto quiero decir que las cosas –con las cuales «se hacen» los sacramentos– vienen de Dios, están orientadas a Él y han sido asumidas por Él, especialmente con la encarnación, para que pudieran convertirse en instrumentos de salvación, vehículos del Espíritu, canales de gracia. Aquí se advierte la distancia, tanto de la visión materialista, como espiritualista. Si las cosas creadas son parte irrenunciable de la acción sacramental que lleva a cabo nuestra salvación, debemos situarnos ante ellas con una mirada nueva, no superficial, respetuosa, agradecida. Desde el principio, contienen la semilla de la gracia santificante de los sacramentos.

47. Otra cuestión decisiva –reflexionando de nuevo sobre cómo nos forma la liturgia– es la educación necesaria para adquirir la actitud interior, que nos permita situar y comprender los símbolos litúrgicos. Lo expreso de forma sencilla. Pienso en los padres y, más aún, en los abuelos, pero también en nuestros párrocos y catequistas. Muchos de nosotros aprendimos de ellos el poder de los gestos litúrgicos, como la señal de la cruz, el arrodillarse o las fórmulas de nuestra fe. Quizás puede que no tengamos un vivo recuerdo de ello, pero podemos imaginar fácilmente el gesto de una mano más grande que toma la pequeña mano de un niño y acompañándola lentamente mientras traza, por primera vez, la señal de nuestra salvación. El movimiento va acompañado de las palabras, también lentas, como para apropiarse de cada instante de ese gesto, de todo el cuerpo: «En el nombre del Padre... y del Hijo... y del Espíritu Santo... Amén». Para después soltar la mano del niño y, dispuesto a acudir en su ayuda, ver cómo repite él solo ese gesto ya entregado, como si fuera un hábito que crecerá con él, vistiéndolo de la manera que solo el Espíritu conoce. A partir de ese momento, ese gesto, su fuerza simbólica, nos pertenece o, mejor dicho, pertenecemos a ese gesto, nos da forma, somos formados por él. No es necesario hablar demasiado, no es necesario haber entendido todo sobre ese gesto: es necesario ser pequeño,

tanto al entregarlo, como al recibirlo. El resto es obra del Espíritu. Así hemos sido iniciados en el lenguaje simbólico. No podemos permitir que nos roben esta riqueza. A medida que crecemos, podemos tener más medios para comprender, pero siempre con la condición de seguir siendo pequeños.

«ARS CELEBRANDI»

48. Un modo para custodiar y para crecer en la comprensión vital de los símbolos de la liturgia es, ciertamente, cuidar el arte de celebrar. Esta expresión también es objeto de diferentes interpretaciones. Se entiende más claramente teniendo en cuenta el sentido teológico de la liturgia descrito en el número 7 de *Sacro-sanctum Concilium*, al cual nos hemos referido varias veces. El *ars celebrandi* no puede reducirse a la mera observancia de un aparato de rúbricas, ni tampoco puede pensarse en una fantasiosa –a veces salvaje– creatividad sin reglas. El rito es en sí mismo una norma, y la norma nunca es un fin en sí misma, sino que siempre está al servicio de la realidad superior que quiere custodiar.

49. Como cualquier arte, requiere diferentes conocimientos.

En primer lugar, la comprensión del dinamismo que describe la liturgia. El momento de la acción celebrativa es el lugar donde, a través del memorial, se hace presente el misterio pascual para que los bautizados, en virtud de su participación, puedan experimentarlo en su vida: sin esta comprensión, se cae fácilmente en el «exteriorismo» (más o menos refinado) y en el rubricismo (más o menos rígido).

Es necesario, pues, conocer cómo actúa el Espíritu Santo en cada celebración: el arte de celebrar debe estar en sintonía con la acción del Espíritu. Solo así se librerá de los subjetivismos, que son el resultado de la prevalencia de las sensibilidades individuales, y de los culturalismos, que son incorporaciones sin criterio de elementos culturales, que nada tienen que ver con un correcto proceso de inculturación.

Por último, es necesario conocer la dinámica del lenguaje simbólico, su peculiaridad, su eficacia.

50. De estas breves observaciones se desprende que el arte de celebrar no se puede improvisar. Como cualquier arte, requiere una aplicación asidua. Un artesano solo necesita la técnica; un artista, además de los conocimientos técnicos, no puede carecer de inspiración, que es una forma positiva de posesión: el verdadero artista no posee un arte, ni es poseído por él. Uno no aprende el arte de celebrar porque asista a un curso de oratoria o de técnicas de comunicación persuasiva (no juzgo las intenciones, veo los efectos). Toda herramienta puede ser útil, pero siempre debe estar sujeta a la naturaleza de la liturgia y a la acción del Espíritu. Es necesaria una dedicación diligente a la celebración, dejando que la propia celebración nos transmita su arte. Guardini escribe: «Debemos darnos cuenta de lo profundamente arraigados que estamos todavía en el individualismo y el subjetivismo, de lo poco acostumbrados que estamos a la llamada de las cosas grandes y de lo pequeña que es la medida de nuestra vida religiosa. Hay que despertar el sentido de la grandeza de la oración, la voluntad de implicar también nuestra existencia en ella. Pero el camino hacia estas metas es la disciplina, la renuncia a un sentimentalismo blando; un trabajo serio, realizado en obediencia a la Iglesia, en relación con nuestro ser y nuestro comportamiento religioso».¹⁵ Así es como se aprende el arte de la celebración.

51. Al hablar de este tema, podemos pensar que solo concierne a los ministros ordenados que ejercen el servicio de la presidencia. En realidad, es una actitud a la que están llamados a vivir todos los bautizados. Pienso en todos los gestos y palabras que pertenecen a la asamblea: reunirse, caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, aclamar, mirar, escuchar. Son muchas las formas en que la asamblea, «como un solo hombre» (Ne 8,1), participa en la celebración. Realizar todos juntos el mismo gesto, hablar todos a la vez, transmite a los individuos la fuerza de toda la asamblea. Es una uniformidad que no solo no mortifica,

15 R. GUARDINI, «Liturgische Bildung», en *Liturgie und liturgische Bildung*, 99.

sino que, por el contrario, educa a cada fiel a descubrir la auténtica singularidad de su personalidad, no con actitudes individualistas, sino siendo conscientes de ser un solo cuerpo. No se trata de tener que seguir un protocolo litúrgico: se trata más bien de una «disciplina» –en el sentido utilizado por Guardini– que, si se observa con autenticidad, nos forma: son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comportamientos. No son el enunciado de un ideal en el que inspirarnos, sino una acción que implica al cuerpo en su totalidad, es decir, ser unidad de alma y cuerpo.

52. Entre los gestos rituales que pertenecen a toda la asamblea, el silencio ocupa un lugar de absoluta importancia. Varias veces se prescribe expresamente en las rúbricas: toda la celebración eucarística está inmersa en el silencio que precede a su inicio y marca cada momento de su desarrollo ritual. En efecto, está presente en el acto penitencial; después de la invitación a la oración; en la liturgia de la Palabra (antes de las lecturas, entre las lecturas y después de la homilía); en la plegaria eucarística; después de la comunión.¹⁶ No es un refugio para esconderse en un aislamiento intimista, padeciendo la ritualidad como si fuera una distracción: tal silencio estaría en contradicción con la esencia misma de la celebración. El silencio litúrgico es mucho más: es el símbolo de la presencia y la acción del Espíritu Santo que anima toda la acción celebrativa, por lo que, a menudo, constituye la culminación de una secuencia ritual. Precisamente porque es un símbolo del Espíritu, tiene el poder de expresar su acción multiforme. Así, retomando los momentos que he recordado anteriormente, el silencio mueve al arrepentimiento y al deseo de conversión; suscita la escucha de la Palabra y la oración; dispone a la adoración del Cuerpo y la Sangre de Cristo; sugiere a cada uno, en la intimidad de la comunión, lo que el Espíritu quiere obrar en nuestra vida para conformarnos con el pan partido. Por eso, estamos llamados a

16 Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, núms. 45; 51; 54-56; 66; 71; 78; 84; 88; 271.

realizar con extremo cuidado el gesto simbólico del silencio: en él nos da forma el Espíritu.

53. Cada gesto y cada palabra contienen una acción precisa que es siempre nueva, porque encuentra un momento siempre nuevo en nuestra vida. Permitidme explicarlo con un sencillo ejemplo. Nos arrodillamos para pedir perdón; para doblegar nuestro orgullo; para entregar nuestras lágrimas a Dios; para suplicar su intervención; para agradecerle un don recibido: es siempre el mismo gesto, que expresa esencialmente nuestra pequeñez ante Dios. Sin embargo, realizado en diferentes momentos de nuestra vida, modela nuestra profunda interioridad y posteriormente se manifiesta externamente en nuestra relación con Dios y con nuestros hermanos. Arrodillarse debe hacerse también con arte, es decir, con plena conciencia de su significado simbólico y de la necesidad que tenemos de expresar, mediante este gesto, nuestro modo de estar en presencia del Señor. Si todo esto es cierto para este simple gesto, ¿cuánto más para la celebración de la Palabra? ¿Qué arte estamos llamados a aprender al proclamar la Palabra, al escucharla, al hacerla inspiración de nuestra oración, al hacer que se haga vida? Todo ello merece el máximo cuidado, no formal, exterior, sino vital, interior, porque cada gesto y cada palabra de la celebración expresada con «arte» forma la personalidad cristiana del individuo y de la comunidad.

54. Si bien es cierto que el *ars celebrandi* concierne a toda la asamblea que celebra, no es menos cierto que los ministros ordenados deben cuidarlo especialmente. Visitando comunidades cristianas he comprobado, a menudo, que su forma de vivir la celebración está condicionada –para bien, y desgraciadamente también para mal– por la forma en que su párroco preside la asamblea. Podríamos decir que existen diferentes «modelos» de presidencia. He aquí una posible lista de actitudes que, aunque opuestas, caracterizan a la presidencia de forma ciertamente inadecuada: rigidez austera o creatividad exagerada; misticismo espiritualizador o funcionalismo práctico; prisa precipitada o lentitud acentuada; descuido desaliñado o refinamiento excesivo; afabilidad sobreabundante o impasibilidad hierática. A pesar de

la amplitud de este abanico, creo que la inadecuación de estos modelos tiene una raíz común: un exagerado personalismo en el estilo celebrativo que, en ocasiones, expresa una mal disimulada manía de protagonismo. Esto suele ser más evidente cuando nuestras celebraciones se difunden en red, cosa que no siempre es oportuna y sobre la que deberíamos reflexionar. Eso sí, no son estas las actitudes más extendidas, pero las asambleas son objeto de ese «maltrato» frecuentemente.

55. Se podría decir mucho sobre la importancia y el cuidado de la presidencia. En varias ocasiones me he detenido en la exigente tarea de la homilía.¹⁷ Me limitaré ahora a algunas consideraciones más amplias, queriendo, de nuevo, reflexionar con vosotros sobre cómo somos formados por la liturgia. Pienso en la normalidad de las misas dominicales en nuestras comunidades: me refiero, pues, a los presbíteros, pero implícitamente a todos los ministros ordenados.

56. El presbítero vive su participación propia durante la celebración en virtud del don recibido en el sacramento del orden: esta tipología se expresa precisamente en la presidencia. Como todos los oficios que está llamado a desempeñar, este no es, primariamente, una tarea asignada por la comunidad, sino la consecuencia de la efusión del Espíritu Santo recibida en la ordenación, que le capacita para esta tarea. El presbítero también es formado al presidir la asamblea que celebra.

57. Para que este servicio se haga bien –con arte– es de fundamental importancia que el presbítero tenga, ante todo, la viva conciencia de ser, por misericordia, una presencia particular del Resucitado. El ministro ordenado es en sí mismo uno de los modos de presencia del Señor que hacen que la asamblea cristiana sea única, diferente de cualquier otra (cf. SC 7). Este hecho da profundidad «sacramental» –en sentido amplio– a todos los gestos y palabras de quien preside. La asamblea tiene derecho a poder sentir en esos gestos y palabras el deseo que tiene el Señor, hoy como en la última cena, de

17 Ver Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, núm. 135-144.

seguir comiendo la Pascua con nosotros. Por tanto, el Resucitado es el protagonista, y no nuestra inmadurez, que busca asumir un papel, una actitud y un modo de presentarse que no le corresponde. El propio presbítero se ve sobrecogido por este deseo de comunión que el Señor tiene con cada uno: es como si estuviera colocado entre el corazón ardiente de amor de Jesús y el corazón de cada creyente, objeto de su amor. Presidir la Eucaristía es sumergirse en el horno del amor de Dios. Cuando se comprende o, incluso, se intuye esta realidad, ciertamente ya no necesitamos un *directorio* que nos dicte el adecuado comportamiento. Si lo necesitamos, es *por la dureza de nuestro corazón*. La norma más excelsa y, por tanto, más exigente, es la realidad de la propia celebración eucarística, que selecciona las palabras, los gestos, los sentimientos, haciéndonos comprender si son o no adecuados a la tarea que han de desempeñar. Evidentemente, esto tampoco se puede improvisar: es un arte, requiere la aplicación del sacerdote, es decir, la frecuencia asidua del fuego del amor que el Señor vino a traer a la tierra (cf. Lc 12,49).

58. Cuando la primera comunidad parte el pan en obediencia al mandato del Señor, lo hace bajo la mirada de María, que acompaña los primeros pasos de la Iglesia: «Perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús» (Hch 1,14). La Virgen Madre «supervisa» los gestos de su Hijo encomendados a los apóstoles. Como ha conservado en su seno al Verbo hecho carne, después de acoger las palabras del ángel Gabriel, la Virgen conserva también ahora en el seno de la Iglesia aquellos gestos que conforman el cuerpo de su Hijo. El presbítero, que en virtud del don recibido por el sacramento del orden repite esos gestos, es custodiado en las entrañas de la Virgen. ¿Necesitamos una norma que nos diga cómo comportarnos?

59. Convertidos en instrumentos para que arda en la tierra el fuego de su amor, custodiados en las entrañas de María, Virgen hecha Iglesia (como cantaba san Francisco), los presbíteros se dejan modelar por el Espíritu que quiere llevar a término la obra que comenzó en su ordenación. La acción del Espíritu les ofrece la posibilidad de ejercer la presidencia de la asamblea eucarística con el temor de Pedro, consciente de su condición de pecador (cf.

Lc 5,1-11), con la humildad fuerte del siervo sufriente (cf. Is 42 ss), con el deseo de «ser comido» por el pueblo que se les confía en el ejercicio diario de su ministerio.

60. La propia celebración educa a esta cualidad de la presidencia; repetimos, no es una adhesión mental, aunque toda nuestra mente, así como nuestra sensibilidad, estén implicadas en ella. El presbítero está, por tanto, formado para presidir mediante las palabras y los gestos que la liturgia pone en sus labios y en sus manos.

No se sienta en un trono,¹⁸ porque el Señor reina con la humildad de quien sirve.

No roba la centralidad del altar, «signo de Cristo, de cuyo lado, traspasado en la cruz, brotó sangre y agua, inicio de los sacramentos de la Iglesia y centro de nuestra alabanza y acción de gracias».¹⁹

Al acercarse al altar para la ofrenda, se enseña al presbítero la humildad y el arrepentimiento con las palabras: «Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que este sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro».²⁰

No puede presumir de sí mismo por el ministerio que se le ha confiado, porque la liturgia le invita a pedir ser purificado, con el signo del agua: «Lava del todo mi delito, Señor, y limpia mi pecado».²¹

Las palabras que la liturgia pone en sus labios tienen distintos significados, que requieren tonalidades específicas: por la importancia de estas palabras, se pide al presbítero un verdadero *ars dicendi*. Estas dan forma a sus sentimientos interiores, ya sea en la súplica al Padre en nombre de la asamblea, como en la exhor-

18 Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, núm. 310.

19 *Præx dedicationis* en *Ordo dedicationis ecclesiæ et altaris* (1977), p. 102.

20 *Missale Romanum* (2008), p. 515: «In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine; et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus».

21 *Missale Romanum* (2008), p. 515: «Lava me, Domine, ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me».

tación dirigida a la asamblea, así como en las aclamaciones junto con toda la asamblea.

Con la plegaria eucarística –en la que participan también todos los bautizados escuchando *con reverencia y silencio* e interviniendo con *aclamaciones*–²² el que preside tiene la fuerza, en nombre de todo el pueblo santo, de recordar al Padre la ofrenda de su Hijo en la última cena, para que ese inmenso don se haga de nuevo presente en el altar. Participa en esa ofrenda con la ofrenda de sí mismo. El presbítero no puede hablar al Padre de la Última Cena sin participar en ella. No puede decir: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros», y no vivir el mismo deseo de ofrecer su propio cuerpo, su propia vida por el pueblo a él confiado. Esto es lo que ocurre en el ejercicio de su ministerio.

El presbítero es formado continuamente en la acción celebrativa por todo esto y mucho más.

61. He querido ofrecer simplemente algunas reflexiones que ciertamente no agotan el inmenso tesoro de la celebración de los santos misterios. Pido a todos los obispos, presbíteros y diáconos, a los formadores de los seminarios, a los profesores de las facultades teológicas y de las escuelas de teología, y a todos los catequistas, que ayuden al pueblo santo de Dios a beber de la que siempre ha sido la fuente principal de la espiritualidad cristiana. Estamos continuamente llamados a redescubrir la riqueza de los principios generales expuestos en los primeros números de la *Sacrosanctum Concilium*, comprendiendo el íntimo vínculo entre la primera Constitución conciliar y todas las demás. Por eso, no podemos volver a esa forma ritual que los Padres Conciliares, *cum Petro y sub Petro*, sintieron la necesidad de reformar, aprobando, bajo la guía del Espíritu y según su conciencia de pastores, los principios de los que nació la reforma. Los santos pontífices Pablo VI y Juan Pablo II, al aprobar los libros litúrgicos reformados *ex decreto Sacrosancti Oecumenici Concilii Vaticani II*, garantizaron la fidelidad

22 Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani*, núms. 78-79.

de la reforma al Concilio. Por eso, escribí *Traditionis custodes*, para que la Iglesia pueda elevar, en la variedad de lenguas, una única e idéntica oración capaz de expresar su unidad.²³ Esta unidad que, como ya he escrito, pretendo ver restablecida en toda la Iglesia de rito romano.

62. Quisiera que esta carta nos ayudara a reavivar el asombro por la belleza de la verdad de la celebración cristiana, a recordar la necesidad de una auténtica formación litúrgica y a reconocer la importancia de un arte de la celebración, que esté al servicio de la verdad del misterio pascual y de la participación de todos los bautizados, cada uno con la especificidad de su vocación.

Toda esta riqueza no está lejos de nosotros: está en nuestras iglesias, en nuestras fiestas cristianas, en la centralidad del domingo, en la fuerza de los sacramentos que celebramos. La vida cristiana es un continuo camino de crecimiento: estamos llamados a dejarnos formar con alegría y en comunión.

63. Por eso, me gustaría dejaros una indicación más para proseguir en nuestro camino. Os invito a redescubrir el sentido del *año litúrgico* y del *día del Señor*: también esto es una consigna del Concilio (cf. SC 102-111).

64. A la luz de lo que hemos recordado anteriormente, entendemos que el año litúrgico es la posibilidad de crecer en el conocimiento del misterio de Cristo, sumergiendo nuestra vida en el misterio de su Pascua, mientras esperamos su vuelta. Se trata de una verdadera formación continua. Nuestra vida no es una sucesión casual y caótica de acontecimientos, sino un camino que, de Pascua en Pascua, nos conforma a Él «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo».²⁴

23 Cf. PAULUS VI, *Constitutio apostolica Missale Romanum*, en AAS 61 (1969) 222.

24 *Missale Romanum* (2008), p. 598: «... exspectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Iesu Christi».

65. En el correr del tiempo, renovado por la Pascua, cada ocho días la Iglesia celebra, en el domingo, el acontecimiento de la salvación. El domingo, antes de ser un precepto, es un regalo que Dios hace a su pueblo (por eso, la Iglesia lo protege con un precepto). La celebración dominical ofrece a la comunidad cristiana la posibilidad de formarse por medio de la Eucaristía. De domingo a domingo, la Palabra del Resucitado ilumina nuestra existencia queriendo realizar en nosotros aquello para lo que ha sido enviada (cf. Is 55,10-11). De domingo a domingo, la comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo quiere hacer también de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre, en la comunión fraterna que se transforma en compartir, acoger, servir. De domingo a domingo, la fuerza del pan partido nos sostiene en el anuncio del Evangelio en el que se manifiesta la autenticidad de nuestra celebración.

Abandonemos las polémicas para escuchar juntos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, mantengamos la comunión, sigamos asombrándonos por la belleza de la liturgia. Se nos ha dado la Pascua, conservemos el deseo continuo que el Señor sigue teniendo de poder comerla con nosotros. Bajo la mirada de María, Madre de la Iglesia.

Dado en Roma, en San Juan de Letrán, a 29 de junio, solemnidad de los santos Pedro y Pablo, apóstoles, del año 2022, décimo de mi pontificado.

Franciscus

DOSSIERS CPL

Antonio Astigarraga Mateos

CELEBRAR A CRISTO EN EL TIEMPO ORDINARIO



22,00 €

Celebrar a Cristo en el tiempo ordinario

Por *Antonio Astigarraga Mateos*.
Dossiers CPL 161. 196 págs.

Esta obra nos adentra en las profundidades de la celebración en y del tiempo ordinario. Para descubrir sus riquezas, pararnos a contemplarlas y apropiárnoslas y, así, pasar de lo visible a lo invisible, de este complejo entretejido de gestos y palabras que conforma toda celebración a vislumbrar, con el auxilio del Espíritu, el rostro del Padre que se refleja en el Hijo. El tiempo ordinario evidencia abierta y rotundamente la razón última por la que la Iglesia no ha dejado de reunirse cada domingo desde sus orígenes más remotos. No hay Iglesia sin domingo.



Centre de Pastoral Litúrgica

☒ Diputació 231 – 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 – 📞 619 741 047

✉ cpl@cpl.es – www.cpl.es

BIBLIOGRAFÍA RECIENTE EN INGLÉS

Stefanos ALEXOPOULOS-Maxwell E. JOHNSON, *Introduction to Eastern Christian Liturgies*, Collegeville (MN): Liturgical Press 2021, 472 pp.

En *Introducción a las liturgias cristianas orientales*, los autores ofrecen un estudio completo y directo de la vida litúrgica de las iglesias cristianas orientales dentro de los siete ritos litúrgicos orientales distintos que aún existen en la actualidad: armenio, bizantino, copto, etíope, sirio oriental, sirio occidental y

maronita. Se presentan el bautismo, la confirmación, la Eucaristía, la reconciliación, la unción, el matrimonio, las órdenes sagradas, los funerales, la Liturgia de las Horas, el año litúrgico, la esencia litúrgica y la espiritualidad de cada uno de los mencionados ritos orientales.

Gordon JEANES – Bridget NICHOLS (eds.), *Lively Oracles of God. Perspectives on the Bible and Liturgy*, Collegeville (MN): Liturgical Press 2022, 292 pp.

Este libro reexamina cómo se presentan las Escrituras a los fieles; cómo son escuchadas, especialmente por aquellos con poca experiencia de la vida de la Iglesia. El papel de las Escrituras en la mediación de las grandes narrativas de la encarnación y la redención en los momentos culminantes del año; cómo la Biblia misma proporciona el lenguaje de mucha oración

pública. Los diferentes autores también consideran cómo la relación entre las Escrituras y la liturgia es probada por nuevas prioridades: la crisis climática, la inclusión y protección de los niños, el reconocimiento y el honor de aquellos que se encuentran al margen de la Iglesia y la importancia del género y la identidad en todas las áreas de la vida de la Iglesia.

Daniel P. McCARTHY, *Verbum ac Spiritus: duplici de munere praesidendi coetui orationemque dirigendi. Word and Spirit: on the double role of presiding in the assembly and directing the prayer* (Liturgiam artibus provehens architectura 2 / Architecture with arts for liturgy 2), Farnborough (Hampshire): St Michael's Abbey Press 2021, 1123 pp.

En el *Ordinario de la Misa* y el capítulo 5 de la *Ordenación General del Misal Romano* encontramos diferentes modos de distribuir el espacio celebrativo. El *Ordinario de la Misa* se preparó teniendo una distribución que no corresponde con las iglesias construidas antes de su publicación o incluso con algunas

renovadas con otra mentalidad. Conseguir aunar esta tensión es esencial en la cuestión del espacio celebrativo. Este estudio rastrea la historia, la configuración y la teología de la sede presidencial como un camino para entender todo el espacio celebrativo de la arquitectura litúrgica.

Paul TURNER, *Ars Celebrandi. Celebrating and Concelebrating Mass*, Collegeville (MN): Liturgical Press 2021, 168 pp.

En *Ars Celebrandi*, el padre Paul Turner ofrece una guía para los sacerdotes en la preparación y celebración de la misa. Basándose en una liturgia que se adhiere a

los libros litúrgicos, Turner examina los estilos de presidencia y reflexiona sobre los principios que ayudarán al presidente a fomentar la participación activa de los fieles.

Paul TURNER, *New Church, New Altar. A Commentary on the Order of Dedication of a Church and an Altar*, Collegeville (MN): Liturgical Press 2021, 192 pp.

Este libro ayudará especialmente a celebrar el rito de dedicación de una nueva iglesia o altar, con mayor comprensión. También cubre todas las demás instancias de esta parte

del *Pontifical Romano*: colocación de la primera piedra, dedicación de una iglesia que ya está en uso, entre otras.

Paul TURNER, *Our Church, Our Altar. A People's Guide to the Dedication of a Church and Its Anniversary*, Collegeville (MN): Liturgical Press 2021, 184 pp.

Este libro sirve de ayuda para la preparación de la dedicación de la iglesia y su altar, con una rica

combinación de escrituras, textos litúrgicos y preguntas para una mayor reflexión. *Nuestra Iglesia*,

nuestro altar invita a la catequesis y oración de toda la comunidad en varias ocasiones, incluida la colocación de la primera piedra, la bendición de una capilla y la bendición

de un nuevo cáliz y patena, por ejemplo. También le ayudará a prepararse para cada aniversario de la dedicación de su iglesia parroquial.

Paul TURNER, *Sacred Oils*, Collegetown (MN): Liturgical Press 2021, 160 pp.

Sacred Oils explora la bendición y consagración de los aceites en la misa crismal anual, así como las pautas para su uso. Inspirador y

educativo, este libro deleitará a todos los interesados en las celebraciones de la Iglesia católica.

José Antonio GOÑI

Fergus Michael Timothy RYAN, *Canimus, sine fine dicentes. The origin and development of the «Dialogue Mass» and its influence on the preparation of the Missale Romanum of 1970* (Monumenta Studia Instrumenta Liturgica 84), Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana 2021, 327 pp.

En el campo musicológico pocos periodos de la historia musical han suscitado tanto interés como el que ocupa la reforma de san Pío X. Por desgracia, desde hace ya al menos dos décadas, una gran parte de la producción musicológica se limita a tejer citas sin fin de otros autores anteriores, para acabar –irremisiblemente– en unas conclusiones pobres o decepcionantes.

En este panorama brillan con especial fuerza dos estudios defendidos en el Pontificio Instituto Litúrgico de Roma, que ofrecen los resortes necesarios para sortear este estancamiento. Uno de ellos acaba de salir de los tórculos vaticanos y se puede afirmar que se trata de una obra imprescindible para cualquier

aproximación musicológica que quiera estudiar esta época. Se trata de la obra del dominico Fergus Ryan «*Canimus sine fine dicentes*». *The origin and development of the «Dialogue Mass» and its influence on the preparation of the Missale Romanum of 1970*.

El valor principal del libro para el estudioso será, muy probablemente, el método con el que el profesor Ryan trabaja. Desde el punto de vista diacrónico el autor ofrece una panorámica completa de casi un siglo, y desde el punto de vista sincrónico centra su atención en lugares concretos: Irlanda, Francia, Polonia, Alemania o Bélgica, generando así su otra gran virtud: una completa contextualización.

Las décadas posteriores a la promulgación del *Motu proprio Tra le sollicitudine* fueron un verdadero campo de experimentación para compositores e intérpretes, que tuvieron que ajustarse a las nuevas exigencias propuestas por el movimiento litúrgico. Conocer estos cambios y reconocerlos dentro de la producción artística de cada periodo y en cada nación es fundamental, y para ello, el presente volumen se ofrece como guía segura y precisa. Los siete capítulos en que se articula van examinando los datos para extraer de ellos conclusiones de carácter litúrgico,

musical y teológico que, más allá de la ayuda al investigador musicológico, ofrecen al celebrante de hoy una serie de desafíos nacidos de la coherencia litúrgica.

En definitiva, musicólogos y liturgistas pueden felicitar-se por este nuevo trabajo, que, junto con la destreza demostrada por su autor, sigue defendiendo la actualidad y validez del método de investigación propio del Pontificio Instituto Litúrgico, abriendo nuevas perspectivas científicas y resolviendo estancamientos aparentemente irresolubles.

Gaspar MUÑIZ

BIBLIOGRAFÍA RECIENTE EN ALEMÁN

Stefan BÖNTERT – Winfried HAUNERLAND – Julia KNOP – Martin STUFLESER (eds.), *Gottesdienst und Macht. Klerikalismus in der Liturgie*, Regensburg: Friedrich Pustet 2021, 240 pp.

En el contexto del camino sinodal, el Episcopado de Alemania realizó, en octubre de 2020, una conferencia sobre el tema clericalismo en la liturgia, la cual, debido a las limitaciones impuestas por la pandemia, se realizó solamente en línea, contando con varios cientos de participantes. Trató sobre las formas inadecuadas de ejercicio del poder y exposición del ministerio presbiteral, tal como se dan en la práctica, pero también de las asimetrías y jerarquías que el propio

ordenamiento litúrgico establece, las que, impropriamente legitimadas, pueden llevar a diversas formas de clericalismo. En cuatro grandes bloques temáticos, este libro reúne los aportes de especialistas en teología, sociología y cultura, que debaten sobre «Símbolos del poder – Conceptos del poder absoluto», «Hablar y actuar – performatividad litúrgica», «Juego sagrado y poder sagrado – Simbolismo de la diferencia», y «Varones en el poder – Liturgia y género».

Gunda BRÜSKE, *Und Gott gab uns sein Wort. Einführung in die Wort-Gottes Feier*, Regensburg: Friedrich Pustet 2022, 168 pp.

Las liturgias de la Palabra reciben su valor y dignidad de la Palabra que Dios donó al ser humano. La autora introduce a las celebraciones de la Palabra en secciones breves y fácilmente comprensibles: sus fundamentos teológicos y prácticos, su desarrollo y sus elementos. Orienta su exposición hacia los dos rituales

de los países de lengua alemana y dedica un capítulo a la distribución de la comunión. La introducción busca motivar la participación de los líderes de las comunidades, de hombres y mujeres que tienen servicios litúrgicos, de equipos de liturgia y de los fieles en general.

Michaela HASTETTER-Ephräm G. LOMIDSE (eds.), *Christliche Hymnen - die Kraft der poetischen Theologie* (Theologische Orient & Okzident-Studien 3), Sankt Ottilien: EOS 2021, 274 pp.

Los aportes reunidos en este volumen tratan sobre la fuerza poética de los himnos cristianos, desde la perspectiva oriental y occidental. Los investigadores de Oriente y Occidente abordan las variaciones himnicas acompañados de los grandes himnógrafos de la Iglesia antigua, desde Efraín el Sirio, Ambrosio de Milán y Romano el Méloda, hasta Juan de Damasco, pero también cuestiones acerca de la transferencia de himnos entre

diversas tradiciones lingüísticas. La reflexión teológica es enriquecida con aspectos bíblicos y análisis ejemplares de himnos apocalípticos y su música contemporánea. Surge un multifacético espectro de la riqueza de los himnos, que puede ser la piedra fundacional de un redescubrimiento de la himnica y su fuerza poética en la teología, teniendo en cuenta la pluralidad del lenguaje teológico.

Helmut HOPING, *Mein Leib für euch gegeben. Geschichte und Theologie der Eucharistie*, Freiburg-Basel-Wien: Herder 2022, 616 pp.

Se trata de la tercera edición, renovada, de un manual de historia y teología de la Eucaristía del teólogo de Friburgo Helmut Hoping. En esta edición el autor no solo incorpora la literatura reciente sobre los temas centrales de la obra, sino también los desarrollos en el

pontificado de Francisco. Se han agregado dos nuevos excursos, uno sobre el acuerdo del Círculo de trabajo de teólogos católicos y evangélicos en «Juntos a la Mesa del Señor», y otro sobre la cuestión de la presencia eucarística corporal, sacramental y digital.

Liborius Olaf LUMMA, *Wer macht was im Gottesdienst? Die handelnden Personen und ihre Aufgaben. Theologische Erschliessung. Praktische Tipps*, Regensburg: Friedrich Pustet 2021, 176 pp.

Este libro explica gráficamente lo que la gente hace en la liturgia: tanto la asamblea entera como las personas que ejercen diversos roles en la celebración. El arco se extiende desde la comunidad reunida, pasando por los ministerios ordenados (obispo, presbítero y diácono) y los ministerios laicales (lectores, coro, organista, ministros de la comunión, acólitos), hasta los

diversos servicios y funciones (animación, predicación, preparación y otros). Todos los roles son explicados de modo sencillo y práctico. El autor combina los fundamentos teológico-litúrgicos con claras indicaciones para la praxis celebrativa, mostrando cómo todos estos roles están relacionados entre sí, y todos ellos con la liturgia y la totalidad de la fe cristiana.

Andreas REDTENBACHER, Daniel SEPER (eds.), *Die Liturgietheologie von Pius Parsch. Klosterneuburger Symposium 2021* (Pius Parsch Studien Band 18), Freiburg-Basel-Wien: Herder 2022, 304 pp.

En el año de la muerte de Pius Parsch (1884-1954), el abad de Beuron, Damasus Zähringer, afirmó que este mostraría en su pensamiento una originalidad que no se halla del mismo modo en todo el Movimiento Litúrgico, y que no era posible ignorarla. Medio siglo después el entonces Cardenal Joseph Ratzinger afirmó que las obras de Parsch «formaron decisivamente la conciencia litúrgica de

la Iglesia universal». Este volumen recoge las conferencias y debates del cuarto simposio de ciencia litúrgica de Klosterneuburg 2021, en el cual reconocidos teólogos de lengua alemana se preguntaron acerca del aporte teológico-litúrgico propio de Pius Parsch. Se constató así la peculiaridad de Parsch, quien siempre desarrolla su teología a partir de la misma celebración litúrgica.

Albert SCALET, *Damit es ein Fest bleibt. Alternative Feiermodelle für die zentralen Feste im Kirchenjahr*, Regensburg: Friedrich Pustet 2021, 256 pp.

Ya no es posible celebrar siempre la Eucaristía en las solemnidades

y otras ocasiones importantes del año litúrgico. Por eso, para que

el contenido central de las fiestas pueda ser celebrado de modo responsable y digno, la Comisión de Liturgia de la diócesis de Linz (Austria) ofrece en este volumen

numerosas formas celebrativas para Adviento, Navidad, Presentación del Señor, Miércoles de Ceniza, Domingo de Ramos, el Triduo paschal y Pentecostés.

Stephan WAHLE-Meinrad WALTER, *Im Klangraum der Messe. Wie Musik und Glaube sich inspirieren*, Freiburg-Basel-Wien: Herder 2021, 224 pp.

La misa no puede entenderse sin su música, y ninguna historia de la música puede prescindir de la misa como género musical. Muchos compositores se han dejado inspirar por la misa para crear obras maestras, las que hoy resuenan tanto en liturgias como en conciertos. Un Sanctus con el texto del profeta Isaías, de Claudio Monteverdi; un Salmo en lengua hebrea de Schubert para la sinagoga de Viena; un motete como «Ave verum corpus», que Mozart compone para la misa, para Corpus Christi y para la adoración eucarística; u obras más modernas como

el Credo de 1970, del talentoso Leonard Bernstein, o el intento de expresar musicalmente el espíritu de la última cena, del compositor suizo Frank Martin. Los autores de este libro muestran la importancia de la diversidad de mundos sonoros para la misa, y cómo este sacramento ha sido fuente de inspiración para muchos compositores. Los ejemplos ofrecidos ayudan tanto a la participación y comprensión más profunda, como a la preparación litúrgica y musical de la misa.

Guillermo ROSAS

CELEBRAR



La misa explicada. Palabras y signos con sentido

Por *Jaume González Padrós*.
Celebrar 108. 42 pág.

Este libro quiere ser una sencilla explicación mistagógica de la celebración de la Eucaristía. El método mistagógico consiste en leer o descubrir en los ritos el misterio de Cristo y contemplar la realidad subyacente e invisible. Si se desea descubrir el sentido de las palabras y los signos de la misa, es apropiada su lectura.



Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 – 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 – 📞 619 741 047

✉ cpl@cpl.es – www.cpl.es

phase

REVISTA DE PASTORAL LITÚRGICA

La formación litúrgica

365

julio / septiembre 2022 (año 62)

IN MEMORIAM

ÁNGEL GABRIEL GÓMEZ GUILLÉN
(1943-2022)

UNA VIDA DEDICADA A LA LITURGIA
Y A LA PIEDAD POPULAR

Luis RUEDA GÓMEZ

El 19 de julio de 2022 consumó su tránsito pascual el sacerdote sevillano D. Ángel G. Gómez Guillén. Nació en la capital hispalense el 29 de noviembre de 1943. Ingresó en el Seminario Metropolitano de Sevilla y recibió la ordenación sacerdotal el 30 de junio de 1968 a los 25 años. Ha fallecido siendo canónigo emérito de la Catedral de Sevilla y vicerrector de la Colegial del Divino Salvador.

En el ejercicio del ministerio cabe destacarse algunas de realizaciones que muestran su poliédrica personalidad girando siempre en torno a dos servicios fundamentales: los servicios pastorales directos y las responsabilidades en la Curia diocesana.

En los inicios de su ministerio formó parte del equipo sacerdotal (1969-1977) de la parroquia de Santa María Magdalena, en el pueblo, sevillano del Arahál, y al mismo tiempo trabajaba en Movimiento Junior: en sus campañas, campamentos, celebraciones, junto al Consiliario Diocesano; luego fue párroco de la de San Cristóbal Mártir de Burguillos. Últimamente fue rector de la iglesia del antiguo convento de Santa Clara y, desde 1990 hasta la actualidad, vice rector de la Colegial del Divino Salvador.

Una faceta suya quizá poco conocida se relaciona con los medios de información. Entre 1990 y 2012 dirigió la revista *Iglesia en Sevilla* de publicación semanal, conocida como la hoja diocesana. En ella ha seguido colaborando hasta la actualidad con una especie de directorio litúrgico que contiene la revista dónde se publican las lecturas de las misas semanales con comentario del evangelio

dominical y el santoral de la semana. Además, se preocupaba de publicar los días y horas del jubileo circular eucarístico por las iglesias de Sevilla.

En el sector de la pastoral vocacional trabajó en la formación cristiana de los jóvenes en dos ministerios que amaba particularmente: fue profesor de religión en un instituto de enseñanza media entre 1985 y 2008 y formador del Seminario entre 1984 y 1991. En el Seminario su responsabilidad se dirigía a los alumnos más jóvenes. También ha continuado como confesor de los alumnos del Seminario Mayor.

Otro campo en el que siempre ha desarrollado su labor ha sido el ámbito de la piedad popular. Tanto en la vivencia directa de ella, era hermano de varias cofradías, predicador asiduo de triduos, quinaros..., y ha sido director espiritual de la Hermandad del Amor, como desde el punto de vista de la reflexión teórica contribuyendo con sus artículos en esta revista *Phase* y en la revista *Pastoral Litúrgica*. Ha escrito varios libros sobre religiosidad popular tanto en solitario como en colaboración con el cardenal Amigo Vallejo.

Pero el ámbito más fecundo y donde más ha trabajado ha sido el campo de la liturgia. En plena renovación litúrgica postconciliar fue nombrado director del Secretariado Diocesano de Liturgia por el cardenal Bueno Monreal el 2 de mayo de 1979. Servicio que ha ejercido hasta 2013. En el nombramiento se le marcaba el objetivo y la tarea: «Te confiamos la misión de promover la renovación litúrgica de la Diócesis de conformidad con las disposiciones del Concilio Ecuménico Vaticano II y las normas y disposiciones postconciliares de la Iglesia».

Para ello se rodeó de un equipo de sacerdotes y laicos. Su preocupación fue siempre la formación litúrgica tanto de los sacerdotes como de los laicos. Cuestión que ha recordado recientemente el papa Francisco en la *Desiderio desideravi*. En innumerables cursillos a parroquias, arciprestazgos, religiosos y hermandades fue presentado los principios teológicos-pastorales y los nuevos libros litúrgicos de la Reforma Litúrgica.

A nivel diocesano creó las Jornadas Diocesanas de Liturgia invitando a profesores y liturgistas de renombre. Fundó el Instituto Diocesano de Liturgia San Isidoro para la formación litúrgica. Fue miembro de la Comisión para el Diaconado Permanente y los Ministerios Laicales. En la catedral fue maestro de ceremonias, prefecto de liturgia y se jubiló siendo Dignidad de Chantre. Promovió el rezo público y solemne del Oficio Divino en monasterios de religiosas donde presidía en persona las Vísperas especialmente los domingos, y también haciendo folletos para uso de los fieles en la catedral para todos los domingos del año. Todo ello continúa en la actualidad.

A nivel nacional fue consultor del Secretariado Nacional de Liturgia y participó en casi todas las Jornadas Nacionales de Liturgia, en las de delegados de liturgia, y en las reuniones de la Asociación Española de Profesores de Liturgia.

La aplicación de la reforma litúrgica, la divulgación de los nuevos libros litúrgicos, la formación y la participación de los fieles y la promoción de los ministerios laicales han sido sus objetivos fundamentales. Se puede decir que la renovación litúrgica postconciliar en la diócesis de Sevilla se debe a don Ángel. Que el Señor admita en el banquete eterno a su trabajador fiel y solícito.

Luis RUEDA GÓMEZ

Delegado de liturgia de Sevilla

JUAN MARÍA CANALS CASAS, CMF (1936- 2022)

CELEBRAR Y VIVIR

Lino Emilio Díez VALLADARES

Celebrar y vivir es el título del último libro publicado por el P. Juan María Canals,¹ y quizá no sea del todo casual, ahora se convierte en una elocuente expresión de cómo él entendió la liturgia a lo largo de toda su vida: llamados a vivir lo que celebramos, con toda la carga de profundidad que ello supone. Como subraya el P. Belderrain, prefecto de apostolado de la congregación claretiana,

el P. Canals nunca alentó una liturgia separada de la vida, ni desinteresada por el devenir de quienes más sufren o de la lucha por la justicia. El P. Canals nunca primó el rito fríamente celebrado ni el menosprecio de la dignidad celebrante de todos los miembros del Pueblo de Dios.

Habíamos ido muchas veces juntos, a veces solos, a veces acompañados por algún otro... A la cita anual de la Asociación Española de Profesores de Liturgia, a caballo entre los meses de agosto y septiembre, era ineludible para nosotros... Este año Juan María no pudo venir, se encontraba hospitalizado en Zaragoza.

El devenir de los acontecimientos de su salud durante los últimos meses no presagiaban nada bueno, las noticias que me llegaban a través de los amigos claretianos en las semanas precedentes no eran tampoco esperanzadoras, el día 23 de agosto por la mañana ya me decían que la situación era crítica y a primera hora de la mañana del miércoles, 24 de agosto, fiesta del apóstol san Bartolomé, el mensaje saltaba en el *WhatSapp*: ha muerto el P. Juan María Canals. La noticia llegaba mientras celebrábamos en Salamanca –¡con qué gusto hubiera regresado él de nuevo a la ciudad universitaria!– la asamblea anual de nuestra Asociación Española de Profesores de

1 J.M. CANALS, *Celebrar y vivir. La liturgia de la Iglesia y la vida consagrada*, Madrid: Publicaciones Claretianas 2016.

Liturgia. La mayoría de los presentes no sabían nada del delicado estado de salud del P. Juan María a lo largo de los últimos meses y su agravamiento en los últimos días; eso sí, todos compartían lo que me dijera el P. Soler, abad emérito de Montserrat, al comunicarle la noticia: «Me extrañaba que no estuviera aquí...». Su fallecimiento durante nuestro encuentro fue, sin duda, otra forma de hacerse presente.

MISIONERO CLARETIANO

Nacido en Girona el 21 de diciembre de 1936, fue bautizado siete días después, el día 28, en su casa, precisamente por un «misionero del Corazón de María», en los comienzos de la guerra civil española, ingresa en el postulante claretiano de Cervera (Lérida) con trece años de edad. Su dilatada biografía misionera comenzó primero en tierras aragonesas, Alagón y Barbastro, donde se empapa de la teología martirial de los beatos claretianos. Hace el noviciado en Vic (Barcelona) finalizando con su primera profesión el 16 de julio de 1956. De allí marcha a Solsona donde cursa los estudios de Filosofía. Más tarde comienza sus estudios de Teología en Salamanca, que concluye en 1964, año en que recibe la ordenación presbiteral, en el día de la fiesta del apóstol Santiago. En 1965 viaja a Roma a estudiar: hace la licenciatura en Teología en el *Angelicum* (1965-1966) y completa su formación académica con los cursos de liturgia en el Pontificio Instituto Litúrgico del *Anselmianum*, estudios que concluye en 1975 obteniendo el Doctorado. Vuelve a España y dedicará toda su vida a la enseñanza, animación y adaptación de la liturgia.

Como profesor comenzó impartiendo clases en el Teologado claretiano de Salamanca (1967-1971), después en el Estudio Teológico Claretiano de Colmenar Viejo (Madrid), afiliado a la U.P. Comillas (1971-1992), en el Instituto de Espiritualidad de esta misma Universidad (1984-1993) y en su Facultad de Teología (1991-1993). Además, a partir de 1986, colabora en la naciente Escuela Superior de Liturgia de la Archidiócesis madrileña, de la que será director algunos años (1986-1990). En este período asumió también la Secretaría de la entonces naciente Asociación Española de Profesores de Liturgia (1983-1992).

Entre los años 1971 y 1976 acompañará los primeros años del Instituto Teológico de Vida Religiosa (ITVR) que la Congregación claretiana abrió en Madrid, no solo como profesor, sino también como secretario y subdirector (1972-1985; 1988-1993). El también claretiano Card. Aquilino Bocos, importante impulsor en el nacimiento de esta institución al servicio de la vida consagrada, le recuerda como «la cara visible y amable del ITVR», al que permanecerá vinculado hasta su jubilación.

Eran los años en los que se encargó de la edición española del *Nuevo Diccionario de Liturgia*, de Ediciones Paulinas, publicado originalmente en italiano (1987).²

AL SERVICIO DE LA LITURGIA DE LA IGLESIA

En 1990 el nuevo Presidente de la Comisión Episcopal de Liturgia, Mons. Rosendo Álvarez, le invita a hacerse cargo del Secretariado Nacional de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española, sustituyendo en la dirección a D. Andrés Pardo. Esta primera etapa en la sede de la calle Añastro duró solo tres años, ya que fue llamado a la Santa Sede por el entonces prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el riojano Card. Martínez Somalo, para trabajar en ella como oficial de lengua española (1993-1999).

Tras los seis años en el Vaticano regresa a España y, de nuevo, asume la dirección del Secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia, en esta ocasión por un largo periodo (1999-2014), en el que tuvo que afrontar tareas importantes.

En su responsabilidad en la CEE, además de las tareas cotidianas propias del cargo, animó la publicación y renovación –en su caso– de diversos *Directorios litúrgico-pastorales* (elaboró personalmente el del «Equipo de liturgia»), recuperó los Cursos de Verano de Liturgia para Seminaristas Mayores, en colaboración con la Comisión

2 SARTORE, D. – TRIACCA, A.M. (eds.), (edición española dirigida por Canals J.M.) *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid: Paulinas 1987.

Episcopal de Seminarios, y cuidó con atención la coordinación de Coeditores Litúrgicos hasta su sorpresiva desaparición.

Entre tanto se ocupaba también de coordinar la edición del comentario a la Constitución litúrgica conciliar promovida por la AEPL, a los cuarenta años de su publicación.³ Durante años preparó el *Misal dominical y festivo*, como subsidio pastoral para ayudar a vivir más las celebraciones de la comunidad cristiana. A todo ello se añade el gran número de trabajos publicados en revistas litúrgicas y obras colectivas.

Fue miembro además del Consejo de nuestra revista *Phase*.

Su reconocida labor y dedicación a la docencia, divulgación y estudio de la liturgia fue premiada con el II Memorial Pere Tena (2016) del Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona.

COMPAÑERO DE CAMINO

Conocí al P. Juan María en mis años de estudiante de teología en el mencionado Estudio Teológico Claretiano; fue mi profesor de liturgia ¡hace ya 40 años! Luego le sustituí algún tiempo como profesor de liturgia en el ITVR, donde regresé de nuevo años más tarde. Los avatares de la vida hicieron que una pasión compartida, la liturgia de la Iglesia, uniera nuestros caminos en sus dos etapas como director del Secretariado de la Comisión de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española.

De 2003 a 2015 compartí con él mucho tiempo en mi tarea como asesor permanente del Secretariado. Fueron tiempos de trabajo duro pero muy ricos de grandes experiencias, queriendo siempre servir del mejor modo posible a la liturgia de la Iglesia, o mejor, de contribuir a que todo el Pueblo de Dios, ministros y fieles, profundizaran y se enriquecieran con su celebración. Nos tocó bregar en la *polémica* de la nueva traducción de la tercera edición del Misal Romano para España, en la que, junto a otros grandes maestros

3 ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PROFESORES DE LITURGIA, *La liturgia en los inicios del tercer milenio. A los XL años de la Sacrosanctum Concilium*, Bilbao: Grafite 2004.

de la liturgia en España,⁴ pusimos lo mejor de nosotros mismos, aunque los resultados no sean los que hubiéramos deseado, por razones diversas –por ahora, dejémoslo ahí–, coordinados por nuestro director, el P. Juan María, y siempre a las órdenes de la Comisión Episcopal de Liturgia.

Trabajamos también, y no poco, en unión con un grupo de expertos colaboradores, en la ardua tarea de confección de los leccionarios renovados con la nueva traducción litúrgica de la Biblia en medio de circunstancias que no solo no facilitaban el trabajo, a veces hasta lo dificultaban en gran manera... ¡Cuántos avatares! Fueron muchas horas y muchos días... a lo largo de doce años en el Secretariado.

Pero, en medio de todo eso, siempre teníamos ocasión para la confianza amiga, para el apoyo mutuo, en la certeza de que «sabíamos por qué y por Quién estábamos donde estábamos», y la satisfacción que ello producía en nosotros en medio de esas otras circunstancias... gracias también a los muchos y buenos colaboradores que trabajaron a nuestro lado a lo largo de todo este tiempo. Todo ello forjó una profunda y sincera amistad entre nosotros, que hemos mantenido cuando ambos dejamos el Secretariado, hasta hoy.

Concluido su prolongado servicio en el Secretariado le costaba resignarse a la merecida *jubilación*. Empezó proyectos que sus ya mermadas fuerzas no le permitieron llevar adelante y concluir: una gran antología de textos sobre liturgia, una «edición actualizada» del famoso *Manual de liturgia sagrada* de Antoñana, otro claretiano... Seguramente su ordenador guardará para siempre materiales que constituyen el testimonio de una tenaz voluntad de trabajar al servicio de la liturgia de la Iglesia hasta el final. Lo expresaron muy bien las palabras que pronunció el 3 de febrero de

4 Card. Fernando Sebastián (†), Mons. Pere Tena (†), Mons. Julián López, Mons. Aurelio García, Mons. Bernardo Velado (†) y su hermano D. Hortensio (†), D. Ramiro González, D. Olegario González de Cardedal... por citar solo algunos entre los más significativos; pero fueron muchos más, de diversos ámbitos.

2016 al recibir –junto a Mons. Julián López Martín– el *II Memorial Pere Tena*:

Al recibir este galardón siento que me viene ancho... «soy un siervo que ha hecho lo que tenía que hacer» (cf. Lc 17,19); la concesión me estimula a dedicarme con mayor empeño a la promoción del espíritu litúrgico.

Ahora el Señor le ha invitado a la gran celebración de la Vida en la liturgia del cielo. Todo lo que enseñó, todo lo que profundizó del misterio que celebramos, ahora esperamos que lo pueda contemplar eternamente en la plenitud del Reino.

En la celebración de Laudes de la mañana del día de su muerte, los profesores de liturgia reunidos en asamblea orábamos por él, pidiéndole al Señor que «el coro de los apóstoles» le acogiera en la alabanza eterna del cielo. Que así sea.

Descanse en paz. Amén.

Lino Emilio Díez Valladares
Doctor en liturgia



P. Joan Maria Canals en el II Memorial Pere Tena de Pastoral Litúrgica (2016).

JOSEP URDEIX I DORDAL (1940-2022)

DIÁCONO Y ESTUDIOSO DE LA LITURGIA

El pasado 26 de agosto de 2022 fallecía a los 81 años, en Barcelona, Mn. Josep Urdeix i Dordal, uno de los miembros más activos del Centro de Pastoral Litúrgica y presidente de la entidad de 2002 a 2008. Una persona que dedicó toda su vida al servicio de la Iglesia, como diácono, como estudioso y como promotor de la renovación litúrgica.

Josep Urdeix falleció después de una larga enfermedad, el Parkinson, enfermedad que finalmente pudo con él. A pesar de ello, hasta los últimos días no dejó de trabajar en sus textos, en sus traducciones y sus correcciones, porque, según él, no había texto perfecto, siempre era mejorable.

Para poder conocerlo mejor, quizás sea más sencillo decir que, entre muchas otras cosas, fue gerente y promotor de espectáculos teatrales, además de ejercer la crítica teatral en *El Correo Catalán*, un diario de Barcelona de gran difusión en su momento. Es en ese punto cuando comienza su popular imagen por los teatros de Cataluña, al guardar un sorprendente parecido con Valle-Inclán por su larga y poblada barba –una imagen inconfundible en cualquier estreno que se llevara a cabo–. Para cualquier duda de protocolo, estaba él para solucionarlo; siempre comentaba que existía una gran similitud con la organización de grandes celebraciones litúrgicas. Como anécdota en el ámbito teatral, podemos decir que fue uno de los primeros descubridores de la cantante Isabel Pantoja, una artista que años después fue muy popular en España.

En 1961 entra a colaborar en el Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona. Siempre reivindicaba lo de *Barcelona*, porque en aquellos años nacieron simultáneamente centros de pastora litúrgicos en muchas diócesis. Actualmente, solo queda el de Barcelona. El último en desaparecer fue el de París, absorbido y acogido por la Conferencia Episcopal Francesa. Con su vinculación con el CPL continúa su relación y su formación autodidacta en el campo de

la teología y la pastoral litúrgica junto a Pere Tena, Joan Bellavista, Pere Farnés y otros miembros del CPL. Ya en aquellos años fue un gran impulsor de la aplicación en Cataluña de la reforma litúrgica impulsada por el Concilio Vaticano II, con la trascendental decisión de introducir las lenguas vivas en las celebraciones del culto católico. Una de las primeras obras que preparó en este campo fue la edición del *Missalet de Regina* (Barcelona 1968), de acuerdo con la renovación litúrgica.

El primer contacto que tuvo con la revista *Phase*, allá por 1963, fue organizar el fichero de la revista, que por aquel entonces ya conocido con dos años de antigüedad, y seguidamente llegó el esperado número 19 de la revista «Constitución sobre la Sagrada Liturgia», número de gran divulgación que dio popularidad a la joven publicación. Se produjo entonces un incipiente crecimiento de *Phase* que requirió una nueva organización, ocupando él el cargo de secretario de redacción y, con el paso del tiempo, estando al frente de ella como director entre los años 2002 y 2009. Fue en ese punto en que decidió que debería empezar a dejar algunas de las responsabilidades que llevaba en ese momento. Sin embargo, quiero recordar que, en los últimos cuarenta años, nunca dejó de asistir a las reuniones del consejo de la revista, reuniones que él mismo catalogaba como clases magistrales, por los asistentes que en ellas se daban cita.

En 1967 realiza su primera participación en la comunicación del campo de la pastoral litúrgica, en una mesa redonda organizada por el CPL donde se valoraba la traducción del Canon. Aquí comienza su gran devoción: la comunicación verbal y la comunicación no verbal, gran experto en este tema. Más adelante, en 1973, en el Institut de Litúrgia le asignarían una asignatura que se centraba en el teatro y la liturgia: *Cuestiones comunes de lenguaje y expresión ritual*, sus dos grandes pasiones, combinadas. Fue también profesor de liturgia fundamental en el Institut de Teologia de Barcelona en el periodo 1982-1997.

Recibió la ordenación diaconal en 1981, casado y con tres hijas, familia que nunca le impidió su gran labor pastoral: su ministerio. Como bien dice el ritual de ordenación: «les ha confiado la misión de predicar el Evangelio y de servir al altar y a los hombres». Lo

primero que le asignó el cardenal N. Jubany cuando fue ordenado fueron las celebraciones litúrgicas más relevantes en la diócesis, la organización de las ordenaciones episcopales, así como la gestión de la misa multitudinaria de Juan Pablo II en el Camp Nou en su visita a Barcelona. Otro encargo que le asignó fue el inicio de la coordinación y retransmisión de las misas en catalán por televisión, tarea que llevó a cabo de 1982 a 1992, siendo uno de los precursores de las emisiones que se iniciaron aquel histórico 10 de octubre de 1982. También le asignó el cometido de ser el Delegado Episcopal de Pastoral Sacramental y Liturgia de la diócesis de Barcelona.

La Conferencia Episcopal Tarraconense lo nombró secretario general del III Congr s de Lit rgia de Montserrat (1990), tarea nada fácil, pues se trataba de realizar un congreso a la altura de los anteriores. Como no podía ser de otra forma, y siendo persona bien formada en documentación, insistió reiteradamente en agrupar toda la documentación de dicha convención en un solo sitio y, tras veintisiete años, consiguió entregar personalmente y de forma oficial toda la documentación al Monasterio de Montserrat.

En la década de los noventa el obispo auxiliar de Barcelona, Carles Soler Perdig , lo nombra su secretario personal, cargo que desempeño con competencia, discreción y espíritu pastoral.

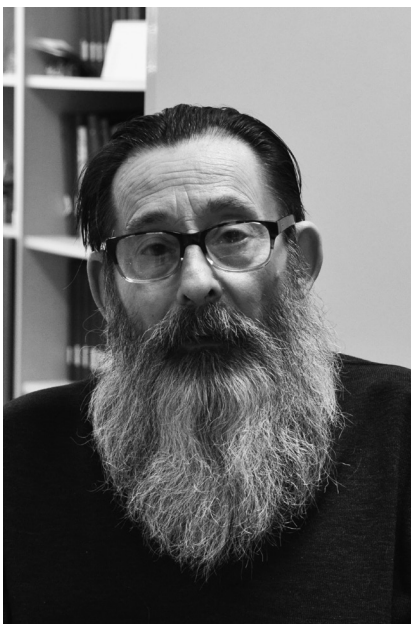
Y como no podía ser de otro modo, y después de trabajar tanto para el CPL, acabó siendo presidente de la entidad en sustitución del P. José Aldazábal, que falleció de forma repentina en 2002. Su periodo de presidencia finaliza en el año 2008 con el 50 aniversario del CPL (1958-2008), conmemorado con el Congreso Internacional de Liturgia, «El Siglo de la Liturgia», organizado junto con la Asociación Española de Profesores de Liturgia, de la cual Urdeix fue socio desde sus los inicios.

Pero su mayor aportación llega cuando se hace cargo de la dirección de *Cuadernos Phase* en 1995. Rápidamente convierte la colección en una de las joyas de las publicaciones del Centro de Pastoral Litúrgica –y posiblemente la colección litúrgica más rica en contenido que existe actualmente–. La selección de temas y de textos ha sido impecable. Edit  en castellano numerosas obras clásicas del movimiento litúrgico como L. Beauduin, Y. Herwegen, R.

Guardini, A. G. Martimort, O. Casel, A. Baumstark, J. Jungmann, entre otros. En muchos casos también es única la publicación de textos mayores del magisterio pontificio y conciliar: *Mediator Dei*, *Mystici Corporis*, *Sacrosanctum Concilium*, *Sacramentum Caritatis*, *Redemptionis Sacramentum*, *Ecclesia De Eucharistia*. La edición de dichos títulos puso toda esta documentación al alcance de quien la necesitara. Es excepcional la aportación en materia de textos litúrgicos antiguos y contemporáneos: *La tradición apostólica*, *Statuta Ecclesiae Antiqua*, *Eucologio de Serapión*, *Liturgia bizantina* (con la Explicación de la Divina Liturgia, de N. Cabasilas), la *Didascalia de los Apóstoles* y las *Constituciones Apostólicas*, el *Misal hispano-mozárabe*... El mérito de Mn. Urdeix no solo ha sido dirigir esta colección, sino, en muchos casos, realizar las traducciones necesarias. Los estudiosos de la teología, de la historia y de la espiritualidad de la liturgia le tienen que agradecer este gran trabajo, que permanecerá.

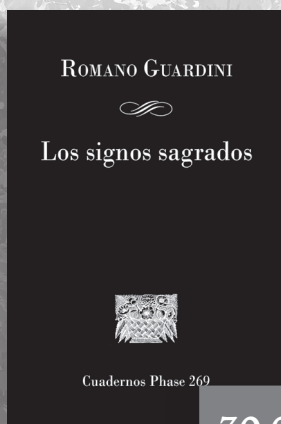
No quiero dejar de puntualizar en esta nota necrológica un aspecto más íntimo de la personalidad de Mn. Josep Urdeix: su capacidad de entrega al trabajo, de formarse continuamente, de investigación, todo esto reflejado en su estilo de escritura tan peculiar, pero siempre fiel al Concilio Vaticano II.

Josep, que al cel ens puguem veure!



Miquel Lirio
Amigo personal

CUADERNOS PHASE



30,00 €

Los signos sagrados

Por *Romano Guardini*.
Cuadernos Phase 169. 72 págs.

Esta obra es uno de los textos más populares del gran teólogo Romano Guardini (1885-1968). Nuestro autor se acercaba a la comprensión de la vida litúrgica desde lo concreto, a la par que su visión teológica lo inundaba todo, de tal manera que su enseñanza desembocaba en la formación de una conciencia espiritual cristiana y católica de sus discípulos, arraigada en una sobria y lúcida sacramentalidad.



Centre de Pastoral Litúrgica

☒ Diputació 231 – 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 – ☎ 619 741 047

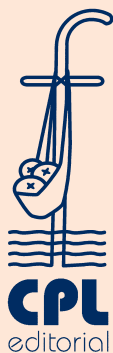
✉ cpl@cpl.es – www.cpl.es

CPL
editorial
phase




Precio de suscripción para el 2022:
España: 74,50 €
Otros países (envío correo aéreo): 110,00 \$
Precio de este número: 15,00 €

phase
<http://phase.cpl.es/>



Centre de Pastoral Litúrgica

 Diputació 231. 08007 Barcelona

 933 022 235 – wa 619 741 047

 cpl@cpl.es - www.cpl.es